LIBRO dot.com

Los misterios del Plata

Juana Paula Manso



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

Los Misterios del Plata
Episodios históricos de la época de Rosas, escritos en 1846
Una palabra sobre este libro
Capítulo I
La estancia
Capítulo II
El gaucho Miguel
Capítulo III
El Juez de Paz del Baradero
Capítulo IV
Los pasajeros de la Balandra "CONSTITUCIÓN"
Capítulo V
Explicaciones necesarias
Capítulo VI
El muelle de Lafón
Capítulo VII
Los leñadores del Paraná
Capítulo VIII
Sigue
Capítulo IX
Lágrimas
Capítulo X
Proceso de un unitario...
Capítulo XI
Simón y Miguel
Capítulo XII
Proyectos
Capítulo XIII
Tentativa
Capítulo XIV
Peligro
Capítulo XV
La casa de Rosas por fuera
Capítulo XVI
La casa de Rosas por dentro
Capítulo XVII
Dos naturalezas simpáticas
Capítulo XVIII
Corbalán
Capítulo XIX
Preparativos para una solemnidad
Capítulo XX
El ex-consejero de Rosas
Capítulo XXI
La mazorca
Capítulo XXII
Nuevos conocimientos
Capítulo XXIII
El coronel Rojas
Capítulo XXIV
Los pasajeros de la Constitución
Capítulo XXV
Triunfo de la santa causa de la federación
Capítulo XXVI
La recoleta
Capítulo XXVII
Los Corta-Patillas
Capítulo XXVIII
El pontón
Capítulo XXIX
La fuga
Capítulo XXX
Conclusión

Los Misterios del Plata
Episodios históricos de la época de Rosas, escritos en 1846
Juana Manso de Noronha

Una palabra sobre este libro

Al poner a esta obra el título de "MISTERIOS DEL PLATA"; no es mi ánimo imitar los Misterios de París de Eugenio Sué; ni hacer otros Misterios de Londres.

Mi país, sus costumbres, sus acontecimientos políticos y todos los dramas espantosos de que sirve de teatro ha ya tantos años, son un misterio para el mundo civilizado.

Misterios negros como el abismo, casi increíbles en esta época y que es necesario que aparezcan a la luz de la verdad para que el crimen no pueda llevar por más tiempo la máscara de la virtud; para que, los verdugos y las víctimas sean conocidos y el hombre tigre -conocido hoy con el nombre de Juan Manuel de Rosas- ocupe su verdadero puesto en la historia contemporánea; el de un tirano atroz y sanguinario tan hipócrita como infame.

Si la sangre de mis ciudadanos no gritara ¡venganza! de continuo me bastaba haber nacido sobre aquella desventurada tierra para no permitir que su verdugo y más cruel opresor sea considerado, un valiente y viejo paladín de la libertad. Es necesario que el mundo entero sepa lo que los Argentinos deben a ese Rosas, oprobio y vituperio de la humanidad entera.

"LOS MISTERIOS DEL PLATA", van a ofrecer con los hechos históricos y leales un amplio conocimiento de esos países, desconocidos por unos y calumniados por otros. Llamamos la atención de los lectores sobre las notas de este libro.

LA AUTORA.

Capítulo I
La estancia

Era una hermosa tarde de otoño de 1838. La vegetación empezaba a cubrirse de ese velo oscuro, de ese tinte fúnebre que anuncia la proximidad del invierno.

El sol terminaba su diurna carrera coronando el horizonte por nubes de zafir y de esmeraldas, el resto del cielo estaba puro y azul, azul del Plata tan aterciopelado y triste.

Una breve brisa doblaba apenas los tallos de las blancas y rojas margaritas que esmaltan los campos de Buenos Aires, besaba la frente de la pensativa violeta entre sus verdes hojas, mientras que el corpulento y triste ombú continuaba en su desdeñosa inmovilidad que sólo los silbidos del pampero podían turbar.

A lo lejos volaban espantados los repugnantes chimangos, las blancas gaviotas iban graznando a esconderse entre los juncos de la laguna, entremezclándose a los gritos de estos pájaros el agudo y fatídico chillido del chajá que atravesaba allá a lo lejos el desierto.

Los relinchos de los potros, el bramar de los toros, los balidos tristes del cordero, el ladrar de los perros y el galope seguro de los caballos resonando por el campo, todo anunciaba en fin del día, la terminación de los afanes del campesino que después de una jornada de fatiga se recoge a sus ranchos para gozar algunas horas de reposo y solaz.

Aquel que no ha atravesado las verdes y desiertas llanuras de Buenos Aires, que no ha aspirado el agreste perfume de las flores que en el verano esmaltan sus campos, que no ha visto las secas y parduzcas ramas del cardo elevar sus vástagos espinosos en el invierno; ¡no puede comprender toda la poesía que encierran los cuadros de la vida del campo, en el Sur de América!

En medio de una verde y dilatada llanura se elevaba a algunas leguas del ancho Paraná, la estancia de uno de los sicarios del tirano argentino. Esta casa hecha de cal y ladrillos cuyas habitaciones eran cómodas y regularmente amuebladas, era lo que se llama en el lenguaje del campo, "una azotea".

A su lado, bien que un poco apartado se elevaban los ranchos, como una tradición viviente del origen primitivo de la estancia. Toda estancia tiene sus ranchos que forman los dos departamentos esenciales de la casa. En primer lugar la cocina, que siempre es mi rancho grande (el rancho, quiere decir una casa con las paredes hechas con algunos palos groseros cubiertos de barro y estiércol, y el techo de paja) en segundo lugar es el galpón.

La ramada es siempre cubierta pero no siempre tiene paredes. La ramada da cabida de día a algunos instrumentos de labranza; de noche es el dormitorio general de los peones, menos el capataz que generalmente tiene su cuarto.

La cocina es un cuarto sin adornos de especie alguna -tal vez una mesa donde amasan el pan casero que sirve para el gasto de la estancia-; en el medio del suelo de ésta es el lugar donde siempre arden trozos de leña habiendo alrededor algunas cabezas secas de animales, que sirven de asiento y en un rincón del cuarto están dos o tres ollas de hierro con altos pies y los indispensables asadores, especies de barras de hierro para ensartar la carne del asado.

En cuanto a la ramada, fuera de los instrumentos de labranza, nada más hay en ella. Tanto el gaucho como el peón, su cama consiste en su recado o apero, como ellos le llaman; duerme vestido, y su cuchillo, su lazo, las bolas y el tirador, todo queda con él día y noche y mientras vive, faltarles estos aderezos, es faltarle un miembro de su cuerpo, un brazo, una pierna.

La estancia de que hablamos era rica y bien acondicionada, pero como no haremos más que entreverla de lejos, sentada en su verde llanura, rodeada de su indispensable plantación de duraznos, con su tambo, su tranquera y su palenque al frente y costados, no nos detendremos a examinarla más.

La hora del descanso de las fatigas diurnas había pues llegado para el habitante del campo. Una vez en las casas queda sólo encerrar los ganados en sus respectivos corrales que son en número y dimensión adecuados a los trabajos y riquezas de la estancia, atar las vacas lecheras en el tambo, los caballos a soga con su cena en el palenque y cerrar la tranquera.

Una vez hechas estas últimas operaciones, el mate circula alegremente y después de una hora de reposo cada uno come con buen apetito un pedazo de asado y bebe una taza de caldo.

La noche era una de esas noches sin luna de cielo transparente y estrellado llena de poesía y de misterio.

Los habitantes de la estancia, sentados en círculo uno a la par de otro escuchaban en silencio aquel de entre sus compañeros que al compás de una guitarra cantaba unas sentidas décimas de amor, verso sin pulimento, hijo del corazón o del dolor que los dictó, música tan selvática y sentida como las palabras, tristes y monótonas como el desierto.

El cantor había dado al viento la última frase de su canto y la mano apoyada con negligencia sobre su guitarra, parecía bajo la impresión de la música que acababa de ejecutar, sus compañeros en silencio parecían escucharle todavía. De repente en medio del silencio resonó el eco fatídico del gallo.

¡Las nueve y media! -dijo una mujer de la rueda-. Al mismo tiempo resonó a los lejos el galope igual y mesurado de un caballo...

¿Oyes? -preguntó uno de los peones al otro que estaba a su lado.

Es un caballo solo, dijo tomando la palabra el más viejo del círculo.

Poco tardó el ladrido de los perros en anunciar que el pasajero que a aquella hora cruzaba por el campo se dirigía a la estancia misma; un relincho lejano, advirtió que su caballo reconocía el pago y los relinchos de los otros caballos le respondían dándole la bienvenida, los perros reconociendo sin duda un amigo cesaron de ladrar y, un instante después, un hombre a caballo franqueaba la tranquera.

Abrid; -gritó el desconocido- traigo órdenes apresuradas y un despacho para el señor Juez de Paz; me manda S. E. el Ilustre Restaurador.

A esta palabra mágica, la tranquera se abrió de par en par y dio paso al jinete.

El Juez de Paz, que era el dueño mismo de la estancia, salió en persona a recibirlo y haciéndolo entrar a la sala, cerró la puerta tras sí, quedando a solas con el enviado de su amo.

Capítulo II
El gaucho Miguel

A sí se llamaba el personaje que a hora tan inusitada llegaba a la estancia con un mensaje tan importante.

Miguel, era uno de esos seres infelices abandonados por una madre criminal en la puerta de un hospicio. La nodriza que le dieron era campesina, así él se crió en el campo y desde la edad de catorce años era gaucho.

Prefería la libertad del desierto a cuanto pudieron ofrecerle de bienes y comodidades; su caballo tordillo era todo su tesoro, era el único que tenía, su guardarropa lo llevaba consigo y, no obstante, Miguel siempre andaba aseado, porque él mismo tenía cuidado cada dos días de lavar su ropa en el arroyo que hallaba al paso.

Ninguno de los arreos indispensables a la persona y al caballo del gaucho le faltaban, y todos en el mejor estado posible.

Como era bien comportado todas las puertas le estaban abiertas; después de eso, Miguel era tan silencioso, tan comedido que era generalmente querido por todos los estancieros.

Su estatura alta, su talle flexible y delicado y sus maneras suaves al paso que tenían la natural tinte selvática debido al medio, a su estado y educación.

Con todo, su aire era distinguido y su fisonomía triste al paso que regular, no carecía de un cierto tinte poético. Era demasiado blanco para un campesino; sus cabellos finos y rubios le caían sobre los hombros en rizos naturales; sus ojos grandes, azules, una extraña expresión de audacia y altivez; su nariz, pequeña y cerrada indicaba un carácter disimulado, su boca pequeña y punzó estaba guarnecida de unos dientes blancos y pequeñitos, era la boca de un niño; con todo, si abandonaba su natural seriedad, era sólo para marcar en ambos lados del rostro dos imperceptibles líneas de un desdén sin límites. ¡Miguel, era uno de esos hombres que han nacido para ser un ángel o un demonio!. Su voz era un poco velada pero profunda en sus modulaciones, su palabra corta y mordaz, su marcha, lenta y segura como de un hombre que no conoce el miedo.

Su inteligencia natural lo elevaba sobre todos sus compañeros y como payador era considerado el mejor de los dos lados de la Provincia, Sud y Norte.

Miguel, era el más afamado domador, y el vaqueano más seguro, porque desde Buenos Aires hasta el pie mismo de los Andes era fama que él conocía a ciegas, y los mismos pampas del desierto al verlo cruzar en su tordillo las calladas llanuras de la Pampa se contentaban con saludarlo amigablemente desde sus toldos y ofrecerle un pedazo de yegua asada y a veces alguna linda jerga como presente de amistad; después de eso Miguel podía conversar con ellos porque sabía su lenguaje.

Entre los diferentes trabajos que tomaba o ejercía, contaba también el de chasque; era reconocido por su discreción, prontitud y diligencia en desempeñar cualesquier misión, y por eso el ojo perspicaz del tirano había sabido escogerlo entre tantos otros gauchos que llevaban aquella vida errante o incierta.

Miguel había rehusado todo empleo o distinción, pero Rosas tan montaraz como él, conocía las guaridas del gaucho y lo mandaba llamar siempre que una comisión delicada se ofrecía, en que temiese escribir, porque entonces la palabra servía a sus fines, porque la palabra proferida, sólo deja tras sí el recuerdo de lo que fue, mientras el papel es un documento peligroso que mañana puede aparecer como un testimonio importuno: y el astuto déspota bien conocía sus intereses en esta ocasión, para no fiar a la pluma sus órdenes que después de ejecutadas debían tomar el carácter en su resultado de un exceso de adhesión por parte de sus partidarios.

Miguel era pues el mensajero más seguro y discreto que se podía encontrar. A pesar de su natural inteligencia y buenas cualidades, no podía juzgar hasta qué punto se envileció sirviendo los odiosos y sanguinarios fines del tirano, que él consideraba bueno y justo porque tenía sus maneras y su lenguaje, porque era el gobernador de la Provincia que Miguel creía legítimamente electo, y después de eso sin noción de ningún género, sobre el derecho de cada hombre, y sobre el verdadero sentido de la palabra "Libertad"; no creía obrar sino muy bien sirviendo al Dictador, a quien por otra parte estimaba personalmente, porque aunque rico y presidente, le daba la mano, lo hacía sentar en su presencia, tomaban mate juntos y conversaban largamente de caballos, de yeguas, de trillas, de aperos, de potros y de todo aquello que pueda interesar la atención del gaucho y luego el gobernador siempre terminaba diciendo:

-Amigo Miguel no deje de venir de vez en cuando a tomar un cimarrón.

Capítulo III
El Juez de Paz del Baradero

Así que el Juez de Paz hubo cerrado la puerta de la sala, sentose al lado de una gran mesa que se encontraba en el medio del cuarto, e hizo señas al mensajero de que hiciera otro tanto.

El Juez de Paz del Baradero, era uno de los más viles esclavos del tirano; era un hombre tan falto de luces y de experiencia, que no reconocía el horrible sistema a que se vendía. Era una de esas figuras vulgares y estúpidas que sólo son susceptibles de trocar su natural nulidad para tomar el carácter de fieras carniceras.

Una vez sentados ambos personajes, trataron de examinarse mutuamente a la manera de los gauchos: es decir, con esa ojeada oblicua tan rápida como el pensamiento, y que es peculiar a nuestros campesinos.

La desventaja quedaba toda de parte del Juez de Paz que no sólo como hombre de ciudad no poseía perfectamente esta manera de investigación, sino que lidiaba con antagonista muy superior en inteligencia y diplomacia.

Después de una corta pausa, empezó el Juez de Paz la conversación, porque entendió que el mensajero se limitaría sólo al rol de dejarse interrogar.

-¿Viene del pueblo amigo? -preguntó el Juez de Paz.

-Es verdad -respondió el otro arrojando sobre el interrogante una mirada oblicua como si quisiera penetrarle al fondo del alma.

-¿Habló con el viejo? -continuó el Juez.

-Así fue: -replicó Miguel.

-Por supuesto que le platicó de mí.

-Mándale muchas memorias y este decreto que hará usía publicar mañana en el pueblito y el domingo después de misa, por el teniente Alcalde. Y al acabar de decir estas palabras sacó Miguel de debajo de su poncho bichará, un pliego cerrado con los sellos de la República.

El Juez abrió el pliego y pudo comprender por la ninguna importancia de su contenido, habituado por otra parte a las astucias de su amo, que aquella no era sino la capa de algún misterio y que la verdadera misión del mensajero era otra.

El decreto en cuestión era sumamente favorable a los habitantes de aquel distrito, doble motivo para sospechar que se exigía de la parte de ellos alguna prueba de adhesión.

Después de una breve pausa en que el Juez de Paz hacía estas reflexiones y su compañero le echaba en silencio las inacabables ojeadas oblicuas, procuró reatar el hilo de una conversación que había terminado el primer capítulo de la embajada; esperando para el fin el verdadero desenlace.

-¿Qué novedades corren por el pago de los puebleros? -preguntó el Juez.

-Barcos que suben el Paraná, dicen por allá que hay, -replicó Miguel.

-¿Cómo cuantos serán?

-Yo no sé más que de unos, y esta fue acompañada de una mirada significativa.

-¡Ah! -dijo el Juez.

-Parece -continuó el joven- que viene de pasajero un enemigo de la Patria.

-¡Un salvaje unitario! -exclamó el Juez parando las orejas como el tigre a la proximidad de su presa.

-Es posible, -dijo Miguel-, según informaron al viejo, en mi presencia.

-Entonces es preciso que esta noche misma me ponga de vigía con gente armada en la costa del Paraná.

Basta con que allá nos encontremos mañana a la noche. Ud. tiene que publicar mañana de mañanita el decreto que traje: déme dos hombres seguros y bien armados, nada más.

-¿Y si el barco llega mañana de día?

-Según entendí platicar, -dijo Miguel-, no debe estar hasta de aquí a dos días, el barco viene subiendo la corriente y el patrón es entendido. Esta madrugada Ud. me manda a reconocer el monte para hacer un corte de leña en él, con dos peones de confianza, y mañana a la noche Ud. mismo llega en persona para principiar el corte, con toda la gente armada porque dicen que andan bullas de unitarios. De ahí, cuando el barco enfrente a nosotros, el patrón ha de pasar para pedirnos carne fresca: aquí Miguel miró de frente al Juez y calló.

El Juez por su parte estaba de boca abierta, oyendo al mensajero, entrándole apenas en la cabeza el diabólico o hipócrita plan que por la boca de aquel mozo le trazaba su amo.

Era claro que alguno de los emigrados argentinos que habían tenido la dicha de escapar de las uñas del lobo, se dirigía por el Paraná a Corrientes o al Paraguay y que el tirano quería apoderarse de su persona sin aparecer como violador del ajeno pabellón, bajo el cual se había confiado la persona contra quien se tramaba tan inicuo plan; era claro que este infeliz estaba vendido desde Montevideo de donde era probable que venía ciudad dominada entonces por don Manuel Oribe, hoy verdugo y teniente del tirano asesino Rosas.

El decreto debió excitar entre aquellos habitantes tanto reconocimiento como entusiasmo. Luego enseguida, estando en la faena de cortar leña a la orilla del río, apareció un enemigo del sosiego público: andaban bullas de unitarios, ¡quién sabe si aquél no venía a desembarcar en la Provincia para atentar a la tranquilidad del país, o a la preciosa vida del restaurador!...

Era tan natural que aquel Juez de Paz y los vecinos del distrito, en prueba de gratitud, le ofrecieron la cabeza de aquel salvaje unitario que encontraban al paso.

Faltábale saber al Juez de Paz si el sujeto en cuestión debía ser remitido vivo o si sólo su cabeza separada del cuerpo, debía llegar a Buenos Aires.

Con este fin interrogó a Miguel en estos términos:

-¿No le parece amigo que haríamos un bien de agarrar ese pícaro unitario que quien sabe lo que viene a hacer por aquí, y remitírselo al viejo, vivo o muerto? -Y en la reflexión con que fueron

pronunciadas estas últimas palabras estaba encerrada la cuestión que decidiría del destino del prisionero.

-Los que mueren, -contestó Miguel con voz triste-, nada pueden decir, de nada sirven, al instante se vuelven polvo y gusanos, cuando me hubieran de regalar un caballo yo prefería que fuera vivo porque muerto ¿de qué me podría servir?

El Juez de Paz entendió que no era la vida del individuo en cuestión lo que quería el tirano, él deseaba el hombre; ¿era en rehenes de la fidelidad de alguno de sus secuaces, o tan solo antes de darlo la muerte quería gozarse, en sus lágrimas? ¿Llenarlo de privaciones, de injurias, de oprobios, de males y darle una lenta y cruel agonía?

Quien sabe; lo que parecía indudable al Juez, era que el tal sujeto debía ser muy odiado de Rosas para quererlo tener vivo entre sus uñas.

Mientras él hacía estas reflexiones, Miguel se puso de pie, habiendo concluido su misión.

Convenidos en todos los puntos diéronse ambos las buenas noches.

El Juez encerrose con llave y cerrojo; en cuanto a Miguel, tomó su recado y tendiéndolo bajo un colosal ombú al lado de su caballo, no tardó en dormirse profundamente.

Capítulo IV
Los pasajeros de la Balandra "CONSTITUCIÓN"

Era este el noveno día, después que la Balandra "Constitución" había visto desaparecer tras sí la linda población de Montevideo.

Los pasajeros que traía a su bordo eran: un hombre de unos 36 años, una mujer algunos años menos y un niño de unos 9 años de edad, que respondía al nombre de Adolfo.

Estos personajes componían la familia de Avellaneda.

El doctor Avellaneda era el argentino emigrado, vendido al tirano por su teniente Oribe, entonces presidente de la República del Uruguay.

Su mujer y su hijo lo acompañaban en este viaje, ¡cuyas funestas consecuencias estaban ellos bien lejos de prever!...

Era un hermoso día del mes de Mayo; tiempo había que el sol doraba las copas de los árboles que reflectan sus frentes colosales en la, limpia corriente del Paraná.

El río argentado y sereno apenas se permitía algún leve pliegue en la superficie de su cristal, la brisa murmurando entre el follaje de los árboles venía cargada de los aromas de las moribundas flores del otoño, y de las hierbas olorosas que crecen en las selvas vírgenes de nuestro
Delta.

La balandra se adelantaba suavemente por en medio del río evitando aquí y allá las verdes islas que como inmensas esmeraldas flotantes asoman sus curiosas frente de los senos del Paraná.

Las hojas del verde ceibo, caían secas y amarillas una a una de su tronco, como una a una suenan en la eternidad las horas pasajera de la transitoria vida del mortal...

La calandria modulaba oculta en el enmarañado bosque sus suaves cadencias, y el martín pescador arrojando su triste silbido, inclinaba su pico rosado hasta el borde del agua y luego que sacaba su diminuta presa, huía contento a su nido... alguna vez entre las matas relucían los ojos del yaguareté o tigre, o sobre el fayá de las flores granas, ostentaba sus hermosos colores el guaá; ¡y allá, a lo lejos como un gemido de dolor, se escuchaba el ave agorera de los guaranís, el melancólico curucú siempre escondido en el centro de la selva más impenetrable!

Los últimos adioses de la vegetación bajo aquel cielo puro y azul, en medio del silencio y de la majestad de la naturaleza, tenían algo de tan solemne y tan melancólico, ¡que no basta la palabra a describirlo!

La cubierta de la balandra, presentaba el cuadro siguiente:

El doctor Avellaneda, estaba sentado hacia un costado del barquichuelo; era un hombre alto, flaco y pálido. Su fisonomía noble y tranquila era como el transparente de una alma más noble pero agitada y combatida por la tempestad de la vida.

Una barba negra y fina sombreaba su rostro varonil; su ancha y calva frente era el asiento de la inteligencia y de todas las más distinguidas facultades del espíritu; su nariz aguileña y regular, su boca pronta a la palabra y sus ojos negros a flor de rostro, coronados de arqueadas cejas, de largas pestañas, y bajo los cuales se veían dos círculos violetas, traicionaban el orador locuaz, el literato infatigable que ha gastado las mejores horas de su juventud en estudios profundos, y tal vez el político que luchó para dar a su patria leyes y constitución. El doctor Avellaneda, tal como acabamos de describirlo, con sus maneras suaves pero dignas, con su voz sonora y melodiosa, era uno de esos hombres-tipos que una vez vistos no se olvidaban más.

En el momento de que hablamos, un silencio profundo reinaba sobre la cubierta de la balandra, sólo interrumpido por el ruido de la quilla cortando las aguas, y por todos esos ruidos armoniosos del bosque.

El doctor Avellaneda, sentado en uno de los costados del buque, con una mano sosteniendo su frente, con la otra caída negligentemente sobre la rodilla, dejaba girar sus ojos sobre el magnífico panorama viviente que se desarrollaba ante su vista. Su rostro expresaba en aquel momento una profunda aunque suave tristeza; parecía que una lágrima estaba pronta a correr por sus pálidas facciones. A medida que las lejanas y floridas escenas de su primera juventud le venían a la mente, ¡los azares de la vida errante del proscripto le eran más amargos! A medida que contemplaba la riqueza y hermosura de su suelo patrio, ¡más amarga se le tornaba su peregrinación por tierra extraña!

¡Aquella patria tan bella cuanto amada, aquella patria a dos pasos de él y de la cual lo alejaba tal vez para siempre, la voluntad de un hombre!... ¡El capricho y la tiranía del usurpador de la soberanía del pueblo!

Su mujer sentada a dos pasos de él con los brazos cruzados sobre el pecho, ya fijaba sus ojos sobre las verdes orillas del río, ya con una especie de angustia, sobre el rostro pálido y triste de su marido, ya con inquieta ternura sobre la cabeza infantil de su hijo que recostado sobre el borde, se divertía en contar los yacarés que venían según su costumbre siguiendo la embarcación, o ya al oír el lúgubre quejido del curucú, con un estremecimiento involuntario arrojaba una mirada de desconfianza sobre el patrón de pie sobre la toldilla fumando tranquilamente su cigarro.

La mujer de Avellaneda, no era bella, pero tenía uno de esos rostros, donde el Señor se complace en grabar en signos misteriosos las nobles facultades del alma, su rostro no era bello, pero poseía el difícil don de expresar todos los sentimientos con la misma facilidad de la palabra, con la misma rapidez del pensamiento, y si las circunstancias lo exigían, sabía tomar también una tal expresión de estupidez, de indiferencia y de intranquilidad que engañaría al observador más suspicaz; porque esta mujer, naturalmente viva de imaginación y apasionada de carácter, poseía a la vez una voluntad de bronce y una fuerza tal de carácter capaz de acallar y encubrir las sensaciones más tumultuosas de su alma, y su voz sumamente melodiosa, resonaba segura y llena en el momento de mayor peligro sin traicionar sus sufrimientos interiores.

El patrón de la balandra de pie sobre la toldilla, fumaba tranquilamente su cigarro de paja.

Era un hombre bajito y regordetón, nervudo y velloso de cuerpo; su color era cetrino, estrecha la frente, pequeños y vivaces los ojos pardos, semejantes casi a los del gato montés. Una ancha cicatriz le atravesaba el rostro barbudo, pero de tan singular manera que parecía que el hombre tenía dos caras partidas al medio.

Era muy raro verlo sonreír, y por lo general su rostro presentaba un tipo de estupidez e indiferencia que era sólo la máscara de su sórdida codicia y maldad. Este hombre era un genovés llamado Caccioto.

Dos o tres marineros sentados a proa y un loro ceniciento que decía desvergüenzas en todos los idiomas conocidos, componían el cuadro de la cubierta de la balandra "Constitución".

Capítulo V
Explicaciones necesarias

Mientras que la balandra se adelanta lentamente por medio del Paraná, conduciendo al doctor Avellaneda a las manos del tirano, víctima de la más horrible traición condescienda el lector en volver con nosotros algunos días atrás para ver qué circunstancias presidieron a tan negra trama.

El doctor Avellaneda era como ya sabemos un emigrado, mejor diremos un proscripto cuya cabeza, ya había sido puesta a precio por el tirano.

Fugitivo y escapado apenas de las garras del tigre, vivía pacíficamente retirado en Montevideo con su familia, ejerciendo su profesión de abogado, con tanto talento como probidad. Pero no era él el único proscripto refugiado allí, y el espectáculo de aquella emigración laboriosa y honrada, que ganaba casi tranquilamente su pan a la corta distante de cuarenta leguas de Buenos Aires, era para Rosas un espectáculo odioso que le ocasionaba fiebres de cólera. Llevado del deseo de sangre y de lágrimas que lo devora, hizo un infame tratado con Oribe que de Presidente de un país libre e independiente, descendió a ser el ministro de los crímenes del salvaje usurpador argentino.

Rosas exigió la entrega de los emigrados que vivían pacíficos en la capital de la República del Uruguay; pero Oribe temió tal vez indignar el pueblo contra sí por tan inaudita e infame felonía y contentose sólo con encarcelar los emigrados y en seguida mandarlos desterrados al Brasil, donde ningún recurso se les presentaba para vivir.

El doctor Avellaneda había sido de este número, y después de una residencia de algunos meses en la isla de Santa Catalina, volvió a Montevideo porque su manera de vida, adquirida por tantos años, no lo dejaba habituarse a la monotonía de aquellos isleños pescadores.

Érale imposible a él, hombre acostumbrado a las luchas del foro y a los grandes trabajos intelectuales, poder pasar sus días en el ocio y la inacción.

Al volver a un país del que acababa de ser desterrado, su objeto era arreglar definitivamente sus negocios, recoger los restos de su fortuna y tomar consigo a su mujer y su hijo para ir a establecerse en Corrientes, país nuevo y que necesitaba hombres de algún saber, para tomar una forma más nueva y civilizada: allí pues encontraba él un vasto campo donde ejercitar su actividad intelectual y sus luces.

Una vez en la rada de Montevideo, trasbordado en un buque de guerra hizo su proposición al gobierno y esperó la respuesta...

Algunos días después, Avellaneda recibía de manos de Oribe la respuesta que Rosas le había trazado desde Buenos Aires... Y esta era favorable al odiado proscripto porque lo ponía, por medio de una vil traición, ¡entre las manos del caribe! Una vez en tierra, arreglados sus asuntos y expedito para partir, cuidó en buscar un hombre fiel a quien poderle fiar su vida, porque no se le ocultaban, los riesgos que corría debiendo en su tránsito a Corrientes enfrentar lugares peligrosos, ocupados por tenientes de Rosas.

El verdadero patrón de la balandra Constitución era un joven llamado Lostardo, genovés también, pero enteramente diverso de Caccioto. El doctor Avellaneda le había corrido con un negocio de éste obteniendo un pleno suceso, y en seguida como Lostardo era un pobre mozo que apenas ganaba de que vivir, el doctor no le pidió nada por su trabajo, haciéndose en el marino genovés, un amigo seguro y sincero.

No podía confiarse en mejores manos y así, arregló todo perfectamente.

La víspera de su partida una orden positiva del Presidente, obligó a Avellaneda a embarcarse con su familia, y esperar a bordo la madrugada del día siguiente, en que la balandra debía darse a la vela.

Pero los pasos del proscripto habían sido seguidos; convencido Oribe de no poder seducir a Lostardo se había arreglado de manera que suplan era infalible; no excitaba por su rapidez sospecha alguna y todo venía tan naturalmente que nadie podía sospechar la verdad.

Vamos a ver cómo todo sucedió a medida de sus deseos y en mal de Avellaneda.

Capítulo VI
El muelle de Lafón

Las diez sonaban lentamente en la triste campana de la Iglesia Matriz y "las diez han dado y sereno", repetían las voces de los guardianes de la noche, diseminados por la ciudad.

Era una noche tibia y serena como sólo se encuentran en el Plata. La luna triste y silenciosa surcaba el éter transparente, y ligeras nubecillas empezaban a velarla por instantes.

En aquel momento, tres hombres atravesaban con paso rápido y seguro la gran plaza. Uno, el más alto, iba adelante en tanto que sus dos compañeros lo seguían respetuosamente a cierta distancia. Iban los tres embozados en sus capas, a pesar de que las moribundas brisas del verano no permitían aún usar de mayor abrigo, pero era evidente que aquellos tres hombres evitaban ser conocidos.

Al acabar de atravesar la plaza, estos tres individuos echaron a andar por una calle todavía iluminada por las luces de las tiendas y almacenes y por la cual andaba aún bastante gente; los hombres redoblaron el paso y en breve empezaron a descender por una de esas calles que tiene Montevideo, en declive y que casi todas van a dar al muelle.

Esta calle, llamábase antiguamente de "San Juan" y creo que hoy de Ituzaingó. Esta calle como más próxima a la mar que estaba enteramente a oscuras y sólo a la mitad de una de las veredas se notaba aún el reflejo de luz que salía de un cuartejo redondo, llamado por todos el "cafecito de San Juan".

Los honrados propietarios de este café servían sus marchantes con esmero, y a pesar de la desnudez del cuarto, y de las ningunas comodidades que él ofrecía, el café que allí se tomaba era tan bueno y los guisados que allí se comían eran tan gustosos que siempre el café tenía concurrencia; pero ya se sabía que siempre era ésta decente y juiciosa porque el dueño del cafesito de San Juan no habría consentido por nada en el mundo admitir en su casa borrachos o pendencieros.

Al llegar enfrente de la puerta del café, el hombre que iba adelante se paró y sus compañeros lo imitaron; entonces bajando un poco el emboce de la capa arrojó una mirada rápida al interior del cuarto. Dos hombres cenaban sentados tranquilamente en una mesa: el primero era un joven de unos 25 años de edad, tostado por el aire del mar y por los rayos del sol; su aire era franco y abierto y su fisonomía no carecía de cierta gracia y belleza varonil; el que le hacía compañía parecía ser un otro marinero inferior a él.

Como el embozado se disponía a seguir su camino, los dos marineros salieron del cafesito, después de pagado su escote, y la voz agasajadora del dueño del café, pronunció estas palabras.

¡Buen viaje, siñor Lostardo! Addio Piero.

Los marineros les respondieron a su vez, y pronto el ruido monótono y firme de sus pasos resonó en la calle desierta, ese paso del marinero donde parece que hay algo de extraño, como del hombre que poco habita la tierra.

Estos cinco personajes continuaban a bajar hacia la orilla del mar, cosa que no demandaba mucho tiempo en la pequeña ciudad de Montevideo.

Pronto llegaron frente a esos sombríos edificios de piedra llamados las bóvedas; allí el más alto de los tres embozados de capa, hizo señas de parar a sus dos compañeros que obedecieron a su mandato, y él continuó solo, en seguimiento de los dos marineros.

Los dos italianos andaban en silencio y su sombrío acechador, apenas asentaba el pie sobre las lisas piedras de la calle con miedo de ser notado.

Una vez pasadas las bóvedas, bajaron todos tres a lo que hoy se llama el muelle de Lafón; es este un grande malecón de piedra que facilita el embarque y desembarque de los diferentes productos que forman el comercio del país.

Sobre este muelle están establecidas algunas de las oficinas del resguardo, prolongándose a la derecha hacia la plaza llamada de la Aguada; y dejando a su izquierda el muelle.

Los lugares en que nos acompaña el lector en este momento son en extremo bulliciosos de día pero de noche reina un profundo silencio: de día, el ruido del tráfico mercantil, los juramentos y las desvergüenzas en todos los idiomas, porque de día aquellos sitios son el verdadero receptáculo del cosmopolitismo y muy embarazado había de verlo quien pretendiera reconocer la nacionalidad en aquella nueva torre de Babel. De noche todo enmudece y se tranquiliza; los silbidos amenazantes del huracán, o el blando murmullo de las olas y las ráfagas de la brisa que trae el eco lejano de la canción del infatigable pescador, el ruido monótono de los remos de algún bote; la errante cantinela de algún descansado marinero y de rato en rato la voz del sereno que canta la hora y el ¡"quién será"! de los vigilantes centinelas que guardan la costa.

Llegados al muelle de Lafón los dos marineros, se dirigieron al lugar donde su bote había quedado amarrado. Después de investigar un poco, Pedro dijo al que parecía su superior:

-Non lo trovo mai ¡per Dio!

Lostardo, a quien estas palabras eran dirigidas, iba a responder sin duda: cuando detrás de una de las casillas del resguardo se oyó un silbido; éste fue contestado con otro igual y casi al mismo tiempo una gruesa piedra acertadamente dirigida vino a dar de lleno en la frente del joven patrón que cayó al suelo anegado en su sangre ¡y sin poder dar ni un gemido!

Su compañero pronunció una horrible blasfemia y echó a correr gritando socorro; en aquel momento un hombre bajito y de gruesas formas, salió detrás de la orilla más próxima y acercándose al herido sacó de los bolsillos de éste, que yacía sin movimiento y sin sentidos, algunos papeles que guardó cuidadosamente, y tornóse a ocultar con presteza, porque una porción de gente, corría hacia el lugar donde estaba Lostardo.

Pedro lo levantó ayudado por los otros y un oficial que parecía llevar la voz de mando los gritó:

"Al hospital el herido".

En efecto; la comitiva principió a alejarse, y en breve un profundo silencio sucedió al ruido que por un instante había turbado la tranquilidad de aquellos sitios.

El hombre bajito oculto detrás de la casilla, salió entonces, y el alto embozado en la capa a quien seguíamos desde la Plaza Mayor, salió también de los arcos de un oscuro portón desde donde había asistido como testigo ocular a todas las escenas que acabamos de describir; pasadas todas con una indecible rapidez.

La luna que poco antes se encontraba velada de ligeras nubes, reapareció más luminosa y serena, por eso mismo. Los dos hombres se aproximaron uno al otro; el encapado abrió enteramente el embozo, y la luna dando de lleno en su rostro, mostraba un hombre de unos cuarenta años de edad, sus cejas negras espesas juntas, y un rostro largo, macilento, y de color acobrado; ojos grandes y verdosos que brillaban en la oscuridad como los ojos de los gatos; no carecía de cierta dulzura en el mirar, mas según en las circunstancias en que de hallaba el individuo, o los sentimientos que la animaban, su mirada se volvía vidriosa, y un algo de sangre, de odio y de atroz, se reflectaba en ella. Grandes bigotes cubrían unos labios amoratados y finos, que cuando se abrían daban paso a unos dientecitos blancos y puntiagudos, semejantes a los de los negros minas. Debajo de su sombrero se ocultaba una frente achatada y estrecha, donde era imposible divisar el menor destello de inteligencia o de

nobleza; y si hubiera descubierto su cabeza, un frenologista diría al verlo que ¡era la cabeza de un famoso asesino!

¡Este hombre era el Presidente Oribe! En cuanto al individuo oculto tras la casilla, y que con tanto acierto acababa de poner a Lostardo en manos de los cirujanos, y de apoderarse de sus papeles, al pálido reflejo de la luna, el lector podría distinguir en su rostro barbudo, una cicatriz tan extraña que parecía dividirle la cara en dos.

¡Esto equivale decir que era Caccioto...! Y Caccioto era el bombero de confianza, el confidente particular del Presidente Oribe.

Llegados uno a la par de otro, Oribe se sentó sobre una grada de piedra, y Caccioto quedó en pie a corta distancia con su pesada gorra de piel de oso encasquetada; porque aunque aquellos dos hombres, estuviesen colocados en tan diferentes posiciones sociales, no por eso sabían menos en su conciencia, que el crimen los igualaba, y que allí no había presidente ni marinero, sino dos malvados. -Muy bien Caccioto, -fueron las primeras palabras de Oribe a su digno confidente. Unas de aquellas raras y extrañas sonrisas, vino a entreabrir los labios severos del hombre, y respondió con un tono de falsete: -¡Un tantino, mio caro patrone!

Oribe continuó: -Eres un famoso tirador de piedra, creo que le diste en un ojo.

-¡No! respondió Caccioto, -sono certo que foi al mezzo de la testa.

-¡Ah! ¡Bravísimo! pero vamos, ¡te apoderaste de sus papeles!

Caccioto llevó la mano al bolsillo de su cabestán y sacó una gran cartera de cuero negro. -Dopo il matino che lo seguiva Ecellenza, tuto el día, e cuando andó a la capitanía, e nella casa del consinatario ni fine sabea tanto come lui, tutos los negocios.

-¿Tienes el bote listo?

-Credo que sí.

-Avellaneda, ese infame unitario duerme a esta hora o espera su fiel Lostardo, ¡pero se engaña del todo! tú te presentas en lugar del tal tonto de Lostardo, llevas sus papeles que mejor prueba de que el otro delegó el mando en ti, a causa de su herida, que tú tendrás cuidado de decir que la recibió en una pendencia.

-¡Certo! replicó el bombero.

-Por lo demás, -prosiguió el presidente-, ya tienes mis instrucciones, creo que el viento es favorable, aprovéchalo para salir del Puerto y una vez ese unitario en manos del Restaurador, echa la balandra a pique.

Oribe se levantó para retirarse sin duda, pero Caccioto no se movía.

En aquel momento la luna dando de lleno en el rostro de aquellos dos pícaros, era fácil de ver la mirada socarrona y desconfiada del que tácitamente decía:

-"Mio caro padrone non andevo via senza il dinaro che me avete promeso" y los ojos centellantes de furor, de avaricia, y de odio de Oribe que le respondía:

-Si no me fueras necesario te mataría, ¡te destrozaría con mis uñas!

Un silencio significativo reinaba entre los dos. Oribe sacó una bolsa llena de oro, y la arrojó a los pies de su confidente, con un movimiento cólera indescriptible.

Caccioto a su vez, sentose sobre las anchas piedras del muelle Lafón, mientras Oribe de pie a algunos pasos de él, parecía el demonio del crimen que surgía por un momento en persona a la faz de la tierra.

El italiano sacó del misino bolsillo de su cabestán, una linterna sorda, y empezó a contar el dinero con todo sosiego.

Te he dicho, -le dijo Oribe temblando de ira, que el viento es favorable, y que sería prudente dar a la vela, porque puede Lostardo haber vuelto en sí, volver su compañero y...

Caccioto sacó en silencio del seno un ancho cuchillo de monte y lo volvió a esconder.

En su horrible lenguaje quería decir: si vuelve mientras estoy aquí lo asesinaré.

Después que hubo concluido de contar el dinero dijo:

-¡Questa e la meta!

-El resto lo recibirás en Buenos Aires cuando el salvaje unitario esté en manos del Gobernador. Otra sonrisa de Caccioto que respondía: -¡Ma! mio caro padrone, ¡credo que una carta de lla V. E.!...

Oribe sacó un papel del seno, y lo entregó a Caccioto; éste, acercándose a la luz de la linterna sorda, abrió el pliego y se puso a leerlo.

-¡Cómo! ¡Bribón!, exclamó el Presidente. Caccioto le contestó con su risita sarcástica: -Mismamente que il maior Montero que Rosas mandó fusilar a la Recoleta, ¡eh!...

-¡Pues qué! ¿tú sospechas de mí?

Caccioto por la primera vez quitose respetuosamente su gorra.

-Col perdone de la V. E. son precauciones qui prendo.

-¡Acaba! -le dijo Oribe furioso.

Caccioto bajó la escalera y sacó el bote oculto entre unas piedras, entonces levantó la voz diciendo a su amo y víctima al mismo tiempo, pues encontraba un placer en atormentarlo.

-Ahora me ne vado vero a la V. E. pero credo que no mancará il negocio.

Porque estás bien pago y seguro; contestó Oribe.

-¡Vero! -dijo Caccioto. Cuanto se fa uno pagar para hacer il bene, con piú razón per cometere un crimen, si deve domandare il denaro.

-¡Tú llamas un crimen entregar ese unitario! ¡Los unitarios no son hombres, son cosas!

La respuesta de Caccioto, fue una carcajada, tan horriblemente infernal y sarcástica que Oribe se sintió temblar ¡hasta la última fibra de su ser!

Un sudor frío le mojó la frente, rechinó los dientes y con una sonrisa feroz murmuró:

-¡Oh! yo me vengaré de ti, ¡italiano!

En ese momento Caccioto se alejaba reinando tranquilamente y pensando consigo: -No te serviré más; eres muy mezquino; Rosas es más malo que tú pero al menos arroja el dinero a manos llenas al paso que roba más que tú también.

El presidente quedó de pie sobre la muralla de piedra.

A lo lejos resonaron las once.

Una hora transcurrió aún, cuando en la rada se oía el rumor de la cadena de una ancora que retiraban del fondo del mar y mientras la lenta campana daba a lo lejos media noche y que la voz triste y uniforme de los serenos repetía la hora en medio de la ciudad dormida. La balandra Constitución salió del laberinto de buques que contenía en ese tiempo la pequeña bahía de Montevideo.

Como lo había dicho Oribe, el viento era bueno, y la nave impelida por él, pronto con todas sus blancas velas tendidas, empezó a deslizarse por las aguas semejante a la blanca garza que vuela de noche entre los juncos de la laguna.

Al ver alejarse la balandra, Oribe de pie sobre las piedras del muelle la seguía con vista torva, y melancólico; era su segundo crimen.

¡Era la segunda vez que vendía la sangre inocente!... a su pesar se estremeció y la memoria de Cipriano el amigo de su juventud y compañero de armas ¡le vino a la mente!...

De repente con un movimiento brusco tornose a embozar en su capa y empezó a alejarse con ese paso rápido del hombre que parece querer ¡huir de sí mismo! Por el lado opuesto que él se alejaba, dos hombres llegaban al muelle con andar vacilante... Uno de los dos traía vendada la frente y por su marcha se comprendía que sólo lo mantenía en pie ¡una de esas profundas e invariables resoluciones de la voluntad del hombre!

Al llegar a la orilla del mar su primera ojeada fue hacia su buque... no viéndolo, los dos, por su movimiento rápido dirigieron una mirada para fuera del puerto y pudieron ver la balandra ¡que se alejaba a toda vela!

El hombre de la venda, arrojó uno de esos gritos sin palabras donde la desesperación, el dolor y la rabia se expresa en una sola inflexión de la voz; ¡uno de esos gritos que parten el alma de quien los da y llevan una especie de pavor a quien los oye!

-¡Pedro! exclamó, per dio; stiamo venduto come due cane.

Lostardo, que el lector debe de haber reconocido en el hombre de la venda: hizo un movimiento como si quisiera precipitarse al mar, y alcanzar a nado su buque: pero Lostardo estaba al fin de sus fuerzas y de su coraje, su ser físico como su ser moral sufrían una horrible revolución y cayó sin conocimiento en los brazos de su fiel compañero.

Capítulo VII
Los leñadores del Paraná

En medio de una ancha plaza formada por un claro del bosque, estaban reunidos el Juez de Paz del Baradero con su gente y el gaucho Miguel.

Divididos en diferentes grupos aquí y acullá, los gauchos se divertían jugando los naipes; otros conversaban a media voz entre los árboles, el Juez de Paz que siempre se encontraba preocupado con su dignidad, sin querer asociarse con nadie, se aburría a las mil maravillas. El pensativo Miguel, se entretenía puliendo varillas de álamos, pero era este entretenimiento un disfraz con que según su carácter observador, él procuraba siempre penetrar a los otros.

En medio de la plazuela, ardían fogones a cuyo alrededor se asaban frescos y gordos costillares de carne y en un pozo lleno de brasas se podía distinguir una cabeza de ternera con cuero, que se asaba también.

A la orilla del río estaban diseminados tres o cuatro hombres con sus hachas en la mano a guisa de quien se preparaba a cortar leña, pero en lugar de trabajar como parecía su designio, estos hombres sólo se ocupaban de conversar, y como sus palabras y pensamientos pueden dar a mis lectores una idea del país donde pasan estos sucesos y demostrar claramente verdades que están hoy casi desconocidas aunque contemporáneas; nos entretendremos oyendo la conversación de los fingidos leñadores.

-Ha visto señó Julián; -decía un mocetón de unos 20 años a otro leñador, -que cosa tan sonza esta de estar aquí con el hacha en la mano, cuando no es posible todavía comenzar el corte de leña, pues los árboles están aún hojosos.

El sujeto a quien iba dirigida esta alocución respondió:

-Y velai, tres días que aquí estamos amolados con perdón de Ud. ño Simón, añadió dirigiéndose a aquel viejo que el lector recordará haber distinguido un instante la noche pasada en la estancia, que se describe en el primer capítulo de esta obra.

El viejo movió la cabeza con desdén y continuó con los ojos fijos en el agua corriente.

El otro prosiguió:

-¿No era mejor estar trabajando en la estancia o asistir a la función del pueblito a causa del papel que mandó el viejo? -¡Bien haya amigo Santiago, el hombre! Pucha que dende que él está de gobernante nosotros los campesinos estamos en el candelero.

-Es verdad, contestó el que había dado principio a la conversación, y ahora si que nos respetan los puebleros; ¡cajetillas del diablo! ¡que antes ni por un demonio se querían poner chaqueta! aver que ahora andan de poncho y diz que el viejo va a dar orden para que mesmo en Buenos Aires anden ¡tuitos de chiripá y calzoncillos! ¡cosa linda ha de ser, ver a todos los tinterillos de gauchos!

Una risada general acogió esta salida, sólo el viejo Simón estaba serio.

El mocetón animado por esta aprobación se dirigió al viejo.

-Apuesto que ño Simón no me oyó por eso se quedó mustio.

El viejo levantó lentamente la cabeza y miró a su interlocutor de pies a cabeza, como se dice vulgarmente; después dijo con calma:

-Te oí bien Santiago, ¿qué hay con eso?

El otro replicó:

-Como no señó Simón.

-¿De qué?

-Pues no halla Ud. gracia, ¡ver los cajetillas de poncho y chiripá!

-¡No! no me hace gracia eso porque mira tú, si viniera un gobernante pueblero y quisiera mudar nuestro modo de vestir, a nosotros no nos había de acomodar, porque dende chicos así nos enseñaron a vestir; pues lo que no quieras para ti, no quieras para tu prójimo.

-Sí, respondió Julián; pero los puebleros son unitarios y los unitarios no son nuestros prójimos porque diz que el Papa los descomulgó.

Simón sacudió la cabeza con su desdén habitual. Santiago añadió:

-Ño Simón, es medio amigo de los unitarios.

-Yo soy amigo de mis paisanos, respondió el viejo.

-Sí, pero los unitarios, ya ha dicho el viejo en su gaceta que no son argentinos.

-Sí: -dijo Simón con amargura- ¡son judíos! y los que peliaron sobre los Andes y entre los Andes, ¿qué eran?

-¡Eran porteños!, dijo Santiago.

-¡Y Lavalle, Suárez, Díaz, Videla Olavarría! ¿qué eran? Esos que llamas unitarios ¿qué son?

-Sí, ¿pero pa qué son ahora enemigos de la Patria?

-Y sin ellos, ¿tendrías vosotros Patria, hoy?

¡Ah! dijo Julián; ¡siempre que existiera el viejo! Ninguno más patriota que él.

Simón descubrió su pecho cruzado de honrosas cicatrices y dijo: -¡Estos son recuerdos de la Independencia de la América y de la libertad del Uruguay! Desde 1810 hasta el año 28, no supe nunca lo que era descanso... He conocido todos los jefes y soldados del ejército de los Andes, he asistido a todas las victorias y derrotas... ¡nunca vi en ellos al gobernador Rosas!

¿Y eso que quiere decir? preguntó Julián.

Nada, dijo bruscamente Simón.

-Este señó Simón, continuó Santiago, es enemigo de la federación... ¡¡¡y hasta del viejo!!!

-¡No lo permita Dios! dijo Julián.

-¿Por qué? preguntó el viejo, con sosiego.

-Porque...

-¡Me matarían! continuó Simón. -¿Qué me importa vivir o morir? ¡Lo que yo deseaba nunca he de ver!

-¿Qué deseaba Ud?

-¡¡¡Paz!!! respondió el anciano en voz grave. ¡Si, cuando los españoles nos derrotaban en Cancha Rayada, o huían ellos mismos en Suipacha, yo hubiera sabido lo que habría de suceder más tarde!... ¡no enristraba ni una sola vez la lanza! ¿Para qué? ¡Para ver hoy matarse hermanos contra hermanos!

-¡Pues a mí no me importa nada de eso! dijo Julián; gobierne el viejo y ¡viva la Federación!

-¡Ah hijito el mozo federal!, dijeron los otros gauchos presentes en la contienda.

El viejo bajó la cabeza en silencio y ahogó un suspiro pronto a escaparse ¡del fondo de su corazón! Era un antiguo soldado de la Independencia, un guerrero de Mayo que había visto las carnicerías de Moquegua y de Forota, y había cantado el "Oíd Mortales..." ¡en la cuesta de Chacabuco y al Sol de Ayacucho! Era Simón un pálido recuerdo de los hombres de entonces; había militado bajo los Balcarceses, ¡hoy muertos en el destierro...! viejos paladines de la Libertad que huyendo del tirano, encontraron una tumba en la tierra extraña donde fueron a dejar sus restos a la sombra del insulto, ¡por lo menos!

Simón había cargado mil veces lanza en ristre, a la voz mágica de Belgrano, ¡y por fin lo había visto colocar en su féretro de gloria, envuelto en la Bandera Nacional! Había conocido al severo San Martín ¡y visto a Bolívar!

Los colosos de la América, todos eran familiares a la memoria de Simón.

¡Todos estaban grabados con caracteres indelebles en su mente! ¡La cruz de Salta!... la cima de los Andes, el fragoso Perú, el ardiente Quito, las fértiles campiñas Orientales más tarde, todos eran lugares que el veía sin cesar, ¡poblado de sus héroes, de los patriotas y soldados de la Patria!

El oscuro salvaje Rosas, cabecilla de ayer, que jamás aspiró el humo de la pólvora ni oyó el estridor de los aceros de la pelea, ¡sólo le inspiraba horror y desprecio! Él, ¡Rosas! el profanador de los sagrados dogmas de Mayo, el perseguidor atroz de la virtud y del talento, ¡el que había clasificado de unitario a todo aquel que la riqueza o el mérito favorecía!

La conversación continuó:

-Vea Ud., dijo Julián, que pasaba por el exaltado del pago, es preciso ser un unitario muy taimado para llegar los bienes que el viejo ha hecho al país; ahí está el decreto que mandó el otro día diciendo de que todo gaucho es hombre libre y puede ir a la votación y de ahí también que siempre que un federal neto precise de caballos, puede tomarlos, no importa la marca y aunque lo demande al Juez, diciendo que es para servicio de la santa causa no le hacen nada ¿y que dice Ud. a esto ño Simón?

-Digo, respondió el viejo, que para que vosotros fueseis hombres libres eligieseis por vosotros mismos las autoridades del país es que nosotros los soldados de Mayo derramamos nuestra sangre. ¿Qué cosa nueva viene a decir el gobernador?

Mire amigo, dijo Julián, mejor es no platicar del viejo porque ¡Ud. me hace calentar!

Y esto diciendo empezó a acariciar el cabo de su puñal.

Simón sin hacer caso de su amenaza continuó: ¿Qué estamos nosotros haciendo aquí?

-Eso es lo que digo yo, interrumpió Santiago, ¿qué diablos hacemos aquí nosotros?

-Estamos aquí por mandato del viejo, ¿o el Juez nos quiere apacentar solamente?

-El misterio no tardará en reventar, dijo Simón, sacudiendo la cabeza

como quien está convencido de que Rosas no daba un sólo punto sin nudo.

En aquel momento salía de detrás de una isla la proa de la balandra Constitución que las vueltas del Río y las islas que en el medio de él surgían, habían impedido ver hasta entonces.

-¡Barco! gritó uno de los hombres que estaba en la orilla; y Julián a esta voz desapareció detrás de los árboles y entrando en la plazuela se acercó al oído del Juez de Paz, y después de decirle algunas palabras secretas, volvió a su puesto no sin que esta maniobra fuese percibida por Simón; así cuando Julián volvió sus ojos se encontraron con los del viejo, y por uno de aquellos movimientos internos espontáneos, cada uno de ellos sintió que enfrentaba su enemigo. Porque el odio como el amor tiene sus instantes únicos en la vida, instantes en que es irresistible la impresión que recibimos y en que una muda pero tácita revelación tiene lugar.

Capítulo VIII
Sigue

Así que Caccioto enfrentó los leñadores, como en aquella parte del río desde el buque podían cogerse las ramas de los arboles, él les preguntó:

-¿Hay carne fresca?

Julián tomó la palabra.

-Pues no amigo: cuanto quiera.

Rápido como el rayo, Caccioto ayudado de los marineros bajó las velas y largó el cable a tierra para que amarrasen la balandra; porque es el modo de fondear en los ríos, cuando el tiempo es sereno, y no hay peligro de temporal.

La mujer de Avellaneda seguía estos movimientos con inquietud; cuando la noche de su partida habían visto llegar a Caccioto en lugar de Lostardo, su temor había sido sumo, pero los papeles del joven patrón que el otro traía consigo parecían una garantía de que era un amigo de Lostardo, quien

por sus heridas estaba inhabilitado de poder dirigir la embarcación la cual por otra parte no podría demorarse en el puerto.

Así, Avellaneda había creído lo que muy hábil y astutamente le había contado Caccioto; pero su mujer sintió una especie de angustia que muchos llaman presentimiento y que raras veces engañan: Así, ella no perdía movimiento al patrón y al ver la balandra amarrada a tierra se acercó a su marido instintivamente como si temiera verlo desaparecer de su lado.

Avellaneda, por su parte, no estaba tranquilo y sus ojos fijándose en los de su mujer le decían que tomaba por imprudente la conducta del
patrón.

Así, llamó a éste aparte y le dijo:

-Creo que Ud. haría bien en desamarrar y seguir río arriba.

-¿Porqué? preguntó el genovés -Avellaneda repuso -porque yo soy un proscripto, como Lostardo, debió decirle; esta gente puede querer saber quién es el pasajero que Ud. lleva; mi nombre es demasiado conocido y de esto puede resultarme un mal muy grande, tal vez perder mi vida o cuando menos ser conducido como prisionero.

-¡Oh! -dijo el bombero- osté está baco il pabillone di Montevideo e dopo no stiamo a la guerra per ahora.

-Eso es lo de menos -dijo la mujer de Avellaneda, el Presidente Oribe y su digno amo don Juan Manuel Rosas, no se paran en medios.

Caccioto dijo, afectando indiferencia:

-Entonces voy a tomar la carne in terra con lo marineros e andiamo, ¿eh?

-Sí, -respondió Avellaneda, hará Ud. bien y lo mejor era no tomar cosa alguna.

Caccioto hizo como que no le oía y dando su silbido semejante al del muelle de Lafón, puso la tabla a tierra y bajó con los marineros en busca de carne...

Una vez en tierra, internose con los hombres en la plazuela acompañado de los marineros.

Un hombre quedó el último en la orilla del río; éste dando una ojeada en torno de sí, miró luego para los pasajeros y encontró sus miradas inquietas fijas en él; entonces el hombre cruzando los brazos hacia atrás a la manera de los presos hizo señas a Avellaneda y desapareció entre los árboles.

Este hombre era Simón, que al ver al proscripto Avellaneda, como hombre habituado a las revoluciones, conocía también las tramas de la tiranía y de un golpe adivinó todo, tanto más cuanto conocía a Avellaneda personalmente por haberlo visto el año 28, cuando este mozo sólo con la edad de 26 años, había sido nombrado primer ministro de gobierno.

Mamá, dijo el niño Adolfo con aire de zozobra, ¿has visto el viejo que iba detrás de todos lo que hizo?

Sí, -le contestó su padre, ¿y qué entiendes por eso?

Papá; ¡con las manos amarradas atrás llevan a los presos! Y al decir estas palabras, Adolfo empalidecía mirando a su padre porque su precoz inteligencia, le enseñaba el riesgo que en aquel momento los amenazaba.

¡Adelaida! -dijo el doctor a su mujer- sea lo que quiera, que el Señor nos envía, te recomiendo a mi hijo... y ¡ten resignación!

Adelaida pálida y casi sin aliento apretaba las manos de su marido entre las suyas heladas y mojadas de un sudor frío.

¿Tú temes algo? -le preguntó ella a media voz.

El doctor la miró tiernamente, porque la pobre mujer con aquella pregunta quería encubrir sus propios temores que se traicionaban hasta en el mover de sus labios.

Después de un corto intervalo, el Juez de Paz con algunos hombres y el patrón de la balandra subían por la tabla.

Adolfo se acercó a su padre pasando su manecita alrededor de su cuello y fijando sus ojos en los recién venidos.

Avellaneda tomó un aire indiferente y Adelaida con aquella fuerza de carácter que poseía y de la cual ya hemos hecho mención, serenó las veloces palpitaciones de su corazón y miró agradablemente a aquellos, cuya sola vista le helaba de pavor, hasta la última gota de su sangre.

El Juez de Paz los saludó con indiferencia; ellos correspondieron del mismo modo.

Los semblantes anunciaban la curiosa impaciencia de ver llegar el fin de aquel drama, por parte de los satélites del tirano, mientras que las víctimas destinadas al sacrificio, apenas ocultaban su terror.

El Juez de Paz, pidió sus papeles al patrón y éste sin resistencia los entregó, después de examinarlos en silencio se los devolvió y pidió su pasaporte a Avellaneda; éste sin inmutarse se puso de pie y le dijo:

-No tengo pasaporte, traigo sólo conmigo la orden de deportación a Corrientes.

-¿Su nombre de Ud? -replicó el Juez.

-Valentín de Avellaneda -dijo el proscripto, con un timbre de voz tan sonoro y lleno, que impuso respeto a los que le oían; y en seguida como si se envaneciera de cuanta virtud y saber encerraba aquel nombre, posó una mirada serena y majestuosa por los que le rodeaban...

Una corta pausa sucedió... El Juez volviéndose a él, le dijo -baje Ud. a tierra.

-No es posible -contestó Avellaneda- soy proscripto de Buenos Aires, desterrado a perpetuidad y mi cabeza está puesta a precio; conozco perfectamente cual sería mi suerte al poner el pie en tierra.

-Luego ¿Ud. confiesa que es un salvaje unitario? -preguntó el Juez.

Avellaneda se sonrió. -He dicho tan sólo que soy un proscripto, cosa que Ud. sabe también como yo.

-¿Pues aquí no corre Ud. el mismo riesgo?

Estoy bajo el pabellón Oriental y si estoy condenado a caer en manos de mis contrarios, quiero por lo menos que me prendan a bordo de un buque perteneciente al Estado del Uruguay y en el cual flamea la bandera de su nacionalidad.

El Juez de Paz se mordió los labios, y volviéndose a su gente les dijo:

-Amigos: ¡el salvaje unitario Avellaneda, el enemigo taimado de la Patria y de la santa causa de la Federación, en fin, atentador del sosiego público y de la preciosa vida de S. E. el ilustre Restaurador de las Leyes, está delante de nosotros! Apenas acababa de pronunciar estas palabras un grito uniforme le respondió:

¡Mueran los salvajes unitarios!

¡Viva el Restaurador de las Leyes! Y todos los caudillos desnudaron sus armas y los rostros tomaron un aspecto amenazador.

-Amigos -continuó el Juez, hace tres días que S. E. os ha dado una prueba nada equívoca de su amor de padre, correspondámosle como hijos; entreguémosle su enemigo.

¡A muerte el salvaje unitario!- gritaron todos aquellos engañados campesinos, y Julián el más atrevido de entre ellos alzó el brazo sobre el proscripto; pero una mano de acero le comprimió la garganta, haciéndolo retroceder al centro del grupo de donde había salido.

Julián todo aturdido procuraba desasirse de aquella especie de collar de hierro y apenas libre de él, volvió el rostro espumando de coraje y encontró la mirada profunda y serena de Miguel.

-¿Porqué se mete Ud. en lo que no debe? dijo Julián conteniendo apenas su furor.

-¿Porqué levanta Ud. el brazo armado sobre un hombre indefenso y desarmado? ¿Sobre un hombre que ya pertenece al señor Juez de Paz? -respondió Miguel.

El Juez de Paz que nunca olvidaba que en la comedia de la vida, él representaba un papel importante, alzó la voz imponiendo silencio; agradeció a Julián su celo que sin embargo tachó de imprudente y aprobó la acción de Miguel.

De esta manera no descontentó a ninguno al paso que tampoco dijo cosa que valiese de nada. A ese respecto el Juez de Paz era hombre entendido porque no desconocía ese lenguaje embrollado de la insignificancia, que Shakespeare ha calificado, también en su Hamlet.

¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras!

Como lo había dicho Miguel; Avellaneda pertenecía ya al Juez de Paz, pero era necesario el aparato y llevarlo amarrado, requisito sin el cual no se hacía nada bueno.

Entonces dio orden a dos hombres que eran Santiago y Julián, de apoderarse de Avellaneda.

Adelaida se arrojó casi desmayada a los brazos de su marido que ella amaba con pasión, derramando un torrente de lágrimas. Adolfo cuyos instintos de hombre empezaban a revelarse había tomado un grueso bastón y con el rostro encendido de ira, los ojos llenos de lágrimas se colocó delante de sus padres, como si sus débiles fuerzas bastasen a salvarlos de los males que les amenazaban.

Julián fue el primero que se movió y Adolfo descargó su palo sobre él. El campesino furioso alzó su cuchillo sobre el inocente y valeroso niño, que tan naturalmente procuraba defender a sus padres. Julián con los ojos centellantes, iba a descargar el golpe cuando por un rápido movimiento se sintió retener el brazo de manera que la presión era tan fuerte que parecía quererle quebrar el hueso.

Estaba muy reciente el recuerdo para poder desconocer la fuerza hercúlea que lo doblegaba de nuevo.

Los ojos del imperturbable Miguel volvieron a encontrarse con los de Julián, pero por esta vez, Miguel temblaba de indignación.

-¡¡¡Cobarde!!! -fue la palabra que sus labios convulsos pudieron proferir.

El Juez intervino de nuevo y a pesar de las lágrimas de Adelaida y de su hijo vencido por su natural flaqueza de niño; Avellaneda, buen y honrado ciudadano, fue conducido a tierra amarrado como un malhechor.

A pie por medio del campo rodeado de los dos seres que tanto amaba, emprendió su marcha entre dos filas de hombres a caballo armados de tercerola y sable desnudo en la mano.

Capítulo IX
Lágrimas

A cuatro leguas de la margen del Paraná en medio de una de esas selvas o florestas que en el lenguaje de los campesinos llaman islas, vense aún esparcidas las ruinas parduzcas y desiertas de un monasterio, que según tradición del país era una fundación de los primeros Jesuitas que vinieron poco después del descubrimiento del Río de la Plata por
Solís.

Haría por lo menos dos siglos que la desierta capilla del monasterio era sólo habitada por las fatídicas lechuzas y que sus anchos y sonoros claustros estaban solos y pavorosos como las tumbas de los muertos.

El tiempo sereno y agradable había sido sucedido por un aire tempestuoso y de lluvia; el cielo azul y brillante por las negras nubes de la tormenta, así como en la vida del hombre se truecan las horas de placer en llanto, las risas en dolores, las esperanzas brillantes, en amargas realidades.

La noche había llegado oscura y amenazadora, un viento caliente del norte, soplaba con violencia agitando tumultuosamente las robustas copas de los anchos ombúes, las frentes elevadas de los álamos, las negras ramas del ciprés; el trueno retumbaba en medio de la selva, relámpagos de fuego entreabrían las negras nubes que giraban en enormes grupos por el espacio.

Los rugidos del jaguareté, los aullidos de los perros montaraces, los balidos de los tímidos corderos y una infinidad de ecos lúgubres o pavorosos se mezclaban sólo a la voz profunda y majestuosa de la tormenta que se acercaba como la tremenda maldición de un Dios irritado.

Sin embargo, en el monasterio abandonado sucedía un rumor inusitado; bajo su techo desierto, la vida, este negro drama cuyo límite de cada día es la eternidad; ostentaba sus escenas, y en corto cuadro era la copia fiel del mundo.

Llantos, risas, opulencia, miseria, vicio, virtud, compasión, indiferencia, todos unían allí sus opuestos colores, todo se mezclaba en pequeño grupo para dar la idea exacta de los elementos de que se compone nuestra humana existencia sobre la tierra.

En medio de la Iglesia levantada, otrora como homenaje de la divinidad, ardía una grosera hoguera cuya amarillenta llama esparcía triste claridad en derredor; las naves laterales yacían en profunda oscuridad esparcidas al pie de las columnas que la sustentaban, hombres de pie con la tercerola en la mano, estaban silenciosos e inmóviles como las viejas estatuas de los despojados santos que aún permanecían en los nichos de sus altares. Casi enfrente del altar mayor donde sólo había quedado una cruz colosal con el Cristo crucificado; sobre un poco de paja estaba recostado un hombre, pálido; cargado de cadenas, pero cuyo rostro sereno y noble sólo revelaba su profunda compasión por los dolores de los dos seres que tenía a su lado; eran estos una mujer pálida y desgreñada, cuyo rostro desfigurado, ojos llorosos y miradas vagas, revelaban una de esas desesperaciones que el corazón humano no es bastante a contener; y un niño arrodillado y que comprimía sus sollozos, oraba con las
manecitas cruzadas sobre el pecho, ¡con aquel inocente fervor de la cándida niñez!

¡Era ésta la familia Avellaneda!

De cada lado del altar otros dos hombres armados guardaban el preso.

Eran estos dos individuos, un viejo tostado y ennegrecido por el sol, cuyo rostro varonil y marcial revelaban el antiguo soldado.

Su estatura más que mediana, sus miembros fornidos, era el tipo de uno de esos hombres como ya no hay hoy; su rostro era largo y huesudo, su nariz aguileña, su boca bien cortada y franca, la frente alta y apenas coronada por algunas raras mechas de cabellos más blancos que las nieves eternas que coronan el Chimborazo; sus ojos grandes, negros, tenían una tristeza particular; parecía al mirar aquel hombre que era extraño a cuanto lo rodeaba y que su pensamiento siempre estaba en otros lugares o remontando a otras épocas pasadas y lejanas.

Era el viejo Simón.

El otro era un joven de cabellos rubios, de ojos tristes, azules, que en aquel momento eran más tristes todavía y que parecía concentrar todas sus facultades en oír las palabras graves que lentamente pronunciaba Avellaneda.

Sus miradas iban de uno a otro de aquellos tres personajes y después las volvía hacia Simón, y los ojos del antiguo lancero encontrándose con los suyos, tenían tal aire de simpatía por él y por aquellos tres infortunados, que Miguel, pues era el mismo, sentía una especie de revolución extraña en sus ideas y manera de ser.

El silencio de la capilla era profunda, la voz sonora de Avellaneda, era la única que resonaba con las últimas palabras que profería para los suyos. Afuera, los aullidos de las fieras del bosque, el silbido del viento entre los claustros como un gemido de muerte y el eco del trueno retumbando en la llanura vecina... En el primer claustro ardían hogueras y el resto de la gente del Juez de Paz jugaba y bebía reventando de rato en rato una viva carcajada satánica y burlesca.

Los sollozos del niño Adolfo, los ayes dolorosos de su madre, completaban este cuadro que no basta mi pluma inhábil a trazar con todos sus claros y oscuros.

-¡Adelaida! -decía el preso- serena tu corazón y vuelve los ojos a ese Dios de bondad que él te dará fuerzas con que sobrellevar este golpe: su mujer sacudió la cabeza con incredulidad.

-Es la última noche que pasamos juntos -decía Avellaneda- y es necesario emplearla mejor que en llorar. Yo necesito que ustedes me presten atención y recojan mis últimas palabras, porque ellas y mi bendición de esposo y de padre es lo único que les puedo legar.

-¡Oh!, tú no morirás, -exclamó Adelaida dolorosamente. -¡No! Aparta de mi mente ese horrendo cuadro, yo imploraré, yo rogaré, me arrastraré a los pies de ese hombre.

-¡No! -dijo Avellaneda- será todo inútil, mi muerte debe estar decretada, y Rosas no sabe qué cosa es la piedad. Deja que se cumpla mi destino; tú debes conservarte para nuestro hijo; ¡no me lo dejes

completamente desamparado sobre la tierra...! él te recordará los días que hemos pasado juntos en el mundo, ¡en él revivirá mi nombre y mi recuerdo!

Y al decir esto, besó a Adolfo en la frente.

-Papá; ¡déjame morir contigo como el hijo de aquel valiente capitán, que fusiló Rosas, en San Nicolás de los Arroyos, junto con su padre! -decía el niño.

-¿Qué dices Adolfo? -No, hijo mío; vive para consolar a tu madre y para vengar un día tu patria, si es que ese tirano que hoy la despedaza no ha caído ya en holocausto de tanta sangre como ha derramado.

-¡Oh, papá! ¡Cuánto odio a ese hombre!

-No odies el hombre -respondió el preso- detesta el tirano de tu patria; no lo odies porque asesina a tu padre, al fin yo no soy más que un miserable grano de tierra, detesta en Rosas, el opresor de tus paisanos, el enemigo de la ley, del honor, de la virtud y cuanto noble y buena tendencia tiene el corazón del hombre; cuando llegues a serlo, no persigas a ninguno de su familia, porque ellos no tienen la culpa de sus crímenes. Adelaida -prosiguió dirigiéndose a su mujer - que el ejemplo de tu marido que va a perecer en el cadalso, no te haga infundir egoísmo y dureza en nuestro hijo; críalo como hombre, enséñalo temprano a luchar contra la opresión, enséñalo a considerar en cada semejante un hermano. Adolfo -dijo volviéndose a éste-, mira que todos los hombres son hermanos; nunca niegues a tu semejante aquel amparo o servicio que exija de ti, sé generoso con todos, parte tu pan la mitad para ti y la otra para quien veas que lo necesite.

Sigue la carrera de las leyes, pero no con el fin de enriquecerte; no defiendas sino aquellos que en tu conciencia reconozcas justos y no llores dinero a los pobres sino aquel muy absolutamente preciso para no hacerte daño a ti mismo. Nunca seas juez para no verte obligado a firmar la muerte de un hombre: eso es bárbaro y antihumanitario.

Nunca seas fiscal porque el papel de acusador es infame.

La defensoría de menores y esclavos es la más bella colocación posible, aspira a ella y ve de obtenerla para ser verdaderamente el apoyo de los desvalidos...

Adolfo oía a su padre con una especie de veneración religiosa, en tanto la desesperación de Adelaida aumentaba gradualmente, al paso que más y más profundizaba la horrible pérdida que hacía en un esposo adorado y en un hombre de tan altas virtudes, que difería tanto del común de los individuos. Desde que naciste, hijo mío - prosiguió el doctor- me ocupé de escribir un tratado particular para tu educación moral, está entre mis papeles y ruego a tu madre que si puede salvar nuestro equipaje te enseñe a leerlo todos los días y te explique constantemente aquellos puntos que tú no entiendes, siguiendo las máximas que yo he trazado para ti, allí darás la mejor prueba de respeto y amor a mi memoria.

Cuando un día quieran echarte en cara mis cadenas y el patíbulo que me espera, recuerda que tu padre te dice ahora, últimos instantes en que te ve, que muero víctima de un tirano feroz y sanguinario, mis crímenes son: mi amor al país donde he nacido, un nombre sin mancilla y un poco de inteligencia que Dios ha querido concederme...

En aquel momento un trueno espantoso retumbó y un relámpago hizo empalidecer la luz de la hoguera, iluminando la colosal figura del Dios-hombre crucificado. Los silenciosos centinelas se santiguaron. La tormenta rompió enteramente en su furor.

Avellaneda a pesar de sus cadenas, medio se sentó sobre la paja, su hijo y su mujer lo rodearon con sus brazos y los tres quedaron unidos como un solo individuo.

Avellaneda continuó: -¡Nunca me han parecido tan dulces vuestras caricias como en este momento! Será porque es la última vez que mis ojos os ven, que oigo el eco de vuestra voz, que escucho las palpitaciones de vuestros corazones...

-¡Pobres! -dijo- reuniendo aquellas dos cabezas queridas sobre su pecho; yo soy el más feliz de los tres, yo voy a morir... pero vosotros que siempre vais a echarme de menos...

¡Oh, quién podrá nunca colmar el vacío inmenso que vos dejas! -prorrumpió su mujer. -¡Oh! ¡Dios no es justo cuando consiente al crimen triunfar de la virtud y de la inocencia!

Avellaneda no respondió, temiendo que su voz no traicionase las violentas emociones de su corazón. -Al fin era mortal, era joven aún, y dejaba tras sí, una existencia doméstica lo más feliz posible. Le costaba separarse y dejar abandonados sin consuelo aquellos dos seres tan amados.

Desde el momento en que les dijera adiós hasta el cadalso, siempre habrían de transcurrir algunos días, cuya soledad y amargura lo asustaban más que las bocas de los fusiles asestadas a su pecho.

El silencio volvía a reinar absoluto, cuando entró el Juez de Paz con otros personajes que habían venido del pueblo del Baradero con el fin de hacer un sumario al inocente Avellaneda. El proscripto pensó que su última hora había llegado.

Capítulo X
Proceso de un unitario...

Antes de que Rosas hubiera colocado en los fastos de la historia argentina los meses de abril y octubre de 1840, antes que despojándose completamente de todo velo de respeto a las leyes y a la humanidad y hubiese patrocinado los horrores de la mazorca y el fusilamiento de los 57 primeros de Acintiá y Tucumán y acostumbraba a matar judicialmente sus víctimas haciendo tomar a sus particulares venganzas, el color de ejecuciones judiciarias; para eso había levantado el proceso del los Reinafés), sus incautos cómplices y el de don Domingo Cullen.

A la verdad que más vale en nuestra opinión este último partido de mostrarse cual es, que el infierno que antecedió la muerte del francés Bacle), y de tantos infelices a quienes hizo fusilar juzgándolos antes, por los tribunales que él manchaba y profanaba convirtiéndolos en ciegos instrumentos de sus maldades y venganzas.

Avellaneda pertenecía aún a esa época, en que Rosas temía mostrarse tal cual es, un salvaje asesino sediento de sangre y de riquezas hecho el amo absoluto de bienes y vidas, gracias a la manera con que ha sabido desenfrenar las masas bárbaras de un país conmovido y revolucionado aun por la declaración de la Independencia y habituado a una guerra sin tregua ni cuartel.

Consecuente con este infame sistema adoptado por su amor, el Juez de Paz así que se apoderó de Avellaneda, lo condujo a aquel monasterio en ruinas y convocó las autoridades del pueblo a fin de levantar una sumaria información cuyos fundamentos eran mentiras inicuas y atroces que tomaban reo al inocente pasajero que seguía viaje para Corrientes en la balandra Constitución.

El proceso de la nueva víctima del caribe, se fundaba primero en la declaración del patrón, en la misma que afirmaba el Juez que se había tomado también la parte de acusador, y en una serie de descabelladas presunciones, que ellos tomaban por otras tantas evidencias que deponían contra el acusado.

Cuando el Juez de Paz entró en la capilla con sus dignos acompañantes, mandó poner en pie a Avellaneda, sentáronse ellos en las gradas del altar, y para llevar a cabo la farsa principió el interrogatorio.

Acerquen a este salvaje unitario para acá, -dijo el Juez.

Dos guardias colocaron el preso enfrente a sus torpes verdugos y continuaron a sostenerlo porque el peso de cadenas con que lo habían cargado no le dejaba movimiento alguno, impidiéndole guardar un perfecto equilibrio en pie sin ayuda de los otros. De la manera cómo lo colocaron, quedaba frente a frente con la imagen de Cristo y fijos los ojos en aquel símbolo de la redención y del martirio, esperó sereno e indiferente el principio de aquella indigna ficción de la justicia.

Avellaneda cargado con los honrosos grillos de la tiranía, ante la figura de Dios-hombre crucificado, en tanto que sus sicarios volvían las espaldas al altar, parecía allí como el símbolo de la humanidad esclavizada demostrando toda la inutilidad del sacrificio y martirios del Cristo.

-Es usted -preguntó el juez- el salvaje asqueroso unitario Valentín de Avellaneda.

-Soy -contestó el proscripto- el doctor don Valentín de Avellaneda, abogado de profesión y amante de mi patria como debe serlo todo hombre de honor. -Juez. -Déjese usted de pataratas - usted es un salvaje unitario.

-Felizmente. -replicó el doctor- ni usted ni los suyos saben lo que dicen; en cuanto a su amo de usted, ese sabe perfectamente lo que hace y lo que dice, como sea conveniente a su sistema.

-No insulte usted al gobierno.

-Hace mucho tiempo que no hay gobierno en la República Argentina, sino un tirano atroz que la enluta y destroza.

-¡Y no poder degollar ahora mismo este hombre! -murmuró el Juez; de allí continuó en voz alta.

-¡Por qué ha venido usted al Paraná!

Porque era el camino para Corrientes.

¡Mentira! Usted venía a desembarcar con el fin de atentar a la tranquilidad del país y tal vez a la preciosa vida de S. E. el Ilustre Restaurador de las leyes.

-Acabe usted si es su intención hacerme fusilar ahora mismo, lo prefiero yo a escuchar tantas infamias y desatinos de la boca de un hombre que se llama ¡¡¡Juez de Paz!!! Título sagrado que está profanando el vil ejecutor de las venganzas de un déspota.

-¡¡¡Modérese usted!!!

¡Silencio! ¡Ciervos del Tigre Argentino!

¡Silencio! ¡A la voz del libre y del patriota! ¡¡¡Del hombre que lleva alta la frente y pura la conciencia, del hombre que marchará al suplicio más sereno que sus verdugos, más sereno que el monstruo que no podrá dejar de temblar azorado cuando sepa mi muerte!!!

Adelaida y su hijo de rodillas con las manos tendidas hacia el proscrito parecían implorar que no acelerase su muerte.

El Juez de Paz confundido con aquella palabra, rápida, vibrante y sonora, con aquella mirada noble y majestuosa que a su pesar le obligaba a bajar los ojos buscaba en su mente insultos y sandeces con que contrarrestar el lenguaje soberbio y soberano de Avellaneda.

Los dos hombres de cada lado del altar, les temblaba la carabina en el hombro.

Simón le parecía oír sus héroes Moreno y Castelli abogando por los derechos hollados del hombre.

Miguel por la primera vez de su vida comprendía el inicuo papel que había representado por ignorancia de verdades que ahora como rayos herían su dormida inteligencia y la despertaban de un golpe.

Mientras que Avellaneda apenas pudiendo sostener sus hierros, con el rostro animado, el ojo brillante, la sonrisa del desprecio en los labios parecía burlarse de sus acusadores y gozar del imperio absoluto que su alta inteligencia y su virtud le daban sobre aquellos bárbaros.

-Señores -dijo el Juez- están ustedes oyendo la audacia, la terquedad de hereje, taimado y sucio unitario, él insulta las leyes de la patria en la persona del Ilustre Restaurador de las Leyes; ¿qué más prueba de su contumacia? ¡Señores! No lo dudemos. Este vil, traidor y salvaje inmundo asqueroso unitario venía con el designio de asesinar a S. E. y revolucionar el país. ¡Señores! Firmemos el acta de acusación y una felicitación a S. E. porque la Divina Providencia se ha dignado conservar sus preciosos días, salvándolo de las asechanzas de este feroz y contumaz unitario.

Una carcajada sarcástica y feroz resonó en medio del silencio que hizo estremecer los circunstantes y que perdiéndose entre las arcadas de la iglesia parecía repetirse en cada uno de los ángulos.

Todos miraron en torno de sí agobiados, pero nadie sospechó que fuera ninguno de los que allí estaban.

Si hubieran podido penetrar las espesas sombras que cubrían el coro, habrían podido distinguir el bulto de un hombre que llevaba en la cabeza una gorra de piel de oso y una cicatriz en el rostro que lo hacía de una cara dos.

Hombre satánico que se burlaba de Dios y del infierno, del bien y del mal.

El Juez de Paz continuo: -Este debe ser algún salvaje unitario escondido entre estas ruinas.

Otra carcajada respondió a estas palabras.

Los campesinos empezaron a temblar azorados creyendo que sería el ánima de algún fusilado que andaba errante por aquellos agrestes sitios y todos principiaron a rezarle un padre nuestro en voz baja con el fin de su descanso eterno.

El Juez de Paz, a más de su superstición natural, temía ver su dignidad comprometida y temiendo si hacía otra alusión a los unitarios que otra nueva risada no lo comprometiera más y más, trató de que se firmaran los dos papeles, cuyo contenido era obra del mismo Rosas.

Después de firmados, volvió a sentarse y habló así:

Señores: nosotros podíamos hacer fusilar en el instante este monstruoso unitario.

Un sollozo de Adolfo interrumpió al Juez, al mismo tiempo, un rayo cayendo en algunos de los apartados aposentos del monasterio hizo estremecer el edificio hasta en sus cimientos.

El horror de la tempestad, los rugidos de las fieras y el sitio en que se encontraban tenía sumamente atemorizados los gauchos.

Sólo tres de entre aquellos hombres eran insensibles a vanos temores.

El viejo lancero, porque él había oído la voz de la tormenta entre los Andes, allí donde moles inmensas de nieve rodaban con estrépito al abismo y donde gruesas piedras volaban como simples granos de arena.

Miguel, porque su alma era más elevada y animosa y porque en aquel momento se operaba en él una de aquellas revoluciones extrañas que mudan un individuo totalmente en otro.

Y Julián, quien de un natural salvaje y feroz, ardía de odio y de venganza contra la familia del proscripto, contra Miguel y hasta contra el viejo Simón, que nada había hecho sino sorprender su acción en el bosque.

El Juez continuó:

Sin embargo, de los delitos de este asqueroso unitario que merecía la muerte ahora mismo creo que debemos entregarlo vivo en las manos de S. E.

¡¡¡Apoyado!!! -Contestaron las otras máquinas judiciarias.

-Yo mismo en persona quiero ponerlo a la disposición del Ilustre Restaurador de las Leyes.

-Estoy muy cansado de estar en pie -dijo el preso- acabe Ud. su farsa y déjeme descansado una vez que no muero ahora y que debo prepararme a probar todas las torturas que el tirano me imponga; bueno será contemplar mis fuerzas para que la diversión de los tormentos que me prepara, le dure más tiempo.

El Juez se levantó diciendo:

-Acomoden ese asqueroso unitario por ahí; múdense las guardias y téngase pronto para partir cuando yo lo ordene.

Avellaneda volvió a ser acostado sobre la paja, puso su hijo a su lado en tanto que su mujer de rodillas ante el altar se preparaba a pasar orando el resto de la noche.

Los centinelas fueron renovados y todo volvió a quedar en el más profundo silencio.

Capítulo XI
Simón y Miguel

Cuando según la orden del Juez de Paz los centinelas fueron relevados, Miguel apenas libre de su tercerola, en lugar de procurar descansar como iban a hacerlo sus otros compañeros, salió al aire libre y como aquellas ruinas le eran familiares dirigiose a una especie de recinto que tal vez sirvió en otro tiempo de jardín o cementerio a los Jesuitas.

Miguel sentía su cabeza pesada, su corazón oprimido, el aire le faltaba a sus pulmones érale estrecho el claustro, necesitaba el viento que soplaba con violencia, necesitaba de encontrarse al

descampado en medio del horror de la tormenta que la lluvia calase sus vestidos... Sentía, en fin la necesidad de aturdirse, para serenar el tropel de emociones y de ideas que lo agitaban.

Como todas las almas nuevas y timoratas, el joven gaucho, se veía por la primera vez de su vida en contienda con su conciencia.

Sus simples creencias se rompían de un golpe haciendo lugar a una multitud de reflexiones o incertidumbres espantosas para un hombre, que como Miguel, tenía una inteligencia bastante clara aunque inculta.

Al encargarse de aquella misión había imaginado en el doctor Avellaneda una especie de oso, y encontraba en él y en su familia seres interesantes y simpáticos... Corredor de los desiertos era también la primera vez que se le ofrecía a la vista un hombre encadenado.

Sobre todo, antes de conocer al proscripto él lo creía sinceramente un enemigo de la patria, un malvado, pero aquellos consejos de Avellaneda a su hijo, su noble lenguaje para con sus acusadores, todo confundía y martirizaba a Miguel.

Fatigado de alma y de cuerpo cayó al pie de un árbol con esa especie de abandono de un ser que sufre y duda de lo que hasta allí respetó como verdad.

Un relámpago de fuego brilló en aquel momento y Miguel pudo ver los cabellos argentados y el rostro triste del viejo lancero que se encontraba a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud meditativa y solemne.

-Sí las palabras que voy a proferir, hubieran de llevar mi cabeza al suplicio -dijo Simón- ni así mismo me callaría porque si no me engaño el caballo es de buena raza aunque le hayan dejado tomar malas mañas.

-Es verdad -contestó el joven- el mejor árbol tuerce el tronco cuando el vástago no se cría derecho.

-No sé si me habré equivocado joven, pero creo que Ud. tiene un buen corazón; esta mañana ha salvado delante de mí dos vidas que sin Ud. habrían sido infaliblemente sacrificadas...

La primera vez, -replicó Miguel- no hice más que cumplir con las instrucciones que se me dieron a respecto del preso; en la segunda seguí el impulso natural de todo hombre cristiano de defender al débil.

-¿Y cómo puede Ud. si es cristiano, haber llenado una comisión tan infame como ha sido la de contribuir a entregar este hombre inocente?

-¡Inocente!... ¡ah! desde que he conocido este hombre, que lo he oído hablar, estoy en la mayor confusión... ¡no sé qué creer!... Pues que el gobernador será como él lo llama... ¡¡¡Un tirano!!!

-Es verdad, joven; es un tirano espantoso. Si Ud. hubiera conocido los viejos de la patria vería la diferencia que existe entre aquéllos y este hombre que hoy está de gobernador en Buenos Aires.

-Yo nada sé señor, Simón: criado en el campo, viviendo siempre en el desierto, a nadie conozco y sirvo al gobernador porque es el único que me ha hecho algunos bienes, a él le debo mi caballo, mi apero, y siempre me está haciendo regalitos.

-¿Y dinero?

-Ha querido darme por diversas veces pero yo no lo he recibido nunca.

-Es Ud. más ignorante que culpado.

-Pero dígame señor Simón ¿es cierto que este hombre, este preso, es inocente?

¿No lo ha oído Ud. hablar a él mismo?

¡Es verdad! y dijo cosas tal y cual solía decir el cura en otros tiempos.

-¡En otros tiempos! -respondió el viejo con amargura- cuando los ministros del altar predicaban sólo la unión y el amor del prójimo: cuando no se gritaba en los púlpitos "¡Mueran los salvajes unitarios!"

-Pero dígame por su vida señor Simón ¿qué vienen a ser los unitarios?

-¿Ud. no ve Miguel que los unitarios o los que califican así son argentinos como nosotros?

-Sí por cierto; más son los puebleros.

-¿Y Ud. cree que el gaucho no es hermano con el pueblero?, ¿no ve Ud. que es la misma patria? Es también como decir que el hombre de color no tiene carne y huesos como el blanco y que no tiene iguales derechos que éste.

-Por fuerza, yo he visto negros y blancos morir, y lo mismo muere uno que otro; pero volviendo a los unitarios, el gobernador me ha dicho mil veces a mí mismo que los unitarios eran herejes, y enemigos de la patria y que si no fuera por él vendían el país al extranjero.

-Mire amigo, yo soy patriota viejo y no de estos tiempos; yo conocí los días de la España, crea que era mejor que hoy.

-¿Qué dice señor Simón, el tiempo de los godos era mejor?

-Por supuesto amigo; nosotros es verdad que éramos colonos de la España, pero todo el mundo trabajaba quieto en su casa, no se prendía, no se degollaba a ninguno, el país era rico y todos vivíamos como hermanos.

-¿Mas, Ud. peleó contra la España?

-¡Sí amigo! y peleé bien, a lo menos mi intención era buena, porque creía servir a la patria; ¡mas si yo hubiera adivinado que tanta sangre vertida era al cohete! Si hubiera pensado que todo había de servir para que Rosas hiciera tanta herejía con la patria, ¡nunca amigo! nunca el viejo Simón era capaz de ser soldado.

-Pues yo creía que el gobernador también había sido héroe de la patria.

-¡Dígaselo Ud. al lancero Simón! Jamás amigo él peleó, ¡ni sabe lo que es eso! es al contrario, cuando en el año veinte mandaba los colorados de las Conchas y que el viejo Martín Rodríguez (hoy desterrado en Montevideo) quiso entrar a la Plaza me contaron los mismos colorados que su comandante se escondió por ahí y mandó decir al general en jefe que le acababa de dar un cólico y nombrase otro comandante; ¡de susto el hombre se fue en dos aguas!

-Mas, señor Simón, este hombre, ¿está preso?

-¿Pero cómo pudo Ud. servir en semejante comisión?

-¡Que quiere amigo! el gobernador me mandó llamar, para otro negocio

que creo era sobre parejeros, entrando a platicar conmigo, entró un hombre que diz que le traía unos pliegos, él los pidió, leyó, y de ahí dice que aquella carta le daba aviso de cómo un barco iba Paraná arriba y traía un unitario que venía a revolucionar la campaña y matarlo a él; mas, el patrón del buque había descubierto el enredo y que cuando el unitario quisiera saltar a tierra, el patrón, si el gobernador mandaba gente al Paraná iba a preguntar "si le daba carne fresca", y que esta era la señal; el hombre que traía el papel habló también mucho del caso, y así que se fue el gobernador me rogó que viniera yo en persona y me enseñó lo que había de decir al Juez de Paz del Baradero; diome también unos despachos como credenciales y sobre todo me responsabilizó porque el preso le llegara sano y bueno porque diz que es mozo que estima mucho y no quiere hacerle mal ni vengarse de él.

-¿Y Ud. creyó todo de buena fe?

Por fuerza.

-¿Y está ahora de la misma opinión?

-¡No! ahora dudo... el preso me parece hombre bueno... ¡no tiene cara de asesino! ¡no! y estoy arrepentido.

-Si al arrepentimiento no sigue la reparación, ¿de qué sirve arrepentirse?

-¡Cierto! ¿Ud. cree que lo podremos salvar?

-¡Es Ud. un valiente sujeto Miguel! ¡Bien! Somos amigos desde este momento amigos en vida y en muerte.

-¡Lo juro! -exclamó Miguel- poniéndose de pie y tomando la mano del viejo.

-¡Juremos! -añadió éste- juremos delante de Dios que nos oye y está en todo lugar; salvar al doctor Avellaneda, sea aquí, ¡¡¡sea en Buenos Aires!!!

-¡Lo juro! - pronunció el joven con voz profunda.

-Separémonos -dijo el viejo- podrían haber notado nuestra ausencia, yo iré primero, vaya Ud. una media hora después.

¡El canto de un gallo resonó!

-Es el segundo canto del gallo -dijo Miguel- son las once y media, después del tercer canto entraré yo.

Y los dos nuevos amigos se separaron.

Miguel quedó en el mismo lugar; su cabeza era un caos, y no podía darse cuenta de lo que sentía.

Era un hombre del campo, sin instrucción ni trato alguno de gente; viviendo de la vida montaraz y errante del venado que puebla nuestros desiertos; amando la libertad por instinto y prefiriendo dormir bajo un árbol, comer una mulita o perdiz muerta por él o a sujetarse a trabajar regularmente y tener un género de vida cierta y arreglada; tal vez porque era una de esas naturalezas indómitas y caprichosas para las cuales todo sistema detenido y arreglado de antemano es inútil.

Un hombre de esta clase, no podía comprender de un golpe que las opiniones políticas de un individuo no pueden jamás ser delitos de muerte.

No podía comprender que el hombre tiene derechos sagrados de propiedad y de seguridad individual, que sólo son atropellados por los tiranos.

Prefiriendo ser un pobre gaucho sin acomodo, a ser un buen y prevenido peón, Miguel posponía los bienes transitorios de la existencia a la soberanía absoluta de sus acciones. Esta libertad de sí mismo, esta materialidad de la idea libertad él la comprendía y amaba con pasión, pero había aún alguna distancia para que llegase a comprender la libertad intelectual, y lo que vale el libre albedrío de cada hombre.

Habiendo visto sólo de lejos la sociedad, tampoco podía saber qué pactos son los que la ligan, ni lo que los hombres se deben entre sí recíprocamente.

Por vez primera confusas ideas de todo esto se agolpaban en su mente que él no podía ni descifrar ni ver con su verdadera luz.

¿Por qué se ha de hacer un delito a toda esa masa de hombres ignorantes, que siguen a Rosas, desenfrenados por la falsa creencia de que la libertad es el derecho de hacer cada uno lo que quiere?

Hombres que se persuaden, que la federación, la causa Americana y don Juan Manuel Rosas son la Trinidad Política, un mismo y sólo individuo: que creen que para ser verdaderos americanos necesitan parecerse a los pampas, odiar todo cuanto no sea atraso y retroceso, y considerar como antinacional cuanto no sea grosero y grotesco y ordinario; lenguaje, vestido, maneras, ¡cuanto rasgo puede, en fin, caracterizar un pueblo!

El doctor Avellaneda había dicho a su hijo que todos los hombres eran hermanos; había calificado la pena de muerte como bárbara y anti-humanitaria, y en vez de recomendar a su hijo venganza y odio, sólo le encargaba ¡perdón y justicia!...

Miguel era uno de esos jóvenes que el año 1829 estaba aún como si dijéramos en la cuna, era entonces un muchacho de diez o doce años pero muchacho del campo, desde que tenía edad de fijarse en lo que los otros decían, sólo había oído palabras de sangre y de odio; era pues la primera vez que llegaba a sus oídos el lenguaje de la civilización y de la humanidad.

Sucedíale como al hombre privado largo tiempo de la vista y que de un golpe la recobra, sucediendo a las tinieblas la luz más viva.

Largo rato pasó luchando con lo que es necesario aprender, porqué sólo vagamente puede el hombre percibirlo por sí mismo: y mucho después del tercer canto del gallo, fue a arrojarse en un rincón del claustro donde dormían sus compañeros.

Capítulo XII
Proyectos

Sin embargo, el viejo Simón no había venido al claustro a entregarse al reposo; una vez separado de Miguel, empezó a maquinar él cómo podrían hacer evadir al prisionero, porque quería aprovechar las buenas disposiciones del joven, y sobre todo salvar aquella interesante familia de las uñas del lobo carnicero.

La tempestad continuaba en todo en furor; torrentes de lluvia soplaban la tierra; la hora era avanzada y los centinelas que estaban de guardia eran vigilantes. Ningún medio posible se presentaba a la imaginación del lancero, a lo menos por aquella noche.

Si no hubieran de emprender el viaje al otro día; si la casualidad o el mal tiempo hicieran con que la conducción del preso se demorase un día más y una noche, entonces Simón esperaba lograr su designio; mas era necesario prevenir a la familia Avellaneda y concertarse con Miguel, único que podría ayudarlo.

Dos hombres contra doce o veinte que allí había, no contando el Juez y sus adherentes, era empresa descabellada, si a lo menos fueran cuatro, dos podían hacer frente mientras los otros facilitaban la evasión del preso; era pues necesario recurrir a la astucia y ver de sacar el mejor partido posible de la posición ventajosa de Miguel, como enviado extraordinario y principal instrumento, bien que inocente, de aquella horrible trama.

Después de mil vueltas y proyectos, Simón había logrado detenerse en uno, que le parecía el más fácil.

Si quedaban aún una noche más, así que todos estuviesen entregados al sueño, era invitar los otros seis hombres que guardaban el preso a vista a que fueran a descansar, esto no era difícil de obtenerse si lo pedía Miguel de quien no era posible sospechar; por otra parte, los campesinos no son maliciosos y sobre todo ignoran que cosa sea la disciplina militar.

Una vez solos los dos, cargaban el preso y lo llevaban a lo más apartado de las ruinas: allí lo quitaban los grillos, tres buenos parejeros ya estaban prontos; en uno montaba el doctor, libre de sus grillos, en los otros dos se colocaban Miguel y Simón. El primero como mejor jinete, y más fuerte llevaría la mujer de Avellaneda en ancas de su caballo, y el segundo colocaría a Adolfo delante de sí. Los tres hombres armados correrían hasta la margen del Paraná; allí entraban en la balandra, y por bien o por mal obligaban al patrón a continuar viaje a Corrientes, por consiguiente, evadíanse todos juntos.

-La mujer de Avellaneda, no sosegaba por su parte; arrodillada al pie del altar, parecíale un sueño cuanto le sucedía; pero como todos los caracteres firmes y resolutos, no se detenía mucho en los lamentos: su marido estaba a dos pasos de ella encadenado, y tal vez en breves días o sumidos por el resto de su vida en una prisión, o condenado a muerte sin dilación.

Sus lágrimas de mujer, sus dolores de esposa, la sangre toda de sus venas derramada gota a gota malograrían salvarlo: era necesario acallar los llantos, serenar el alma y aguzar la imaginación para luchar por medio de la acción y de la fuga contra las sanguinarias miras del tirano.

Adelaida se sentía capaz de arrastrar los mayores peligros; nada la amedrentaba, salvar su adorado Valentín, ese era el objeto y por lo tanto el resto, costare lo que costare, érale indiferente.

Pero ¿a quién volver los ojos en aquel lugar? Oro y joyas tenía consigo, ¿mas estaba ella cierta de seducir ni con el dinero aquellos fanáticos?

Recordaba bien la acción de Miguel por la mañana, pero, esta no era bastante garantía para arriesgarse a proponerle que libertarse a su marido y además de eso como dirigirse ella, a gentes desconocidas y enemigos todos.

Por lo menos, para seducirlos, requeríase tiempo y sobre todo poderlos comprar separadamente uno a uno.

Si Adelaida hubiera podido imaginarse que tenía dos amigos que se preparaban a intentarlo todo por el preso, su espíritu habría descansado un poco; bien es verdad que ella se juraba interiormente sino era allí, sería en el mismo Buenos Aires que intentaría substraer aquella idolatrada cabeza al cuchillo de los verdugos.

Entre tanto, Simón no dormía aunque fingía hacerlo profundamente, y así que vio entrar a Miguel arrastrándose y dando vueltas como de quien tiene sueño inquieto logró quedar acostado lado a lado con su nuevo amigo; y su voz bien baja lo impuso de sus proyectos: Miguel los aprobó, prometió toda su influencia y arrostrarlo todo, y así pasaron la noche en ajustar lo que debían hacer el día siguiente.

Mientras aquellos dos hombres movidos de simpatía y de generosa intención conspiraban a su favor, y que su esposa también tomaba mil planes quiméricos, Avellaneda dormía tranquilamente, con ese sueño del hombre que en medio de las tempestades de la vida, conserva sosegada y pacífica su conciencia.

Capítulo XIII
Tentativa

El día que sucedió a la noche que acabamos de describir, amaneció triste y lluvioso, con todo era probable que según tiraba el viento hacia el S. O., la tarde sería serena y que tal vez en esa noche o en la mañana siguiente seguiría viaje al Paraná la comitiva; porque estaba decidido que llevarían el preso embarcado hasta Buenos Aires.

El día transcurrió sin accidente y los dos amigos encontraron medio sin excitar sospecha alguna de lanzar dos o tres ojeadas significativas a la señora de Avellaneda.

La noche llegada, entró la primera guardia a las seis, a las diez se mudó la segunda, en ella entraron Simón y Miguel que debían ser relevados a las dos de la mañana. La tarde había sido serena, las estrellas brillaban en el firmamento azul y un suave pampero, empezaba a orear los caminos.

Al tercer canto del gallo, es decir a la media noche, la gente que se hallaba en el monasterio dormía toda y la familia de Avellaneda fingía hacer otro tanto y los centinelas no cesaban de bostezar y restregarse los ojos. Miguel fue uno por uno diciéndoles que si estaban fatigados se retirasen que él y su otro compañero guardarían al preso el cual visto su enorme peso de cadenas no podía ni mover las manos.

Los gauchos encontraron buena la proposición y se echaron en uno de los rincones de la iglesia; pronto el estruendo de sus ronquidos atestiguó que dormían a pierna suelta.

Cuando hubo pasado un buen cuarto de hora, Simón salió por una puerta lateral, de allí a unos breves instantes volvió, entonces en silencio los dos hombres dieron sus tercerolas a la valerosa Adelaida y ellos con el mayor cuidado posible cargaron entre los dos al preso: Adolfo levantaba las cadenas para que el menor ruido no se oyese. Así salieron los cinco por la misma puerta lateral que había mostrado Simón hacía un corto espacio.

Llegados al fin de un largo pasadizo entraron en un vasto salón todo en ruinas que parecía la sala llamada Capitular; allí hicieron alto y mientras Simón ayudado de Adelaida libraba de sus prisiones al proscripto, Miguel ayudado del inteligente niño ensillaba y bridaba los caballos que ya tenían preparados de antemano.

Cuando Simón y Miguel se bajaron a cargar el preso en la iglesia, una especie de masa andante, un bulto en fin, se movió del coro desde donde era observador y mudo testigo de todo; con paso de tigre los había seguido por el pasadizo; él había visto caer los hierros de Avellaneda y así que no le quedó duda de su intento, se volvió en silencio por el mismo camino, en derechura a donde estaba el Juez de Paz.

Dormía éste a pierna tendida, soñando que Rosas en premio de la presente hazaña le daba la comandancia general de la campaña del Norte.

Recordado en lo más gustoso de su sueño, levantose azorado y casi se le escapa un grito de terror. El personaje que tenía delante de sí, era un hombre bajito y regordetón, con una gorra de piel de oso calada hasta los ojos y una horrible cicatriz que extraña y espantosamente lo desfiguraba.

-¿Quién sois? -dijo el azorado Juez.

El hombre sonrió -sono il patron de la balandra -respondió Caccioto, pues era él en persona.

-¿Es hora de partir? -preguntó el Juez levantándose de sobre su recado que le servía de cama, y poniéndose su poncho a toda prisa.

Sí é hora, ¡perqué lo preso se ne vá!

-¡Maldita sea tu lengua! carcamán del diablo, -rompió el Juez- ¡que me reyunen si le entiendo a este gringo lo que quiere!

-¿Non capite?

-¡Vete al infierno! Háblame en castellano que yo no entiendo el carcamán.

Caccioto hízole señas que lo siguiera a la iglesia; allí solamente pudo comprender el Juez lo que Caccioto quería hacerle comprender.

-¡Se huyó! ¡ah! ¡traidor! -Fue la primera exclamación del Juez.

Iba a dar la alarma cuando Caccioto lo detuvo y haciéndole aquellas señas más comprensibles, recordaron en silencio la gente y se dirigieron a ensillar.

Durante este tiempo, los fugitivos ya estaban a caballo, y contando dos horas de ventaja, se esforzaban en ganar terreno, a pesar del mal estado de los caminos. Pocos minutos después de la partida de la pequeña tropa que huía, el Juez de Paz del Baradero salía con su gente de entre las ruinas del monasterio y siguiendo las pisadas de los caballos que les llevaban la delantera.

Puede decirse que los unos pisaban la tierra que en aquel momento dejaban los otros.

El Juez de Paz no se apresuraba en agarrarlos porque sabía que los otros habían de defenderse y en este caso se exponía a herir el preso que su amo quería, vivo y sano; por otra parte, al ensillar su gente habían notado que de los cinco parejeros que estaban a soga, faltaban cuatro, de manera que el quinto lo montaba él, y sólo no era bastante a perseguir los fugitivos traidores, como él los llamaba, porque así se llaman también en el lenguaje de Rosas todos aquellos que procuran salvar sus pescuezos y sus bienes de sus manos y de sus sanguinarios mazorqueros.

Podrían ser las cuatro de la mañana cuando unos y otros llegaban a la margen del Paraná.

Capítulo XIV
Peligro

El primer crepúsculo del alba rayaba incierto, en el oriente y a su débil claror se distinguía la balandra a media ancla en medio del río.

-¡Con mil diablos! -dijo Simón- hase puesto el barco muy lejos.

-Es necesario echar pie a tierra -respondió Miguel- tal vez hayan dejado por la orilla el bote.

Todos bajaron del caballo. En aquel momento una voz bien conocida gritó de atrás a ellos; ¡que son traidores!

Simón y Miguel, veloces como el rayo saltaron sobre sus caballos y desaparecieron por entre los árboles; Avellaneda saltó también sobre el suyo, y ya Adelaida se regocijaba interiormente cuando su marido abandonando las riendas sobre el cuello del noble animal, echó pie a tierra diciendo:

-¿Y qué será de mi hijo y de mi mujer?

El Juez de Paz y su gente lo rodeaban de nuevo.

-¡Ah! -dijo el Juez- ¡el salvaje unitario huía domo un cobarde!

Avellaneda levantó su chicote, única arma que en aquel momento poseía, para descargarlo sobre el insolente, pero en menos de un segundo, se halló rodeado y maniatado.

-Se me olvidó traer los grillos -exclamó el Juez- cuando los hierros no bastan, menos suficientes son las cuerdas.

-Sono qui (profirió una voz que el Juez de Paz conocía perfectamente) y Caccioto saliendo de entre los árboles presentó, un abultado atado de cadenas.

Así que había dado el aviso al Juez de Paz y alarmado la gente, Cacciotto tomó sin saberlo el cuarto parejero que faltaba, recogió los grillos y gracias a su excelente caballo ya que había corrido aunque maturrango a rienda suelta, llegó el primero a la margen del río; con su natural agilidad trajo la chalana a tierra, la escondió entre las matas y mandó los marineros que echasen media áncora y aguardasen distantes de la orilla.

Apenas concluidas estas disposiciones llegaban los fugitivos.

Avellaneda cargado nuevamente de cadenas fue puesto en la chalana para ser conducido a bordo. Su mujer y su hijo se abalanzaron para seguirlo pero fueron bárbaramente repelidos.

Caccioto, el Juez de Paz, Julián, el preso y tres hombres más entraron solos en la chalana que se alejó con presteza de la orilla.

El resto de la gente volvió con los caballos al pueblito del
Baradero.

Aunque los sucesos que describimos se pasasen con tanta rapidez, el crepúsculo se había tornado ya en la blanca luz del alba y todos los objetos se distinguían claramente.

Cuando Adelaida vio que los bárbaros se llevaban sin remedio su marido, que la dejaban a ella con su hijo en medio de la selva, sola a merced de los tigres y perros selváticos y no siéndole posible tampoco separarse así del que tanto amaba, por una de esas prontas resoluciones enérgicas, e hijas de un alma grande, tomó su hijo en sus brazos y se echó al río con la esperanza de llegar caminando, a la chalana que iba delante de ella.

Avellaneda, que lleno de angustia no quitaba sus ojos de la orilla donde estaban su hijo y su mujer, aquellos dos seres tan queridos de su corazón; al ver a Adelaida precipitarse en el río con su niño en los brazos, arrojó un grito tan dolorido y penetrante que todos volvieron la cabeza hacía la margen.

La valerosa mujer se internaba en el agua sin el menor viso de temor y su hijo abrazado de su cuello sonreía inocentemente pensando de que de esta manera se reunirían a su padre.

-Salvad mi mujer y mi hijo -exclamó el proscripto- van a ser víctimas de los yacarés si no los recogéis. ¡Bárbaros; vosotros no tenéis hijos, no tenéis esposas!... ¡Oh! ¡Salvadlos! ¡Salvadlos!

Y el infeliz, estando encadenado, pálido como un muerto se agitaba inútilmente.

Los verdugos que lo acompañaban reían de sus ansias y la chalana llegó al barquito.

Todos subieron a bordo; entre tanto Adelaida avanzaba siempre, el agua le daba ya por la cintura, pronto le llegó al cuello; Adolfo atemorizado empezó a llorar, la madre lo apretó contra su seno y elevando su voz gritó: ¡arrójenme una cuerda, aunque sea!

Su marido, desde a bordo, con los labios temblorosos, pálido como un cadáver, la frente bañada en sudor frío, miraba aquel cuadro con ojos empañados y casi extintos; faltábale la respiración y sentía un zumbido fúnebre en sus oídos.

La pobre quiso dar un paso más y perdió pie, el niño lanzó un ¡ ay! de agonía espantosa y el infeliz, Avellaneda cayó sobre la cubierta sin sentido, ¡como herido de un rayo!

Entonces, a corta distancia de la balandra se oían dos voces casi extintas de un niño y una mujer que luchando con las ansias de la muerte exclamaban:

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Capítulo XV
La casa de Rosas por fuera

El aspecto material de la casa de Rosas por fuera, no presenta rasgo alguno extraordinario y la única particularidad que podremos notar, es un altísimo mirador que domina la ciudad entera, y superior en elevación a algunas de las torres de las iglesias que contiene la ciudad.

Este mirador, que forma una gran sala, interiormente es también la habitación habitual del Dictador.

La calle en que está situada la casa, se llama del "Restaurador", porque tal es el pomposo título que Rosas se da a sí mismo y que se hizo decretar por la llamada Junta de Representantes del infeliz pueblo: ¡¡¡Restaurador de Leyes!!!

Los individuos que cruzan esta calle, andan con paso mesurado aunque la inquietud de sus miradas, la palidez del semblante y la contracción de los nervios todos, traicionen una especie de terror pánico invencible y el deseo de huir de aquel paraje, como de un lugar ¡contaminado por el cólera!

Una vez ante la casa, los transeúntes, se quitan respetuosamente el sombrero como se acostumbra hacer ¡ante el sagrario!

En Buenos Aires todo el mundo carga la divisa de Rosas, los hombres la llevan en el sombrero y en el ojal del vestido, las señoras hecha un lazo en el peinado.

Esta divisa consiste en una cinta punzó con el retrato del tirano y letreros que dicen: "¡Federación o Muerte! ¡Viva el Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los salvajes Unitarios!"

La calle del Restaurador es poco frecuentada por los habitantes, y sólo la necesidad los impele de tiempo en tiempo a cruzarla.

Sin embargo a falta de personas, es común encontrar una fila de caballos ensillados, amarrados a los postes, (guarda ruedas).

A veces al lado de cada caballo, está un gaucho; su calzoncillo largo que cubre el pie, calzado por la bota de potro el chiripá de colores vivos envolviéndole, los muslos hasta la rodilla o hecho bombacha, el tirador de cuero a la cintura, su poncho, su chaqueta y el pequeño sombrero de barbijo, a un lado sobre la oreja o sobre los ojos; es imposible conseguir que un gaucho lleve su sombrero derecho jamás; con su aire indiferente habitual, están allí mirando al aire, su grande cuchillo de monte atravesado en el tirador, con ese modo amenazador que tienen hoy.

Sentados por la vereda contra los muros de la casa, vense diseminados los pampas amigos. El pampa es un tipo diferente y desconocido; es por lo general, bajo y membrudo, el color de cobre muy lustroso, la nariz chata, los labios gruesos, los dientes blancos, los ojos grandes tienen una mirada triste y donde parece haber algo de meditativo y de poético, su frente pequeña pero no chata; los cabellos lisos, negros y brillantes son llevados de igual manera por los dos sexos. Su vestido es también igual y consiste en las telas tejidas por ellos mismos que los naturales llaman jergas pampas.

La casa de Rosas es su posada habitual y éste generalmente los recibe como hermanos y los envía a sus barracas donde los mantiene a su costa.

Grupos de hombres de chaqueta, mal vestidos, el rostro infernal, se ven a las inmediaciones de la casa, el puñal a la cintura, la pistola en el bolsillo, el chicote en la mano. Su aire de desdén feroz, su risa de amo, alguna tal cual mancha de sangre en el chiripá y calzoncillos, está diciendo que es un "mazorquero".

Hombres de aire apresurado, de mirar preocupado, entran y salen; estos son los enviados extraordinarios, los espías, los bomberos, los chasques que salen y llegan a todo instante; desde las seis de la mañana hasta las tres de la madrugada en este afán. De tiempo en tiempo llegan tres o cuatro soldados con algún individuo que por su andar tembloroso, y su faz pálida y amarillenta, se

tomaría por un muerto que anda por sus pies gracias a la intervención de un nuevo mecanismo que lo pusiera en pie desde la tumba.

Este individuo ha sido llamado expresamente, sin duda, por orden del Dictador y viene como quien marcha al patíbulo.

Cuando el individuo sale, si es que sale, lleva el rostro de quien renace a la vida.

A su entrada todos lo miran por encima del hombro y tal cual palabra amenazante de sangre y de matanza le congela la sangre en sus venas; a su salida, todos los sombreros saludan, las bocas se sonríen, ya aquél parece invulnerable porque escapa vivo de las manos de la fiera.

Caballos a toda brida con sus jinetes, cruzan la calle a cada instante.

Bandas de música militares entran y salen del patio de la casa; mujeres, de vestidos colorados. Negros, mulatos, pampas y mazorqueros, todo esto entra y sale en tropel.

Por fuera, la casa de Rosas respira el barbarismo de su gobierno y la inquietud de un país siempre en revolución porque el tirano así lo quiere; por fuera en vez de esos comedidos porteros que anuncian las habitudes tranquilas del magistrado, están apiñados soldados sucios y andrajosos con el traje de los gauchos, el fusil al hombro o la espada desenvainada en la mano, prueba inequívoca, que a la fuerza moral de la ley, ha sucedido la fuerza brutal del acero; que el gobierno en vez de apoyarse sobre las instituciones y el amor de los conciudadanos, se apoya sobre el poder de la lanza y del cañón; prueba en fin, que a las formas de un gobierno sea cual sea en su doctrina, o su fundamento, se ha sobrepuesto, el individualismo, y que un hombre llamado Manuel Rosas, es el amo absoluto, el dueño de vidas y haciendas, el capitán de una horda de asesinos que saquea una ciudad, que se ve harta de sus despojos con sus servidores.

Trescientos hombres armados permanentemente, hacen la guardia de la casa, porque Rosas parece que se ha propuesto imitar en lo posible, a los emperadores romanos, de manera que esta numerosa guardia de espada desnuda en la mano, recuerda el hacha de los lectores.

Aquella casa rodeada siempre de asesinos y bandidos, parece pronta a arrojar de sí puñales y proyectiles por todos los ángulos de la población; parece que aquellos hombres, sólo esperan una señal del tigre para degollar al pueblo entero.

Tal es el aspecto exterior de la morada del Dictador Rosas.

Capítulo XVI
La casa de Rosas por dentro

Después de la descripción que acabamos de hacer, nuestros lectores no deben esperar que contraposición ninguna siga a lo que dejamos descrito. Es una verdad innegable que el individuo imprime su carácter a cuanto lo rodea; cada objeto que lo pertenece, tiene en sí algo peculiar al dueño; el vestido, los muebles, la cosa más insignificante, se pueden considerar como otros tantos rasgos de la persona que se quiere estudiar.

Por eso, la barbarie, el salvajismo, el retroceso de toda idea de civilización están impregnados en la atmósfera de la casa Rosina; por eso no debemos buscar allí la armonía pacífica de la familia, la santa poesía del hogar doméstico, el todo que representa y caracteriza las gentes de vida laboriosa y tranquila, de conciencia pura y alma virtuosa... ¡Es verdad! el semblante es la máscara del ser moral; la palabra puede ser el resultado del cálculo y no del sentimiento, el intérprete de la mentira y no de la verdad y el honor; pero es imposible nunca que el todo que representa y compone la familia, pueda engañar; es imposible que una familia de asesinos, pueda nunca tener el aire de una familia de buenos y honrados individuos.

En cualquier clase de la sociedad, que coloquemos los dos tipos antípodos, el vicioso y el virtuoso, ellos tienen rasgos tan particulares y tan suyos que son inequivocables.

Los individuos de la familia Rosas son varios; pero nosotros sólo conoceremos aquellos que tengan relación con esta historia.

El mismo desorden que reina en las instituciones, reina en la sociedad, y después en el interior de la familia. Rosas es el amo del pueblo, por consiguiente es también el amo de la familia. La Federación tal cual como él la entiende, es decir, matar, robar, oprimir a sus

semejantes, reina también en el interior de su casa, donde hace soplar a fuelle y chicotear a quien le desagrada, y a veces por un mero entretenimiento.

En la sala de recibo se tienen generalmente las señoras de la casa; es aquel el lugar donde se reciben las continuas felicitaciones, se decreta la ruina de tal o cual familia, la muerte de tal o cual individuo... ¡mas no apresuremos los acontecimientos!...

Conduciremos al lector a una de las escenas domésticas de la vida privada del tirano.

Las cuatro de la mañana daba la campana del Cabildo; Rosas terminaba su comida; los que estaban en la mesa se levantaron y su hija Manuela bajó dándole las buenas noches, a los otros pisos de la casa.

Rosas ocupa el mirador y generalmente se echa sobre un sofá a reposar porque el sueño, ha mucho tiempo que no viene a sus ojos.

En el fondo de la sala están dos armarios que constituyen un archivo; a poca distancia su gran mesa de despacho, sillas esparcidas por el cuarto; en un rincón, un braserito con una caldera de agua hirviendo para el mate y cerca de ellas las preparaciones necesarias.

Al entrar Rosas a su cuarto, iba seguido por dos grotescos personajes que tendremos ocasión de encontrarlos aun en el resto de esta historia.

Rosas, es alto y grueso; su tez blanca, fina y rosada; la cabeza inteligente, las cejas finas, los ojos azules claros, de mirada escudriñadora y feroz; la nariz larga y aguda; la boca sumida, con labios apenas perceptibles. Parece que aquel hombre no nació ni para sonreírse ni para permitir en sus semejantes el más breve destello de placer; es uno de aquellos individuos que ciertamente nacieron para aflicción del género humano; como si dijéramos la epidemia personificada. Su edad será de unos cincuenta y siete o cincuenta y ocho años. Sus cabellos rubios y sedosos empiezan a encanecer, porque así como la desgracia, el crimen ejerce sobre los individuos ¡su temible influencia!

Los dos personajes que lo seguían, eran dos grandes mulatos, asquerosos y sucios, casi desnudos respondiendo a los nombres de Bigúan y el otro al de ¡Mulato Gobernador!

Estos dos infelices, medio idiotas, medio locos, son las víctimas de todos los caprichos y barbaridades de Rosas, son sus bufones particulares; porque Rosas, como los antiguos monarcas de la edad media, tiene sus locos o bufones con qué divertirse. La única diferencia es, que él se ríe no de las agudezas de éstos porque son dos locos insulsos, sino de los tormentos que les hace sufrir, cuando está de mal humor.

Al echarse sobre el sofá, dijo: Mientras llega la hora del mate voy a echar una sesteada; vamos mis mulatos, para poder dormir a mi gusto, hagan ahí una cuestión entre los dos y que sea fuerte.

Al decir esto, se acostó poniendo a su lado un grueso chicote, y el inevitable fuelle.

-¿Y sobre qué ha de ser la cuestión? -preguntó Bigúan.

-Sobre cuál de vosotros dos merece mejor ir en mi lugar al primer convite o baile que se me dé.

-¡Bravo! -dijeron ambos mulatos, dándole palmas. Rosas cerró los ojos sin perderlos de vista, y los dos antagonistas dieron principio, hablando ambos casi al mismo tiempo, cosa que infinito divertía a su amo.

-Debo ser yo naturalmente quien vaya en lugar de Juan Manuel -dijo el mulato-gobernador.

-No hay tal; Juan Manuel sabe bien lo que hace para mandarte a ti que eres un mulato más asqueroso que un unitario; ¿yo que soy el inmortal Bigúan debo de ser el que vaya?

-¡Tú eres un pedazo de borrico!

-¡Y tú un carnero!

-¡Yo soy el mulato-gobernador!

-Y yo soy Bigúan, a quien soplan dos y tres veces por día, con el objeto de salvar, ¡a la entrada de Corbalán y Victorica!

-¡También me soplan a mí! y sobre todo yo fui quien en el coche de gobierno, fui al banquete dado por los guardias nacionales ¡a Juan Manuel mi aparcero! ¡por más señas que me emborraché de lo lindo y vomité sobre la mesa!

-¡Linda gracia!

-Vean qué político; ¡ché! ¡cuidado!

-¡Ea, loco!

-¡Cállate tú, borrachón!

-¡Silencio, canalla!

Una larga serie de frases incoherentes siguió, entre tanto Rosas fingía dormir. Así que los locos comprendieron esto, haciéndose señales de inteligencia, los dos se callaron y fueron cada uno a echarse en un rincón porque caían de sueño y cansancio.

Rosas los dejó cerrar los ojos y así que su respiración tranquila y sonora anunció ese sueño de quien descansa con placer de un trabajo forzado, Rosas se levantó despacio, tomó el fuelle y se acercó al mulato-gobernador; el infeliz despertado tan terriblemente, sufría su tormento en silencio con gesticulaciones indecibles y contorsiones espantosas, que hacían reír a Rosas con esa risa de tigre que no se puede describir; así que el mulato no podía aguantar más, lo dejó y tomando el chicote, empezó una fuerte tunda sobre Bigúan, que despertado de sobresalto quiso gritar, pero su amo le ordenó de reír en vez de llorar, porque esta contraposición lo divertía, al paso que el otro mulato había comenzado lo que en su lenguaje bárbaro él llamaba una salva. ¡Era este un momento de buen humor para Rosas! una de sus diversiones favoritas, y escenas del interior de su vida privada.

Estaba ya harto de reír, cuando Corbalán se presentó, habló un momento con él, salió y volvió acompañado de un hombre bajito con una gorra de piel de oso en la cabeza, la que se quitó respetuosamente al entrar, descubriendo su rostro desfigurado por una enorme cicatriz.

Rosas sentose al pie de la mesa con aire severo, y el individuo quedó de pie y a corta distancia.

Esto prueba que entre los malvados hay también su jerarquía y que Rosas no es un malvado ordinario.

Capítulo XVII
Dos naturalezas simpáticas

Ocho días han trascurrido desde aquel en que dejamos la familia Avellaneda en el Paraná; Don Valentín desmayado sobre la cubierta de la balandra, su mujer y su hijo luchando con la muerte, perdidos en el río.

Serían las diez del día, cuando Corbalán anunció a S. E. que un enviado del Juez de Paz del Baradero llegado del Paraná en la balandra "Constitución", deseaba hablarlo.

Rosas sonrió con disimulo y lo mandó entrar. Pocos momentos después el enviado se hallaba en el mirador.

Era éste un joven bajito y delgado, de color cetrino, ojos verdes claros, rostro regular, cabellos negros y sin pelo de barba; apenas un bozo le sombreaba el labio superior. Tenía los ojos pequeños y avejigados, la mirada torva y las cejas juntas. Su voz era de un timbre mujeril y falsa, en sus modulaciones destemplada. Su vestido era el traje ordinario de los gauchos; en aquel momento un aire de satisfacción interior le daba una particular animación a su rostro. Llevaba por primera vez de su vida una misión importante, y a más de eso se encontraba también por vez primera, frente a frente con su ídolo, con su héroe.

Rosas por su parte, con aquella ojeada particular al investigador, consideró un momento a aquel hombre de pequeña estatura, aquellos miembros débiles y delgados; su cabeza achatada en la región frontal, saliente de ambos lados y elevada hacia el cerebro, su frente pequeña, sus ojos verdes en aquel color de cobre y su rostro imberbe, una sonrisa de bondad, es decir, del gozo que experimenta la fiera o la víbora cuando encuentra su semejante, se dejó ver en su rostro.

El mozo por su parte, de pie, el sombrero en la mano, tenía fijos sus ojos en el Dictador y estremecimientos de gozo lo agitaban. Rosas, hábil conocedor del corazón de los malvados como él, gozaba a su vez de la admiración de aquel joven y decía entre sí: - Ya tengo un asesino más, a mis órdenes; si no eres ambicioso yo te protegeré, mas si lo eres, yo te haré degollar porque tú has de ser tan astuto como perverso.

Rosas rompió el silencio

-¿Qué deseaba Ud., amigo?

-Venía de parte del Señor Juez de Paz del Baradero, a decir a S. E. que anoche a las diez llegamos, y que hemos, agarrado en el Paraná un salvaje unitario que iba en el mismo barco que nos trajo a Buenos Aires.

-¡Es posible! -dijo Rosas afectando admiración.

-¡Sí, señor! -continuó el otro. -Lo prendimos cuando él intentaba desembarcar.

Rosas suspiró y como hablándose a sí mismo decía: -¿Pero qué quieren estos unitarios, Señor? ¿Qué les ha hecho esta patria para que no la dejen sosegar... y qué les hago yo para que atenten todos los días a mi vida?

-Son perversos -replicó el enviado. -Por eso yo los odio de todo corazón y les he de hacer la guerra como un pobre peón que soy... mas en fin soy más federal que Cristo... y este unitario si llega vivo... ¡es porque no me dejaron matarlo! Me lo estorbó un traidor... ¡mas día llegará en que me vengue!

Al pronunciar estas palabras los ojos del mozo relucían, sus narices estaban dilatadas y sus labios temblaban ligeramente coronados de una espuma blanca, parecida a la baba de los canes rabiosos.

Rosas probaba también una especie de conmoción eléctrica de aquel lenguaje de sangre y de venganza... ¡Los dos se comprendían mutuamente!

El joven continuó: -El unitario ayudado de dos traidores se nos quiso escapar, mas el Juez de Paz anduvo vivo y los agarramos.

Bien sabía Rosas que si no habían huido era gracias a Caccioto con quien lo dejamos en conferencia la noche pasada, y que gracias a la gorra de piel de oso y a la cicatriz, el lector debió ya reconocer.

-Rosas contestó: -yo agradezco mucho al Señor Juez de Paz y a los vecinos del Baradero, el celo que muestran por la santa causa de la Federación, y he de recompensarlos en nombre de la patria, principiando por Ud. que es el primero que me trae la noticia.

Los ojos del mancebo se animaron de gozo.

-Yo deseo poco -dijo él.

Rosas pensó; ¡ah! ¿siempre deseabas algo ya? Veamos lo que es.

-¡Pues hable Ud! -contestó el Dictador- aquello que yo pueda...

-Yo quería permanecer en el servicio activo de S. E. porque así se me presentarían tal vez ocasiones de hacerle algún servicio, y de allí la vida de S. E. es muy importante para la patria y yo quiero velar de cerca sobre ella.

Rosas quedó en silencio; tenía delante de sí un hombre a quien podía hacer el más ciego de sus asesinos, a quien bastaría una leve señal para que cometiese los mayores atentados. Regocijábase interiormente y al fin de una pausa le preguntó:

-¿Quiere Ud. entrar en la Sociedad Popular Restauradora?

-Donde S. E. quiera colocarme yo estaré bien, mi única ambición es servirlo como sea y en el lugar que se me destine.

Rosas se dispuso a escribir:

-¿Su nombre de Ud.?

-Julián Molina; -contestó el mozo, -que nuestros lectores ya habrán reconocido como el exaltado que sin Miguel, habría asesinado al doctor Avellaneda y su hijo.

Rosas escribió algunas líneas y dándolo el papel que las contenía, le dijo:

-Esta noche Ud. se presentará en la casa calle y número que le designe Corbalán, mi edecán, el mismo que aquí lo introdujo.

-Dios vele por los preciosos días de S. E. -contestó Julián. ¿Qué he de decir al Juez de Paz?

-Puede Ud. retirarse -dijo Rosas al mozo-, yo enviaré mis órdenes a bordo; Ud. ya no pertenece a nadie sino a la patria: es Ud. "hombre
libre".

Julián ensoberbecido respondió:

-Yo ya sabré merecer la atención de S. E.

Rosas le alargó la mano que el joven llevó a sus labios y cuando retiró las suyas, encontró en ellas un billete de 500 pesos.

Quiso rehusar, mas Rosas no lo permitió, y ambos se separaron recíprocamente satisfechos uno de otro.

Rosas se puso a la ventana, vio a Julián en el patio hablando con Corbalán, lo vio salir de la casa y sólo entonces, acercándose a los labios un pito de oro que sacó del bolsillo dio un agudo silbido.

Al momento se oyeron los pasos de alguno que subía la elevada escalera de cuatro en cuatro escalones, y Corbalán entró.

Capítulo XVIII
Corbalán

Así se llama el edecán particular de Rosas; es este su confidente más estimado, ¡si él puede estimar algo en este mundo que no sea a sí propio! Es el agente secreto, el ejecutor de las voluntades y tramas de su amo. Es su criado, su escudero, su edecán, su mandadero, su espión; es, en fin, el hombre universal de Rosas, el eco de todos sus pensamientos y palabras.

¿Cuál podrá ser el motivo de tanta predilección?

¿La amistad?: ¡el que dio una bofetada a su madre no tiene amigos!

¿La simpatía?

Rosas detesta a Corbalán y se complace en insultarlo y mortificarlo.

Por ventura, ¡posee el edecán una fidelidad a toda prueba!

La fidelidad es la virtud de un corazón noble, y Corbalán no tiene virtudes ni vicios y si tiene corazón es posible que esté petrificado.

¿Acaso una inteligencia elevada, lo coloca en tan alta posición?

Corbalán es tapado como una tortuga, y por otra parte, si Rosas le notase el más débil destello de espíritu intelectual, lo haría fusilar.

Mas ¿qué desconocida virtud o calidad tan preciosa tenía este hombre?

¡La más rara posible de encontrar en este ser racional!

¡Corbalán, no piensa, ni siente! Corbalán es un autómata viviente perfecto que repite lo que se le manda, repite y va donde lo mandan guiado por ¡una especie de instinto imperfecto!

He aquí el secreto:

Corbalán ha vegetado y vegeta sobre la tierra, como vegetan otros tantos insectos y plantas; fue maniquí de guerra y como siempre ejecutó al pie de la letra lo que le mandaron, llegó a coronel; peleó sin entusiasmo ni valor, no huyó porque los otros no huyeron, y estamos seguros que el mecanismo de su organización jamás se alteró por emoción de ningún género.

El coronel Corbalán, edecán de Rosas, tiene sesenta años de edad.

Es un hombre alto, no diremos que flaco, esta especificación conviene a los que tienen poca carne sobre sus huesos, Corbalán no tiene ninguna; sobre sus nervios secos y duros está pegada su piel amarillenta y enjuta como el pergamino. Es un viviente disecado. Por sobre la casaca militar que jamás se quita, se pueden contar a treinta pasos de distancia, sus costillas, y las dos puntas salientes de las dos paletillas semejan los troncos; de dos alas quebradas.

Sentado Corbalán hace un número 5 perfecto, de pie es una f
minúscula.

Su cabeza sin un solo cabello, viste una peluca colorada que en las marchas formales del dueño suele quedar con el jopo de horizonte en la nuca del edecán, mientras la parte correspondiente a la nuca le sirve de visera.

La forma de la cabeza es exactamente la de un queso de Holanda sin parte superior o inferior, sin pasiones, sin inteligencia y sin instrucción.

Los ojos grandes de color no conocido, fijos y nublados como los de un difunto; el resto de sus facciones es tan vulgar, que puede servir de tipo a la vulgaridad.

Acabamos.

Corbalán, es la estupidez, la insignificancia y el automatismo individualizado.

Y este es el hombre que le convenía a Rosas, el oído fino, la lengua lista y la inteligencia de piedra.

Rosas habló con su edecán, una media hora; en seguida éste salió, montó a caballo, y como necesitaba galopar, su peluca principió las evoluciones acostumbradas en semejantes casos.

En vez de repetir palabra por palabra las órdenes del Dictador, preferimos presentar a nuestros lectores el cuadro que fue su resultado, como uno de esos efectos mágicos de la misteriosa política de Rosas en que su voluntad de bronce y su tiranía están patentes.

Capítulo XIX
Preparativos para una solemnidad

En menos de dos horas, Corbalán puso en movimiento la ciudad. Las campanas de todas las iglesias principiaron a repicar porque la Divina Providencia salvaba los preciosos días de S. E.

Los jueces de paz redactaban felicitaciones que hacían firmar al vecindario en ese mismo día; órdenes se repartían por todos los barrios a fin de iluminar la ciudad esa noche, y embanderarse cada casa el día siguiente.

La Sociedad Popular Restauradora, -ya sabe el lector que es la Mazorca- debía convocarse esa noche en gran sesión.

Los cuarenta candombes de negros se convocaban para esa tarde.

Un solemne Te-Deum Laudamus, se cantaría a la una de la tarde del día siguiente, en la Catedral. Los Guardias Nacionales estaban citados a revista y parada, "quinientos palos al soldado que faltare".

Convocado el cuerpo de serenos para la misma hora.

Convocada la asamblea nacional a sesión extraordinaria.

Los tribunales todos en corporación debían ir a felicitarlo.

La "Gaceta" y el "British-Packet", los dos estandartes del Dictador, preparaban horribles artículos que debían salir al día siguiente, y que a la distancia impondrían a los ilusos de cómo Rosas, verdugo del pueblo, "es el ídolo de los argentinos".

Sobre todo, el más importante era el "British-Packet", porque se escribe en inglés; y ya se ve que en español se pueden publicar mentiras, ¡pero en inglés!... ¡Vaya! ¿Quién concibe que Rosas puede pagarlo? Un diario escrito en inglés no puede mentir.

Apenas Corbalán con el jopo de la peluca sobre la oreja, puso en movimiento los agentes de primer orden, éstos pusieron en giro los del segundo y estos otros, los del tercero, etc., etc. De manera, que la gente corría apresurada por las calles, todos deseando encerrarse en sus casas. Los mazorqueros en grupos de a seis y de a ocho recorrían las calles dando vivas y mueras, pandillas de muchachos rotosos, de todos los colores, los seguían.

Los negros, las negras abandonaban sus ocupaciones y conversaban en altas voces por todos los ángulos de la ciudad.

Gente a caballo corría de uno a otro extremo dando alaridos salvajes y golpeándose la boca; y a veces por pasatiempo enlazaban a algún pacífico transeúnte, o atropellaban con el chicote levantado, a las infelices señoras a quienes el alboroto había tomado en la calle.

Dirá el lector confundido entre sí, ¿y cuál es el objeto de esta algarabía?

¡He aquí uno de los secretos de la política de Rosas! aturdir y levantar las masas para que sirvan a su capricho, el aparato los asusta, los sorprende y como de estas ocasiones sólo resulta, tumulto, bulla y desorden, nadie piensa y él hace lo que quiere o le conviene. Por eso del objeto más insignificante hace una cosa enorme y mantiene esta orgía perpetua del populacho, haciendo crecer un furor insensato contra lo que él llama Unitarios, que sólo existen en su diabólico cálculo; porque unitario es para él: el rico, el hombre de saber, el virtuoso, basta que se le imagine que le puede hacer sombra, basta la más leve sospecha; a la calificación de Unitario sigue la muerte.

Y es así como vive Rosas hace 16 años.

A las expiatorias de la muerte de Dorrego sucedieron las funciones ¡del triunfo de los colorados! El holocausto a los manes de Quiroga, ya iba gastándose cuando tuvo la idea de las felicitaciones por la conservación de sus preciosos días.

¿Cuál es el resultado de esto? Que el pueblo no eche de menos el orden y la tranquilidad y en esta perpetua orgía se entretenga, ¡mientras él reina!

Capítulo XX
El ex-consejero de Rosas

Bajo el título de ex-consejero de Rosas, vamos nosotros a conocer, al doctor Maza, Presidente de la Cámara de Justicia, Presidente del Senado o Congreso y Ministro de Gracia y Justicia.

El Doctor Don Manuel Maza, fue el protector y el amigo de Rosas, hasta que subió éste al poder; desde el asesinato judicial de los Reinafés casi no se veían.

El Dictador detestaba a su cómplice, porque éste como ya lo conocía bien, no quiso firmar la sentencia de muerte de los gobernadores de Córdoba, sin una orden positiva y escrita de Rosas, que el Juez guardó como su documento defensivo, para el día en que el tirano lo llamase a juicio por aquel mismo proceso seguido por él con tanto encarnizamiento, para el día en que juzgando oportuno echar a otros la culpa de la muerte de Quiroga proclamase la reconocida inocencia de los Reinafés y quisiere hacer recaer la sangre de éstos sobre su juez.

A más de este documento, poseía el Dr. Maza otros muchos de alta importancia para Rosas, y que éste temía ver aparecer a luz de la verdad.

El Dr. Maza era el padre de la mujer de Avellaneda, y como si este delito no fuese bastante a hacerlo odioso, tenía un hijo, joven de 22 años, lleno de valor, de honor y ¡entusiasmo por la libertad!

Este mancebo que recién aparecía en la escena del mundo, empezaba a excitar los rabiosos celos del tigre.

En los arrabales de la ciudad estaba situada una quinta que hasta hoy es conocida bajo el nombre de "la quinta de Maza". Era esta la habitación ordinaria del Dr. Maza, su mujer y su hijo, por nueve meses del año, pues únicamente los tres meses del invierno venían a pasarlo en el pueblo, en unas

habitaciones que el doctor tenía en la casa llamada: "Sala de Representantes", de los cuales él era el jefe.

En el momento que introducimos al lector con estos nuevos personajes que tan eminentes papeles han de desempeñar para lo futuro en esta historia, la familia del Dr. Maza, compuesta en lo presente de estas tres personas, se hallaba reunida en una vasta sala con ventanas sobre un bonito jardín cubierto de las últimas flores del año.

El ruido que llenaba la ciudad no había llegado aún hasta ellos, el eco mismo de los repiques apenas se percibía.

El Dr. Maza ocupaba una enorme poltrona cerca de una ventana y con la mano sosteniendo sus rugosas sienes miraba en silencio al cielo azul y transparente. Tendría el doctor tal vez unos sesenta y tantos años, debió ser grueso y de tez lozana, antes que la espina aguda del remordimiento le destrozase el alma. Su frente alta, calva y bien delineada, era el asiento de una alta inteligencia y grande fuerza de espíritu; sus ojos azules, oscuros, aterciopelados, sus cejas y pestañas negras, contrastaban con dos blancas madejas plateadas que le caían de ambos lados del rostro. Sus facciones eran varoniles y regulares, ¡con todo una profunda pesadumbre estaba grabada en su rostro! Su voz estaba como empapada de una especie de amargura desesperante.

En el todo de aquel hombre, había algo de tan horriblemente doloroso, de tan desgraciado, que al verlo no se podría dudar que su alma estaba herida por una incurable desesperación, y que él no veía rayo de esperanza ni de perdón, en el cielo o en la tierra.

Su alta estatura se había curvado poco a poco y sus manos temblaban de continuo.

Su mujer sentada a pocos pasos de él, trabajaba una obra de tapicería; era tan semejante a su hijo, que sólo la edad los podía diferenciar.

De tiempo en tiempo suspiraba y echaba una ojeada de profunda compasión a su marido.

El joven Maza, de pie al lado de la otra ventana, dejaba errar sus ojos negros y brillantes por el jardín, las flores y las mariposas que de una en otra rosa volaban. Evidentemente el joven tenía su pensamiento muy distante de allí y estaba entregado a una de esas abstracciones del espíritu, en las cuales ausentándonos del mundo que nos rodea, volvemos a las regiones doradas de las ilusiones juveniles, regiones pobladas de los aromas del amor, de la esperanza, de la gloria y del porvenir.

Este joven era hijo natural del Doctor, fruto de unos amores clandestinos, su madre murió al darlo a luz y Maza antes que abandonarlo como un vil, prefirió hacer una franca confesión de sus extravíos a su mujer y apelar a su generosidad y delicadeza. Doña Mercedes, no era una mujer vulgar, ella acogió el huerfanito, y jamás se pudo conocer que hiciese por él menos que por su propia hija.

Ramón (era el nombre del mancebo), el Doctor Maza era su padre y Doña Mercedes su madre, pagándole sus cuidados con la más fina y acendrada ternura.

Era Ramón uno de esos hombres que raramente y de tiempo en tiempo aparecen en la sociedad.

Tenía una estatura perfecta, su rostro oval, noble, varonil y bien delineado, estaba sombreado por una barba castaña, fina y rizada; sus cejas arqueadas sobre una frente blanca como el alabastro, parecían dos pinceladas; su boca punzó y húmeda brillaba como si fuera de esmalte, entro su bigote rizado y sedoso; los cabellos largos y castaños le caían por los hombros y cuello en rizos naturales; parecía el ideal de aquel verso de Rivera Indarte en su poema de Cuaguazú, que dice:

"Para las lides del amor formado,
era su rostro pálido y doliente,
y su mirada altiva y elocuente,
de la mujer fatal al corazón".

Con efecto, Ramón era una de esas figuras esencialmente poéticas, cuyo corazón y cuya cabeza están en armonía con la expresión del rostro; su voz sonora y de un timbre raro, por la pureza del

acento, tomaba todas las inflexiones, si era tierna traía el llanto a los ojos, si terrible hacía temblar de emoción sus oyentes y su elocuencia natural se realzaba más con este don de la naturaleza.

Era un ser superior, de esos que están destinados a ejercer una influencia cierta e inevitable entre los otros mortales.

Su alma era el receptáculo de todas las esencias más puras y santas, y de todas las virtudes que ennoblecen a los ojos de Dios y de los buenos al individuo; su cabeza el asiento de nobles y grandes pensamientos.

A primera vista parecía débil y enfermizo, pero si era necesario desplegar la fuerza material, su adversario encontrarla unos miembros de acero.

En los primeros días de su adolescencia había naturalmente encontrado una infinidad de aventuras y amores de un día, porque era bello e interesante, pero él ambicionaba algo menos vulgar y lo había hallado.

A pesar de la adoración que prodigaba a su novia, Ramón no podía ver con rostro sereno, el estado de las cosas en su país y sólo esperaba una leve circunstancia para hacer frente al tirano y derribarlo, o morir como un libre.

Cada uno entregado a sus pensamientos, todos guardaban un profundo silencio.

De repente una especie de esqueleto pasó a galope tendido por frente a la puerta, y luego volviendo la brida al caballo entró al trote por el gran portón de hierro y poco después hizo irrupción en la estancia, con la peluca vuelta lo de atrás para adelante.

Si la vista de aquel hombre no estuviese considerada por cada uno, como el anuncio de alguna desgracia, el desorden del peinado, harto grotesco, y el aire estúpido del sujeto que lo traía, habrían provocado la risa de los circunstantes.

Con todo, los rostros quedaron serios y aun tomaron una expresión de ansiedad bien marcada.

Corbalán, a quien habrán reconocido nuestros lectores, se sentó y con la mayor reserva posible explicó la captura de Avellaneda y las funciones que se preparaban para el día siguiente, a las cuales venía a invitar al Doctor Maza.

Heridos como del rayo, los tres individuos de la familia Maza, casi no podían proferir palabra.

El Doctor se puso lívido como un cadáver; él imaginaba cuál iba a ser la suerte de su yerno.

Doña Mercedes contenía apenas las lágrimas prontas a correr por sus mejillas, rasgándosele el corazón en pensar en sus hijos y en su nieto, ignorando, sin embargo, cuántos infortunios les restaba por saber.

El joven Ramón temblaba de cólera y hacía esfuerzos para contener su coraje e indignación.

Por fin el Doctor rompió el silencio, mandó ensillar el caballo y se dispuso a acompañar a Corbalán con el designio de obtener una entrevista con Rosas.

¡Poco después salían ambos de la quinta!

Apenas llegó la noche, un hombre embozado en una larga capa, salió también de la quinta y tomó a paso largo el camino de la ciudad.

Este hombre era Ramón que iba a indagar el destino de su hermana y su sobrino.

Capítulo XXI
La mazhorca

Frente a un inmenso paredón, llamado el Juego de Pelota, en una casa de regular aspecto pero sucia y mal conservada, se tenían en aquel tiempo las asambleas mazhorqueras.

Eran poco más o menos las siete de la noche cuando los miembros de aquella horrible sociedad principiaron a llegar.

Era esta reunión en una sala interior sumamente grande y capaz de contener los doscientos y tantos individuos que componían la sociedad. Una gran mesa, cubierta con un mantel sucio y cargado de botellas de bebidas, estaba en medio del cuarto, esperando la orgía.

En uno de los cuartos interiores ya se habían reunido las dignas esposas o amantes de aquellos bandidos.

En la cocina, una porción de negros se ocupaban de los asados y frituras que debían componer la cena de aquella noche.

Los muebles eran pocos y en ruina, el resto de la casa estaba enteramente despojada.

Los mazhorqueros en grupos diseminados por toda la casa (cuya iluminación eran unas hediondas candilejas), conversaban sobre la importante captura de Avellaneda, la habilidad, el talento y el patriotismo de Rosas; empezaban también a tirar indirectas odiosas sobre el Doctor Maza y su hijo, del que no podían sufrir, las maneras finas y verdaderamente superiores.

Formábanse mil proyectos de muerte y de venganza sobre el preso y sobre el resto de su familia.

Por otra parte se discutían los asuntos de la guerra civil en Montevideo, se comunicaban las noticias favorables y el eterno refrán de odio, muerte y venganza sobre todos los unitarios, se repetía en coro por todos.

Nosotros no repetimos al lector palabra por palabra de estos horribles diálogos, para evitar las repeticiones de semejante bárbaro lenguaje.

Poco tardó en llegar el triunvirato terrible de la Mazhorca-Salomón-Parras y Cuitiño. El primero de estos individuos era el presidente, y los otros dos, los más famosos asesinos del siglo XIX. Corbalán los acompañaba esta noche, semejante siempre a la parca, en vez de guadaña traía la larga espada al lado, y la peluca constante en su movimiento de rotación alrededor de su cabeza, así como un planeta alrededor del sol, ocasionaba en aquel momento el eclipse del ojo izquierdo del edecán, por la yuxtaposición del voluminoso jopo entre el rayo rimal y la luz; este accidente hacía que el elástico del coronel se posara enteramente sobre su oreja derecha, de manera que sintiéndose sordo de un oído y tuerto, Corbalán se proponía en cuanto concluyera las comisiones, ir a consultar un médico, atribuyendo a la fatiga de aquel día la pérdida de dos órganos tan importantes: la vista y el oído.

Julián formaba el quinto personaje de la nueva comitiva. El dinero de Rosas, había servido a metamorfosearlo completamente; el vestido ordinario del gaucho estaba sustituido por un vestido completo de paño pardo, único color que no estuviese proscripto, un chaleco grana hacía resaltar su color cetrino, no tenía corbata porque en su vida se la había puesto, el sombrero con una anchísima divisa era de la misma forma, y unos zapatos negros de badana hacían menos mal a Julián que cualquier otro calzado con que hubiera reemplazado sus botas de potro.

Salomón, el digno jefe de la Mazhorca, antes de esta época de sangre, ya se había hecho célebre en los fastos del Himeneo, por haber enterrado cuatro consortes; según aseguraba el vecindario estas damas morían todas, en fuerza de los muchos palos, puntapiés y suaves tratamientos del tierno esposo; conocimos este modelo de marido en su quinta mujer y tuvimos ocasión de presenciar el extremoso frenesí con que la arrastraba de los cabellos y le daba de bofetadas una tarde en que Salomón había tenido una larguísima entrevista con el dios Baco, de cuya secta es muestra, héroe y furioso partidista.

Tuvo un hermano a quien ahorcaron por asesino y ladrón.

Antes de llegar a ser presidente de la Mazhorca, Salomón era lo que llaman en el Río de la Plata, pulpero, que vertido al español quiere decir tabernero. Décimos vertido al español, no porque allá no se hable este idioma, sino porque la diferencia de costumbres ha introducido en el lenguaje multitud de palabras que no pertenecen a idioma alguno, particularmente en la manera de hablar del pueblo.

Salomón es viejo y creemos que desciende de la unión entre indígena y mulato.

Tiene el color y el cabello de los pampas, la boca gruesa y la soberbia natural de los mestizos, reunida en una alma de demonio, y un espíritu mezquino y limitado; si el "pecado" pudiera tener cara y personificación se encontraría en Salomón.

Párras es un mulato colosal, de pie descalzo, porque ni la bota de potro le viene bien; era peón de matadero, borracho y cuchillero de los que llaman en Buenos Aires, "no me corte, compadre"; antes que Rosas lo hiciera coronel.

De manera que Párras, no pudiendo, a pesar de su deseo, calzar bota y pantalón, traía siempre el calzoncillo largo, el pie descalzo, su chiripá colocado y una rica casaca militar, toda bordada con sus dos charreteras de oro; por sobre el collarín de terciopelo morderé, asomaban los cuellos mugrientos de su camisa que por costumbre antigua se mudaba cada quince días.

Una rica faja de seda ajustaba su corpulento talle, un puñal grande se sostenía atravesado en la faja, y un sable ordinario y sucio le pendía al lado derecho, porque Párras es zurdo.

Su cara es feroz aunque afeitada, conservando sólo las motas escasas del bigote; su cabeza, donde jamás entra peine, lleva un rico elástico con un penacho blanco finísimo.

Sucio, inmundo, grasiento y feroz, Párras es uno de los famosos héroes de lo que Rosas llama "La Federación".

El coronel Párras tenía a su disposición una partida de cincuenta mazhorqueros, que hacían las veces del regimiento que en su calidad de coronel debía mandar.

Cuitiño, coronel de Rosas también, era, a más de eso, "Juez de Paz" de una sección; antes de llegar a estos puestos creemos que era oficial de zapatero o lomillero.

De los tres, el más instruido es Salomón, pues con el motivo de tener taberna, sabía escribir un poco; contaba tal cual bien por los dedos y en lugar de llamar los extranjeros "de gringos" carcamanes o bisteques, los llamaba políticamente godemis, lo que entre los suyos pasaba por un inglés correcto y por término fino.

Él y Cuitiño se calzaban, usaban corbata y, en fin, pasaban por hombres de mundo y sabían sentarse derechos; en cuanto a Párras, una vez sentado cruzaba una pierna sobre la otra a manera de un 4 y principiaba a escarbarse los dedos de los pies y a raspar el talón con el cuchillo, y era esta manera que el orador mazhorquero obtenía sus mejores triunfos.

Los miembros de la Mazhorca, gentes de la ínfima clase de la sociedad, ordinarios y chabacanos, tienen una gran semejanza entre sí; y nuestros lectores, pueden imaginárselos todos poco más o menos, como los tres jefes cuyo bosquejo hemos trazado a la ligera.

Buscar algún rasgo característico o distintivo entre esta gente, sería inútil; tal vez Julián, este gaucho fanático, era el único original cuyo carácter puede tener alguna leve diferencia con la masa de sus compañeros. Por lo demás, uno y único es su objeto: degollar, robar y cometer toda clase de latrocinios.

En la época en que estamos aún, los desórdenes no habían llegado a su extremo, y la Mazhorca no era lo que llegó a ser después, como se verá al paso que los acontecimientos que nos ocupan se vayan desenvolviendo naturalmente.

A la entrada del Presidente y su comitiva, los mazhorqueros se apresuraban todos a reunirse en la grande sala, la cena fue puesta en la mesa y los corchos de las botellas volaron.

El Presidente presentó a Julián como un nuevo sectario de la "Sociedad Popular Restauradora", un aplauso lo saludó, el segundo brindis fue a su salud, porque el primero era siempre de Rosas, y la cena comenzó.

Así que las cabezas empezaban a calentarse con los espíritus, Salomón se paró en su silla y dijo:

-¡Señores, orden!

-¡Orden!, ¡Orden! -repitieron los mazhorqueros.

"¡Señores! ¡Estoy encargado por el supremo jefe de la República, nuestro ilustre restaurador de las leyes!

¡Viva! gritaron todos.

¡Silencio, amigos! -continuó Salomón-, si empiezan a gritar se me interrumpe el hilo. Como iba diciendo, el restaurador me encarga que acompañado por todos vosotros vaya mañana a la Alameda a desembarcar al salvaje unitario Avellaneda, pues será paseado en triunfo por las calles, para que vea todo el mundo, ¡que realmente venía a asesinar al gobierno!... El día de mañana después que su excelencia decida el destino de ese salvaje unitario, será consagrado a beber a la salud de S. E.; en seguida, armados de tijeras y navajas cortaremos todas las barbas que encontremos, porque vosotros no sabéis que la patilla cerrada forma una U ¡¡¡que quiere decir unitario!!! ¡¡¡Es necesario hacer cesar el
escándalo!!!

¡¡¡Abajo las barbas!!! -gritaron todos.

¡Acabo, señores! ¡Estáis autorizados por S. E. para llevar un chicote en la mano con el fin de corregir los perversos y perversas unitarias que no lleven la divisa federal! ¡Estáis autorizados a pegarles un moño celeste con brea en la cara! ¡¡¡He dicho!!!

¡Interminables aplausos y vivas siguieron!

Esto visto y oído a medias por Corbalán, se retiró a dar cuenta de su comisión, lo más breve posible, pues a más de la privación de uno de los dos órganos impedidos, sentía en ellos un calor extraordinario y quería ver al médico y curarse cuanto antes.

Una de esas orgías espantosas e interminables, siguió..., ¡la moral nos aconseja correr sobre ella el velo del silencio!

Capítulo XXII
Nuevos conocimientos

Al salir Ramón de la quinta, se proponía indagar el destino de su hermana y tomar ya las medidas convenientes para ver de salvar a su cuñado. La ciudad iluminada, los cohetes, los repiques y salvas anunciaban la grande festividad del día siguiente.

Ramón atravesó rápidamente la plaza de Monserrat hasta donde había llegado ya; dobló hacia la calle detrás de las monjas Capuchinas, y se detuvo junto a una casita pequeña, frente al costado del huerto de las religiosas.

Era habitada esta casa por el coronel Rojas y sus hijas.

En la azotea de la casa había faroles encendidos, pero las hojas de las ventanas estaban entornadas por dentro y la sala alumbrada como siempre.

Era ésta, más bien pequeña que grande, más bien pobre que rica. Un tapete usado, un sofá y unas sillas ordinarias, dos mesas de arrimo, un piano y uña mesa de té al medio de la sala completaban el menage.

En las paredes blancas, sólo se veía un grande cuadro conteniendo el retrato de una mujer, mas un inmenso crespón negro lo cubría y no era posible distinguir sus facciones.

En la mesa del medio ardía una lámpara, a su luz trabajaba una joven que apenas salía de la adolescencia, de pie frente al retrato estaba un hombre alto y robusto pero marcado por una de esas pesadumbres incurables que dejan en el alma y en el rostro su eterno sello.

El hombre con los brazos cruzados sobre el pecho se paseaba en silencio de un extremo a otro de la salita, y de tiempo en tiempo se paraba en frente del enlutado retrato, al cual la joven daba la espalda.

El hombre miraba ya la graciosa y adolescente cabeza de la joven, ya las nubladas facciones de la pintura que sin duda muy grabadas estaban en su memoria. Después ahogaba un suspiro, levantaba los ojos al cielo como pidiendo en vano consuelo y continuaba el paseo; el ruido de sus pisadas era lo único que interrumpía el absoluto silencio que reinaba en la casa.

La joven continuaba su trabajo; mas al menor ruido de pasos en la calle, se estremecía y miraba al hombre de soslayo para ver si él notaba su inquietud, esto quiere decir que ella ya tenía en su corazón un secreto, que temía fuese sorprendido por los demás.

Ramón había llegado sin ruido hasta la reja y a su sabor contemplaba aquella joven y hechicera criatura. Allí habría permanecido la noche entera, pero su deber habló más fuerte que sus pasiones y acercándose a la puerta dio un aldabonazo que resonó en la calle y en la casa, silenciosas ambas.

La joven quedó color de carmín y el hombre fue en persona a abrir la puerta, volviendo acompañado de Ramón.

El coronel Rojas y su hija Emisena eran las dos personas que estaban en la sala. Ramón se sentó entre ambos y la palidez de su frente, la tristeza profunda de su mirada no pudieron menos de excitar el curioso interés de sus amigos.

-Me parece Ud. triste e inquieto, capitán Maza, -dijo Rojas a Ramón, quien poseía en efecto el grado militar que se le daba.

-¡Es verdad, Coronel! ¡Una horrible desgracia ha caído en mi familia!... ¡Y tengo el presentimiento que no es sino el preludio de otras mayores! contestó Ramón.

Rojas aproximó su silla, Emisena dejó caer su labor de las manos, cerró los postigos de la calle entreabiertos y volvió a sentarse toda temblorosa. Los tres se miraban en silencio, Ramón disgustado tanto por el ingrato acontecimiento, cuanto porque sabía que el coronel iba a recibir un golpe terrible con la noticia de la prisión de Avellaneda. Sus amigos temían igualmente interrogarlo; al fin Rojas, venciendo su repugnancia, le

dirigió la palabra:

-Hable Ud., capitán... ¡está Ud. delante de un hombre cuyo corazón ha probado cuanto infortunio existe en el mundo!... ¡He visto la muerte mil veces cara a cara y he sufrido todos los dolores que puede sufrir una criatura humana! Hable Ud.

-¡Ah, coronel! Temo que no esté Ud. preparado a este acontecimiento! ¡Yo sé que los hombres de alma grande soportan mejor sus desgracias que las de sus amigos!

-¡Paciencia! -dijo Rojas, después de una pausa-; es peor la incertidumbre; ¡sea lo que sea, quiero saberlo!

Maza titubeó aun, y luego dijo en voz baja y apenas perceptible.

-¡Mi cuñado ha caído en las manos de Rosas!

¡Rojas empalideció hasta el fondo del alma! No pudo proferir una palabra, sus ojos despedían llamas, sus narices fuertemente dilatadas anunciaban su furor, levantose con aire resuelto, tomó una daga que estaba sobre una de las mesas de arrimo y se dirigió a la puerta de la sala.

-¿Dónde va Ud.? -le gritó Ramón deteniéndolo.

-¡A librar la tierra de esa fiera carnicera! -le contestó Rojas con voz sorda.

Emisena y Ramón lo abrazaron a un tiempo.

-Es verdad -continuó el coronel-, ¡antes de llegar hasta él, mi cabeza caería cien veces inanimada! Entonces dejó caer los brazos como quien pierde todo coraje y una lágrima fue a perderse entre su espeso y encanecido bigote. ¡Pobre Avellaneda!, murmuró en voz convulsa, y volvió a su asiento apoyando ambos codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, quedó en silencio, mientras los dos jóvenes se miraban uno a otro tristemente y contemplaban al viejo guerrero ¡postrado el ánimo a tantas amarguras!

Al fin Rojas levantó la cabeza, como quien despierta de un sueño.

-Pero, capitán -dijo él-, esa noticia tal vez es falsa; Don Valentín nos escribió de Montevideo que intentaba pasar a Corrientes; ¿cómo lo han agarrado?-Ignoro -contestó Ramón- las particularidades de semejante captura, pero empiezo a conocer los hombres que aquí y en la Banda Oriental manejan los negocios políticos y no dudo que la traición no sea ajena en este asunto.

-¡Pero sabe Ud. que sería horrible eso! -dijo el coronel, a quien su brío volvió con la cólera que esto le inspiraba.

¡Nada debemos extrañar hoy, Coronel!... Los Reinafés... (y al pronunciar este nombre Ramón bajó la cabeza recordando que su padre había sido el juez que los condenara).

Rojas comprendió cuán penoso era para el joven aquel recuerdo y dijo: -fue una cosa horrible, pero, ¡toda la odiosidad del hecho recae sobre Rosas!

-¡Y sobre su juez! -le contestó Ramón, con ese timbre de voz que anuncia un corazón herido pero resignado a la afrenta que la acción de otro ha arrojado sobre él.

Maza amaba a su padre, pero al verlo pronunciar la sentencia que condenó a muerte los Reinafés y sus ocho inocentes compañeros, el mancebo había sufrido un vivo e intenso dolor. Su padre muerto en el patíbulo le hubiera legado un nombre puro y del que él podría ensoberbecerse, pero el verdugo de los Reinafés, lo deshonraba... Con todo, Ramón sabía que los remordimientos más agudos destrozaban el alma del anciano y él rogaba a Dios que lo perdonara y aceptara su expiación.

Un corto silencio volvió a reinar; en esta vez fue Emisena quien lo rompió, como si supiera que el eco dulce y melodioso de su voz, fuera capaz de serenar al joven capitán y distraerlo de sus amargas reflexiones.

-¿Y la señora Adelaida y Adolfo? -preguntó la joven con timidez y sonrojándose.

-Es verdad -gritó el coronel-, ¿y la familia estaba con Avellaneda?

-Es natural -repuso Ramón-. En la adoración que mi hermana tiene por su marido y con la intención que tenían de ir a establecerse en Corrientes, debían estar todos juntos.

-¡Dios mío! -dijo Emisena- ¿Y qué habrá sido de ella?

-No sé -dijo Ramón-, pero he venido a saberlo. Mañana desembarcarán a mi cuñado y hay grande festividad por ello.

-¡Ah! -exclamó Rojas-, ¡esos son los preparativos de hoy!

-¡Sí, Coronel! y mañana será probablemente paseado en triunfo por la Mazhorca.

-Pero nosotros podemos estorbarlo -añadió Rojas poniéndose en pie, y su ardor lo engrandecía en una cuarta.

¡Reunamos nuestros amigos y vamos a pelear!

Basta media docena de hombres para poner en fuga esa canalla infame y cobarde que se intitula la Mazhorca.

-Tal vez haríamos matar a Avellaneda -respondió Ramón-. ¡Prudencia y esperemos!... La suerte de mi cuñado no creo que se decida tan pronto; Rosas lo aborrece demasiado para matarlo de una vez; mañana yo debo encontrar a mi hermana y mi sobrino, ¡sea como sea!... más tarde, si Ud. quiere oírme, ¡yo le hablaré de otra cosa!...

El coronel le sacudió la mano militarmente y dijo:

-¿Pero no cree Ud. que habrá algo a intentar para salvar a
Avellaneda?

-Mañana no; después quizá.

-¿Y qué piensa Ud. hacer?

-En primer lugar voy desde esta noche a ocultarme en la Alameda en un bodegón inglés y desde allí espiaré mañana la salida de la ballenera del Resguardo; yo tendré listo un bote, me visto con otras ropas, en seguida me embarco y desde el bote observaremos la ballenera del Resguardo; así veo el buque en que está mi cuñado; después que lo bajen a tierra yo voy al buque porque infaliblemente allí debe estar mi hermana, o a lo menos deben saber de ella.

-Yo iré con Ud. -dijo Rojas-; ya se sabe que iremos armados.

Ramón sacó un par de fulminantes de su bolsillo y una grande daga del seno.

-Bien; ¿quiere Ud. que vamos ya?

-Sí -dijo Maza-, ya será hora de irnos acercando a la Alameda.

La pobre Emisena, nada decía, pero gotas brillantes de llanto le humedecían las largas y rizadas pestañas.

Cuando el coronel embozado en su capa, se dispuso a acompañar a Ramón, ella le besó la mano con ternura, los acompañó a la puerta y sólo allí se atrevió a dar al joven capitán un nardo que tenía oculto en su seno, menos blanco y puro que su alma de ángel buena y cándida.

Emisena los siguió con la vista y cuando el ruido de sus pasos se perdió enteramente a la distancia, cerró la puerta y apenas en su cuarto arrodillose ante una pura y limpia Concepción que tenía a la cabecera de su cama, y la doncella pasó orando por los que amaba y por el alma de su madre gran parte de la noche.

Las primeras luces del alba la encontraron otra vez en oración por los dos seres más caros de su corazón. Su padre y... Ramón.

Capítulo XXIII
El coronel Rojas

A pesar de la natural impaciencia con que nuestros lectores deben esperar la decisión de la suerte de la familia Avellaneda, el coronel Rojas, este personaje cuyo nombre y cuya existencia son una de las verdades que encierra esta obra, es demasiado interesante para no detenernos un momento, en conocerlo más particularmente y saber qué relaciones lo ligaban al Doctor Avellaneda.

La historia del coronel Rojas y su famoso proceso, fueron en Buenos Aires acontecimientos que hirieron la atención general y lo constituyeron en uno de esos héroes de romance, como dicen aquellos que niegan que la vida y todas sus faces no son un verdadero romance.

Los hechos que transcribimos, son tan ciertos, tan llenos de incidentes dramáticos y terribles, que por esta vez la naturaleza nada ha dejado que hacer a la invención. Lo que escribimos no es un romance, es la relación de acontecimientos muy recientes y que en aquellos desventurados países se renuevan todos los días; sin embargo, no de la naturaleza de los que pertenecen a la historia privada del coronel Rojas y que vamos a revelar.

En la época en que estamos, Rojas podría tener unos cuarenta y cinco años. Era uno de esos hombres que recuerdan el Alcides de Homero. Su rostro, noble y marcial, estaba tostado por la nieve de los Andes y ¡por los rayos ardientes del sol de Quito! En su juventud debió ser un gallardo mozo, pero los combates y las desabridas vicisitudes de la vida lo habían desfigurado mucho.

Alto y fornido, sus anchísimas espaldas no perjudicaban a una cierta elegancia del talle, realzado por su aire abierto y marcial. La frente alta y desnuda de cabello dejaba ver un hondo sablazo recibido en Cancha Rayada, que semejante a una corona de martirio le cogió los extremos de ambas sienes; su barba negra y brillante todavía, crecía en todo su rostro, particularmente sus bigotes eran enormes. Sus labios gruesos y húmedos debieron ser muy punzó, pero habían empalidecido para siempre; la mirada triste del coronel, sus abstracciones continuas, sus estremecimientos frecuentes, traicionaban alguna horrible imagen, siempre ante los ojos; mas cuando este hombre se abandonaba completamente a los martirios que lo despedazaban, era cuando estaba solo y encerrado en su cuarto.

Entonces paseaba con agitación de un lado a otro, sus puños crispados, sus miradas hoscas e inciertas, su respiración agitada; parecía entregado a un profundo furor; de repente los síntomas iban desapareciendo, poco a poco se tornaba más triste, hasta que al fin, se desataba en un mar de lágrimas y su llanto era sofocado, de sollozos y suspiros profundos.

Es que en el alma del coronel Rojas había una pasión incurable que sobrevivía a la muerte y a la ingratitud de un objeto amado, y ante sus ojos de continuo el cadáver ensangrentado de esa mujer que tanto idolatró y ¡cuya cabeza había él visto volar en pedazos!

Era Rojas uno de esos individuos sobre los que pesa un misterio insoluble: el mundo, lo había condenado primero y absuelto después; lo habían llenado de execraciones en su primer movimiento y derramado lágrimas de interés o de simpatía por él, más tarde.

Su proceso fue uno de esos casos excepcionales de la ley, en que sólo Dios podría revelar la inocencia o la culpa del reo.

Esa incurable desesperación, ¿era el efecto del remordimiento, o la llama no sofocada de una pasión que aún ardía en su pecho?

¡He aquí lo que ningún mortal podría afirmar! Para absolver al Coronel Rojas de esa sombra de crimen que pesaba sobre él, era necesario poseer las más santas esencias; era necesario creer en el honor, en la inviolabilidad del juramento y en la franqueza de la conciencia; infelizmente en el siglo en que estamos sólo se cree en el metal; si brilla, si suena, entonces es buen oro y ¡el símbolo de toda creencia y de toda virtud es el peso fuerte!

Educado en los campos de batalla, sus maneras eran rudas, pero eran sólo la corteza de un corazón sensible y ardiente; era uno de esos hombres que aman o aborrecen sólo una vez en la vida. Tenía la palabra rápida y decisiva, sus sensaciones vehementes y profundas, irreflexivo pronto en su cólera o en su compasión; el primer movimiento era seguido por él sin calcular un sólo minuto y con aquella franca imprudencia de los hombres de ímpetus generosos y caballerescos.

Habituado a las emociones de la gloria, la menor palabra que encerraba una idea magnánima o un peligro le animaba y su entusiasmo jamás era inútil.

Sentía Rojas con la misma vivacidad de un joven de veinte años, porque su corazón no estaba usado por las afecciones y si bien una pasión incurable y frenética lo poseía, mas era la única que hubiera sentido en su vida y por eso mismo estaba al alcance de sentir mejor, porque el amor verdadero y profundo en vez de gastar la sensibilidad la despierta y al paso que mejora la naturaleza del individuo lo predispone a todos los sentimientos buenos y selectos y lo hace simpático a los males ajenos.

¡Una acusación horrible pesaba sobre el coronel Rojas! ¡La de haber asesinado su mujer en un exceso de furor y de celos!

¿Sería esto verdad? ¡Cómo! ¡Aquél hombre tan bueno y generoso se había manchado con el homicidio de la madre de su hija!

La pasión que había concebido por su esposa desde el momento de verla, estaba aún intacta en su corazón, era invencible y consumió en luchas espantosas su salud y su brío, ¿cómo, pues, esto había sucedido?

¡He aquí el misterio!

Una cosa juraba Rojas, era que él amaba a su mujer ciegamente y que era ella misma quien se había quitado la vida, con todo, aquellos que corrieron al ruido del tiro, a la habitación donde Rojas se encontraba con su mujer, ¡sólo vieron el cadáver ensangrentado de ésta entre los brazos de Rojas desalentado y casi demente!

El Coronel había hecho un casamiento de amor, con una joven diez o doce años menor que él; pero, valiente y atrevido, trillado de cicatrices, coronado de laureles, premiado por el Gobierno, su edad y su aspereza natural desaparecían tras el prisma encantador de la ilusión que naturalmente realzaba un guerrero citado por todos, como un modelo de valor y caballería.

La posesión del objeto querido, no hizo más que avivar el amor del coronel y se tornó en una ciega idolatría; su vida estaba consagrada a ella y era uno de esos sentimientos raros en la vida, una excepción de la vulgaridad de los hombres, enamorados antes de casarse, indiferentes desde el día siguiente a su matrimonio.

Los que conocemos esta historia sabemos que la esposa de Rojas, una vez unida al hombre de su propia elección, sintió resfriarse su pasajero entusiasmo, voló de su mente el prestigio con que había adornado al héroe, al campeón valeroso y sólo vio a su lado un soldado rudo, del que no podía apreciar el alma magnánima y ardiente y cuya pasión ya le era pesada.

La escala de las afecciones humanas, es rápida; del enfriamiento en el cariño, pasó a la indiferencia; a ésta siguieron las primeras impulsiones de hastío; la repugnancia principió a roerle el corazón, el odio estalló como la consecuencia natural, y sobre estas diferentes faces vino el peor de todos los errores e infortunios de una mujer: ¡la infidelidad a su marido y la guerra doméstica!

Nosotros no nos atrevemos a condenar ni el uno ni el otro. Son muchos los motivos que pueden influir en la desunión de dos seres que al marchar al altar sólo ven las flores de los primeros días de su unión y la mágica embriaguez de la pasión.

De la pasión que deja en un corazón la huella profunda, la llama inextinguible, en tanto que por el otro pasa rápida y momentánea como el aroma de una flor.

Para vivir de una misma vida, ¡qué armonía de ideas, de temperamento y de opiniones no se necesita! ¡Qué igualdad moral tan perfecta para el buen equilibrio de la vida privada, de la conciencia de cada individuo!

Acaso la engañosa simpatía de un día los aproximó un instante y cuando otro aliciente que la inclinación natural entre dos personas de diferente sexo fue necesario, uno de los dos, vio estallar su alejamiento por el otro que encontraba ¡antipático y repulsivo!

Los misterios del corazón, son como los misterios del cielo; lo que encierra en sí cada corazón humano, nuestros ojos mortales no pueden penetrarlo.

Como sucede a casi toda criatura que aquello que menos puede alcanzar es lo que más desea, Rojas doblaba de atenciones, de fineza y de amor y llegó a verse subyugado enteramente por aquel sentimiento, tanto, que el menor favor de su esposa lo ponía en el cúmulo de la dicha, así como el menor desdén lo arrojaba en una violenta desesperación.

Con todos sus celos, dormían aún sus sospechas y la esperanza de ser como él amaba lo hacía tolerante.

Sin embargo, Rojas debió probar este martirio y probarlo con la impetuosidad natural a su carácter.

Nosotros corremos un velo sobre los incidentes domésticos que tuvieron lugar y sobre otras particularidades de su vida interior para llegar al horrendo drama que amargó su existencia para siempre.

La señora de Rojas amaba efectivamente a un joven militar que se encontraba bajo las órdenes de su marido y llegó a tal extremo su imprudencia y acritud para con el coronel, que éste se separó de ella, continuando no obstante a vivir bajo el mismo techo.

Una casualidad reveló a Rojas este amor del que ella ya no hacía misterio. El primer movimiento de él fue matar a su rival y tal vez a la desleal o ingrata mujer; no obstante, fue prudente acaso por la primera vez en su vida, y tomó las más cuerdas medidas, tanto para hacer cesar el escándalo, como para no verse hecho la burla de los otros.

Mandaba Rojas en aquellas circunstancias la fortaleza de Bahía Blanca; sin ver al joven escribió al gobierno poniendo otro en lugar de aquel ayudante y dando sus razones buenas o malas lo despachó a Buenos Aires.

Los hombres que se hayan visto en iguales circunstancias comprenderán toda la amargura que pesaba sobre Rojas, su desesperación y cuán duro debió serle a quien pensaba descansar en el seno de una esposa virtuosa de los rudos afanes de la guerra; encontrar las espinas en vez de las rosas, la ingratitud en vez del amor que merecía.

La partida de su amante fue deplorada altamente por aquella señora, y a pesar de la moderación del coronel, llegó a provocarlo sin rubor alguno.

Una explicación fue el término a que ella llegó, manifestando claramente que quería ir a reunirse con su amado.

Rojas con su natural impetuosidad, y los celos que en esta ocasión le trastornaban el juicio la siguió a su cuarto.

De este momento solemne para aquellos desventurados, ¡¡¡sólo resultó un pistoletazo y el cráneo destrozado de una mujer!!!

¿Acaso aquella mujer a la idea de una eterna separación del que amaba, para quedar al lado de un esposo detestado, cometió aquel suicidio?

¿O el celoso y exasperado marido se vengó de ella de un modo tan horrible?

Rojas fue acusado ante la justicia criminal, ¡su nombre infamado por la acusación de asesino! Dos célebres abogados defendieron su causa y la sentencia de muerte fue el resultado. Entonces se presentó un hombre en el calabozo del reo; este hombre era el Doctor Avellaneda. (Los abogados fueron Gamba y Belgrano).

El coronel le abrió su corazón, lloró con él y Avellaneda, convencido de su inocencia, tomó la causa sobre sí. Rojas no sentía morir, era un viejo soldado y había visto la muerte de muy cerca; pero morir por asesino y dejarle a su hija una herencia tan horrible, he ahí lo que le desesperaba.

La causa fue abierta de nuevo, Avellaneda le hizo tomar un aspecto diferente y el día supremo en que pronunció la defensa del acusado, cuando después de pasar por la parte judicial de ella, se fue elevando poco a poco al lenguaje poético del sentimiento y de la vida interna del hombre, su voz, grave y sonora, su locución fácil y grandiosa, la manera con que supo atraer los corazones de sus oyentes y cautivar la atención, arrancó lágrimas de todo el auditorio.

El pueblo entero corrió a la defensa, sollozos sofocados se oían por todas partes, al fin el defensor, como inspirado, abrazado con el reo, levantó su mano derecha hacia el cielo y con voz conmovida y religiosa le pidió iluminara los Jueces y aceptara la buena voluntad y la sana intención con que respondía en aquel momento ante Dios y los hombres de la inocencia del acusado.

Él supo excitar todos los sentimientos tiernos y humanos, vistiéndoles de elocuencia, y al concluir su discurso no hubo sino un eco en la sala.

¡Perdón! ¡Absoluto! ¡Absoluto! Y los jueces por un movimiento espontáneo puestos en pie dijeron con solemnidad:

-¡Coronel Rojas! ¡La justicia humana te absuelve! ¡¡¡Apelamos a tu conciencia y a la Justicia Divina para la que nada hay oculto!!!

-¡Soy inocente -murmuró Rojas, cayendo pálido e inanimado en los brazos de su amigo y defensor!

Al día siguiente la alta Cámara de Justicia declaraba absuelto de toda inculpación de asesinato al coronel Rojas, restituyéndole su grado y a la estimación y simpatía de sus amigos y del público en general.

Capítulo XXIV
Los pasajeros de la Constitución

Sobre la cubierta de la Balandra, fondeada a poca distancia de la orilla, se veía el Juez de Paz del Baradero, con su gente, marcados y dándose al diablo por verse aún en aquella hamaca, que tan mal les hacía pasar de salud. En efecto, no acostumbrados al movimiento del buque, era para ellos un suplicio el continuo balanceo de éste, y casi todos, acostados sobre cubierta, estaban pálidos, exánimes.

El Juez de Paz sufría tanto como los otros, pero creía que no convenía a su dignidad de Juez el aparecer marcado porque era ésta una cosa que naturalmente no debía sentir la gente civilizada y de una cierta posición social; así, pues, para disimular durante el viaje, se achacó una indisposición de estómago que nada le dejaba comer sujetándolo a continuos vómitos.

El día del desembarque había por fin llegado, hermoso y sereno, aunque un viento caliente del norte, anunciase que no debía ser de larga duración la claridad de la atmósfera.

La gente del Juez de Paz, se había levantado cada cual como pudo, el Juez por su parte, no hacía sino que pensar en el grado que por fuerza le iban a dar y la perspectiva de los nuevos honores lo tenía en continua inquietud; así también había principiado a ponerse más serio y estirado, porque estaba fuertemente convencido, que las maneras agrestes y groseras y los aires imponentes convenían a las personas de elevado coturno, y no encontraba tampoco allá en su mente otro modo de diferenciar el funcionario del simple particular.

Ardía el hombre por hablar a alguno de todas estas ideas tan bellas, pero temía comprometer su dignidad presente y su dignidad futura; el único a quien había podido dirigir la palabra sería a Caccioto, pero ya saben nuestros lectores según su propia confesión, que no entendía ¡"el carcamán"!

Junto a la entrada de la bodega, estaba sentada una mujer pálida y deshecha por la enfermedad y los pesares, a su lado estaba un niño que a la lozana alegría de la infancia veía ya suceder los llantos y las amarguras de edad más madura.

La puerta de la bodega estaba perfectamente cerrada y dos hombres la guardaban noche y día.

En aquella infecta y pequeña bodega, yacía el infeliz Avellaneda, cargado de cadenas y privado de aire y de luz.

Su mujer y su hijo salvados de una muerte cierta por los marineros de la balandra, estaban allí cerca de él, sin que lo pudiesen ver ni dirigir una palabra de consuelo o cariño.

A las diez de la mañana todas las campanas de la ciudad repicaban, cohetes se quemaban por todas partes, tiros, músicas, mueras y vivas estallaban de continuo, la Mazhorca y el populacho más sucio e indigno se dirigían a la Alameda.

El comandante y capitán del puerto, era un joven bastante bien parecido, pero de cara imbécil y ordinario, había ascendido de cortador de las piedras de la calle, a cierto ejercicio bastante deshonroso a que lo destinó el finado Don Manuel Dorrego. De allí principió a ser espía y finalmente, de puesto en puesto, llegó al de capitán del puerto y este cargó creemos que sería vitalicio en él porque es demasiado estúpido para ser mudado por otro.

Así que el movimiento y la bulla empezaron a crecer, el capitán del puerto mandó preparar la ballenera y se dirigió a bordo de la balandra.

En aquel instante dos hombres al parecer marineros ingleses, salieron detrás de unas toscas y entrando en un botecillo allí amarrado, principiaron a maniobrar de suerte que no perdían de vista la ballenera.

Así que el Juez de Paz, avistó la ballenera del Resguardo, respiró con toda su fuerza, en primer lugar porque se veía libre de la responsabilidad, en segundo porque ya iba a saber lo que le destinaba el gobierno y en tercero porque encontraba al fin un viviente a quien podría hablar de igual a igual.

Una vez llegado a bordo el capitán del puerto, -cuyo nombre es Jimeno-, hiciéronse ambos los cumplimientos de estilo sobre la dicha de la Patria, salvación de los días de S. E., etc., etc.

El Juez contó la tentativa de evasión del preso, el celo, la inteligencia con que lo había de nuevo capturado y dio sus puntadas sobre la recompensa debida a los buenos federales que se sacrificaban por la sagrada causa de la Federación.

Esta jerigonza que Jimeno oía con su bestialidad habitual, fue interrumpida por Adelaida, quien al ver llegar al capitán se imaginó que iban a buscar al prisionero y la desgraciada quería saber con justicia el destino que reservaban a su marido, así venciendo su repugnancia se acercó a Jimeno.

Tan demudada estaba que éste la desconoció, a pesar que no eran extraños uno al otro.

-Señor -dijo Adelaida-, ¿puede Ud. decirme si viene en busca de Avellaneda, dónde lo van a conducir y cuál es el destino que lo reservan?

-Jimeno la miró de arriba abajo y le contestó:

-Vengo efectivamente a llevar al salvaje o inmundo unitario Avellaneda, pero ignoro aún dónde debo conducirlo ni lo que S. E. dispondrá de él; además de eso, a Ud. qué se le importa, ¡no sabe que los inmundos unitarios no tienen parientes!

-Yo sé -replicó Adelaida- que Ud. es un miserable instrumento de la tiranía ¡y yo debo y quiero saber lo que Uds. pretenden hacer de mi esposo!

-Vaya Ud. a preguntárselo a S. E. el Restaurador -respondió Jimeno con ironía.

-¿Por qué no? ¡He visto más de un tigre en mi vida!

-¡Esa mujer es muy insolente! -exclamó el Juez; ¡malditos sean los gringos que no la dejaron ahogarse en el río!

Adelaida entretanto reflexionaba que era peor dejarse llevar de su indignación y que lo más prudente era sufrir las injurias y malos tratos para poder a lo menos saber lo que iban a hacer de su marido.

-Señor Jimeno -continuó ella-, perdone Ud. el arrebato de que me dejé llevar ahora poco; mi cabeza no está buena he sufrido mucho estos días, mas por el amor de Dios y cuanto más caro tiene Ud. sobre la tierra, le suplico que me diga qué lo van a hacer a Avellaneda.

-Yo no sé -dijo Jimeno-; tal vez lo fusilen hoy o...

-¡Oh! ¡No!¡No! -exclamó la pobre mujer cayendo de rodillas.

Los dos verdugos echaron a reír.

-¡Qué diablos quiere Ud! -añadió Jimeno-, ¡no soy yo quien lo mataré, serán los soldados!

Los sollozos sofocaban a Adelaida, y su hijo con aquella simpatía natural por su madre, lloraba también.

-¡Qué hombres tan crueles! -decía ella ahogada en lágrimas- ¡fusilar a un inocente!

Inocente llama Ud. a un salvaje unitario -dijo el Juez.

Déjela Ud. hablar -replicó Jimeno- ¡a quien hace caso de Unitarios! ¡¡no ve Ud. que están locos!!

Los alaridos de la Mazhorca y del populacho llegaban hasta a bordo.

-Oiga Ud. -continuó Jimeno-, ¡oiga Ud. el eco del pueblo que pide sin duda la cabeza del salvaje Unitario!

Aquellos gritos tan siniestros y horribles, pusieron en pie la dolorida mujer; sus lágrimas se secaron, su rostro pálido, su mirada ardiente, su negra cabellera flotando al viento parecía la imagen viviente de la desesperación.

-¡Hola! -dijo Jimeno- venga el preso, ¡¡¡el pueblo lo pide!!!

El Juez de Paz llamó en gente y se dirigieron a la bodega.

-¡No! ¡aún no! -gritaba Adelaida fuera de sí.

Jimeno la agarró por un brazo y la empujó de la manera que casi va al río.

Adolfo furioso le agarró una mano y se la mordió con tanta fuerza, que Jimeno le dio un horrible puntapié, pero el muchacho lo sufrió en silencio y fue a abrazar a su madre que había quedado contra el borde, pálida e inmóvil.

Los hombres que habían bajado a la bodega tornaron a subir con el preso.

Al verlo su mujer y su hijo se echaron en sus brazos olvidados de su situación y entregados al placer que sentían de apretarlo a sus corazones.

Avellaneda, a pesar de sus cadenas, los abrazaba también con delirio acaso por última vez.

Aquella escena muda, de lágrimas y suspiros ahogados, sólo a aquellos tigres no podía conmover. En cuanto a los marineros genoveses que estaban a bordo lloraban sin reserva ninguna.

La Mazhorca impaciente arrojó un horrible alarido y Avellaneda entregado hasta aquel instante a las caricias de los suyos, ignoraba dónde estaba; pero al oír aquel bramido de fieras volvió el rostro y la ciudad de Buenos Aires se encontró ante sus ojos.

Un rayo de gozo bañó el pálido semblante del proscripto y tendiendo los brazos cargados de cadenas hacia la tierra exclamó:

¡¡Patria!! ¡¡¡Patria mía!!!

Vamos -gritó Jimeno-. ¡Basta de comedia! ¡Ea! -dijo a los soldados-, ¡échenlo a la Ballenera!

Los hombres obedecieron y arrancaron el Doctor de los queridos brazos que lo rodeaban.

-¡Bárbaros! -decía Adelaida-, ¿por qué no me quitáis primero la vida?...

-¡Dejadme mi papá, asesinos! -exclamaba Adolfo.

En cuanto a Avellaneda, se conducía como hombre, sin arrojar un grito o derramar una lágrima.

-¡Adiós! ¡Adiós! -murmuraba entre sollozos su mujer-. ¡¡¡Adiós para siempre!!!

Y al proferir estas palabras cayó sin sentidos. El niño empezó a llorar con ese lamento fúnebre de los niños cuando tienen realmente dolorido el corazón.

A estos lloros se mezclaban los alaridos horrendos de la Mazhorca.

La Ballenera se separó llevando el preso.

En ella iba Jimeno, el Juez con su gente y Caccioto.

Del otro lado de la borda se acercaba un bote, y dos hombres disfrazados de marineros ingleses subían a la balandra.

Cuando Adelaida volvió en sí, su hermano Ramón y el coronel Rojas estaban a su lado.

Capítulo XXV
Triunfo de la santa causa de la federación

La Mazhorca dividida en dos cuerpos de ejército, era precedida por una música militar que iba tocando el Himno del Restaurador, la media caña, la perdiz y otras músicas de este jaez. Marchaba a la vanguardia, Salomón y Cuitiño y el nuevo adepto, Julián Molina, todos cubiertos de cintajos colorados, los puñales desnudos y la ferocidad en el rostro.

Avellaneda entre cuatro soldados armados de punta en blanco, como se suele decir, caminaba, sereno y con frente altiva y desdeñosa; lo habían aliviado de los grillos convencidos de que absolutamente no podía dar un paso con ellos, preparándose a ponérselos dobles a la vuelta del paseo, ¡si quedaba vivo!

Párras tal cual como lo hemos diseñado al lector, iba a la cabeza del otro cuerpo de ejército que formaba la retaguardia.

Delante, en los dos costados y detrás de este grupo, caminaba en desorden, roto, andrajoso y sucio el populacho, la escoria de la sociedad de Buenos Aires. Mujeres, blancas y negras, mulatas y chinas, viejos, muchachos y pampas, todo iba reunido vociferando a la par de la Mazhorca, apedreando por entretenimiento las casas y rompiendo los cristales de las ventanas y hasta los faroles del alumbrado público.

De esta manera llegaron al frente de la casa de Rosas, donde se preparaba otro resto del acompañamiento.

Era éste compuesto de hombres a caballo con el sable desnudo al hombro, comandados por Manuela Rosas, hija querida y digna de S. E. el Ilustre Restaurador de las Leyes. Iba la amazona vestida con el traje de los gauchos y enormes espuelas teniendo por montura el mulato Bigúan enfrenado y ensillado, a quien lo cabía en esta solemnidad el papel de caballo y que recibía de los pies de la señorita Manuela tamaños espolazos con objeto de imitar los corcobos del animal que representaba.

En el coche de gobierno, con su competente escolta, iba el mulato gobernador, haciendo las veces de su Excelencia.

Sucio y medio desnudo, vestía la casaca de general con la banda de presidente y en la cabeza un elástico de papel con plumas de avestruz; al lado una espada de palo y en la mano, ¡¡¡el bastón insignia del mando supremo de la República!!!...

La tercera parte de este acompañamiento, era un rico carro de terciopelo carmesí, guarnecido de franjas de oro y en una especie de trono levantado al medio, ¡iba el retrato de Rosas! Era este carro tirado por cuatro señoras, ¡cuyo nombre debe conservar la historia con curiosidad!

Damas y negras mejor vestidas, con el Estado Mayor General, rodeaban el carro.

En el balcón del cabildo, estaba Rosas, con un grande sombrero de paja envuelto en un poncho y aplaudiéndose a sí mismo su fortuna y su invención.

La Mazhorca se había formado en hilera delante de la Policía y esperaba las órdenes del Dictador y el nuevo aspecto que tomaría la comitiva. En efecto, no tardó Corbalán en aparecer; estaba el edecán galanamente vestido y libre de las aprensiones de la víspera, pues en una grande junta de médicos que había convocado, resultó, después de una discusión de cuatro horas, que la privación del uso de los órganos atacados, provenía del desorden y dislocación de la peluca del Señor Coronel Edecán Corbalán, etc., etc.

He aquí la nueva dirección que tomaron los procesionistas:

La música siempre la primera, después de ella, la comitiva del retrato, en seguida la Mazhorca en el mismo orden anterior; Manuela con los cien hombres de a caballo y Bigúan dando corcobos y llorando, seguía de cerca cerrando la marcha, el coche dentro del cual iba el mulato gobernador, haciendo cortesías a derecha o izquierda, poniéndose de pie y profiriendo ¡cuánta blasfemia e insolencia cabe en la boca de un loco ordinario y desenfrenado!

Las principales iglesias de Buenos Aires, tenían orden de hacer cada una un Te-Deum, el último era a las cuatro de la tarde.

La Catedral, La Merced, El Colegio, Santo Domingo y San Francisco eran los designados.

La Catedral, sita en la Plaza de la Victoria, era la primera a la cual se dirigieron. Estaban los cuatro lados de la plaza ocupados por la Guardia Nacional, a quien sólo le habían dado cartuchos de pólvora, (y mojada), la caballería de extramuros, el batallón de Marina y el cuerpo de Serenos con lanzas y las linternas encendidas, semejantes a una procesión de fantasmas.

En la puerta de la Catedral, los obispos de Buenos Aires, Medrano y Escalada, con lo principal del clero, ¡esperaban revestidos de sus hábitos sacerdotales la comitiva!

Allí, el retrato de Rosas fue bajado del trono y bajo de palio y al humo de los incensarios, entró en el templo destinado a la Divinidad, donde fue colocado en el altar mayor junto al Tabernáculo, en vez de la imagen de Jesús, ¡¡¡crucificado por la Redención del hombre!!!

¡Sacrilegio horrible! ¡Cuántos de nuestros lectores no acusarán este cuadro de apócrifo!... ¡Ojalá lo fuera! Acaso al revelar al mundo civilizado hechos tan escandalosos e infames, ¿no sentimos la espina del dolor en el alma y el calor de la vergüenza en el rostro? ¡Oh... que sí! ¡Oh! Que al escribir estas penosas verdades, cumplimos con el más difícil de los deberes: confesar nuestra infamia y la torpeza, la tolerancia, ¡la deshonra de la nación a que pertenecemos!

Y sin embargo, preferimos mostrar el baldón esculpido en nuestras frentes que consentir y escuchar tranquilos que un monstruo tal como Rosas, sea considerado aún por las naciones, como un noble caudillo y como el digno jefe de la que fue un día ¡¡¡la nación Argentina!!!

Al llegar a cada una de las iglesias repetíase esta farsa, el retrato del Tirano era colocado en el altar, su comitiva entraba y el mulato gobernador bajaba del coche y haciendo cabriolas, intentando abrazar a las señoras que hallaba al paso o imitando de tiempo en tiempo el tono de un personaje de distinción, entraba en los templos.

Manuelita Rosas, entraba también siempre en su nueva montura y la Mazhorca de hora en hora más frenética y exalta da, en tanto que dentro de la iglesia se parodiaba un Te-Deum; ¡gritaban de fuera vivas y mueras que repetían los sacerdotes! Y aquel populacho todo que los acompañaba unía sus alaridos y desórdenes al espectáculo general.

El último templo que restaba era el Colegio, ocupado en aquel tiempo por los Jesuitas refugiados de España.

A la proximidad de la procesión Federal, la comunidad se hallaba reunida en la Sacristía, sin pompa ni aparato, la iglesia estaba a oscuras y la compañía vestía su traje talar ordinario.

Un joven pálido de rostro severo pero no desagradable, estaba en el medio de ellos: era el superior (Dn. M. Verdugo).

Cuando los gritos se oyeron más cerca, el joven se dispuso a salir por otra puerta que daba al atrio, sin ser la del templo.

¡Valor, hermanos! No os atribuléis, ¡es necesario soportar el martirio antes que ser cómplices o autores de un sacrilegio!

Diciendo esto, salió solo y con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el cielo esperó los vociferadores, en medio del atrio.

El resto de los padres Jesuitas, apiñados uno contra otro, se miraban asustados no atreviéndose ni a respirar, y oyéndose sólo en la vasta sacristía ¡el apresurado latir de sus medrosos corazones!

Cuando al llegar frente al Colegio, en vez de la iglesia abierta e iluminada, en vez de la compañía entera preparada a recibirlos; los que se titulaban Federales, vieron sólo un padre en medio del atrio

y el silencio más profundo en el cerrado templo; la comitiva paró. Los gritos cesaron, el populacho alzando las curiosas cabezas, unos sobre los hombros de los otros miraban al Jesuita con estúpida curiosidad.

Todo el mundo estaba admirado y no sabían a qué atribuir aquella soledad.

El joven jesuita aprovechándose de la estupefacción general, se adelantó algunos pasos y con voz clara y profunda les habló así:

"¡Hijos! Ayer recibimos orden de S. E. el señor Gobernador, para celebrar un Te-Deum hoy a las cuatro de la tarde, cosa prohibida por los ritos de la Iglesia Católica Apostólica Romana, de la cual ¡somos indignos servidores! El Templo del Señor está con todo abierto a los cristianos que a cualquier hora del día y de la noche quieran dirigir sus oraciones al Altísimo, porque nuestro Señor dispuesto está también a oírles siempre; pero lo que la Compañía de Jesús no hará jamás, será colocar en los altares, donde sólo puede y debe estar la efigie del Redentor, el retrato de un hombre pecador, sea el Gobernador o rey de la tierra; es un horrible sacrilegio que no permitiremos en tanto que nos reste un soplo de la vida que el Señor nos concede y que hemos consagrado a su santo servicio".

Al concluir estas palabras el Jesuita les dio la espalda, y con paso sosegado volvió a reunirse al resto de la compañía.

La multitud estúpida, quedó en profundo silencio y sólo el mulato Gobernador gritaba desde el coche:

-¿Qué diablos es eso? ¿Qué, están de purga los padres Jesuitas?

Sin embargo, sordo rumor corría las filas, estaban indecisos, sobre si forzarían las puertas de la iglesia o retornarían a decir a Rosas lo que pasaba.

Este último partido fue adoptado por unanimidad de votos y la multitud en desorden y murmurando se dirigió a la casa del Dictador, bien ajeno de tal contratiempo.

Entretanto, el tiempo se había nublado, negros escuadrones de nubes corrían el cielo y a lo lejos ya principiaba a oírse la ronca y fatídica voz del trueno, acompañado de vivos relámpagos.

Rosas oyó sin inmutarse la relación de lo sucedido y después de un instante de silencio, ordenó a Corbalán que hiciera conducir al preso al Pontón y remacharle dos barras de grillos, prohibiéndoselo toda y cualquiera comunicación con persona alguna de dentro o de fuera del Pontón, bajo pena de la vida del comandante y centinela de vista.

Estas órdenes fueron ejecutadas con toda puntualidad y el Dr. Avellaneda vuelto a conducir por la Mazhorca al embarcadero, fue de allí en una ballenera armada, a bordo de la horrenda y peligrosa prisión que le era destinada, no sin que antes de embarcarse se hubiera visto cargado nuevamente de hierros. Acabadas sus proezas del día, fueron los Mazhorqueros a prepararse para las de la noche que ya se acercaba triste y tormentosa, como si la naturaleza tomase parte un momento, en los dolores de la humanidad.

Un festín de carne con cuero y sin él, con dos o tres barriles de vino, otras tantas docenas de botellas de ginebra, etc., esperaban por orden del Restaurador a sus heroicos sectarios.

Capítulo XXVI
La recoleta

La señora de Avellaneda había quedado a bordo con sus dos amigos, pero tan abatida y enferma, que apenas pronunciaba uno que otro monosílabo. Sus fuerzas físicas y morales, la habían abandonado del todo.

La incertidumbre, este cáncer del alma, la roía con sus venenosos dientes, con la ausencia de su marido, parecía haberse ausentado su espíritu y sólo la esperanza era capaz de volverlo su natural energía, o un exceso de desesperación.

El día se había pasado en consuelos y palabras de esperanza por parte del coronel Rojas y Ramón, en silencio e incredulidad por parte de Adelaida. Estaba casi persuadida que aquel día no se acabaría en bien para su marido y la infeliz a esta idea caía en terribles convulsiones.

Sin embargo, casi a la puesta del sol, a pesar de lo nublado que estaba la tarde, las personas que estaban en la balandra pudieron distinguir la ballenera que conducía al preso, y pudieron verlo a él mismo en persona gracias a un excelente anteojo de Lostardo, que encontraron a bordo.

Cuando la noche llegó enteramente, Ramón, el coronel, la señora de Avellaneda y su hijo, entraron en el bote que conservaban desde por la mañana.

Una vez fuera de la balandra, Ramón los dirigió hacia la Recoleta porque era el lugar más solo para efectuar su desembarque.

Con el nombre de la Recoleta, es conocido un antiguo y abandonado Convento que, según tradición, fue habitación de los trapistas o cartujos.

Tres son hoy los monumentos que comprendo el nombre que dejamos citado y que encabeza este artículo.

Los silenciosos y elevados claustros, morada un tiempo de congregación tan vigorosa, la iglesia conventual, sombría y despojada de adornos, y el vasto huerto del viejo Convento, convertido hoy en cementerio de Buenos Aires.

A dos pasos de este lugar corre el Plata.

La historia de la vida humana está allí escrita con sublimes e indelebles caracteres...

Aquel convento que levantado por los hombres en momentos de fe o fanatismo, un tiempo teatro de los sacrificios, de las penitencias o de la desesperación de los que lo habitaban, hoy desierto y despoblado, parece decir a los que lo contemplan curiosos: "con la hora que corre vuela la vida" la hora que viene arrasará la presente, el lema de la verdad está escrito en mis silenciosas arcadas: destrucción e inestabilidad.

La iglesia despojada y sombría, parece llorar en sí misma la pérdida de sus días de gloria, en que iluminada y florida resonaban en el coro los himnos del Altísimo... ¡Ella sabe que lo pasado no retornará jamás!

Y el cementerio, ese campo de olvido y de igualdad, también está allí con sus cruces por blasones ¡como la única verdad del destino y de las ambiciones humanas! ¡La eternidad! ¡El polvo!

En el mismo momento en que nuestros amigos del bote se dirigían a la Recoleta, dos hombres entraban a pie por el camino que viene de la campaña. Ambos parecían fatigados de largas jornadas; con todo, antes de descansar, quitaron sus sombreros y se arrodillaron en la puerta de la iglesia orando con sencillo fervor.

Verdad eterna e indisputable que el pueblo necesita una religión, ¡una creencia! Que el pobre, el hombre que no pertenece a la clase que llaman pensadora, necesita la forma religiosa que le presente una creencia y la palabra de la oración con que levanta su corazón a Dios; porque infelizmente no todas las cabezas están organizadas de tal manera que puedan ofrecer por homenaje a la Divinidad, esas celestes abstracciones poéticas, en que el espíritu humillado y confundido se pierda en la grandeza de la idea del ¡Creador infinito!

Y cuando los propagadores de la verdad hayan destruido toda sombra de creencia en el pueblo; ¿qué le darán? ¿La conciencia del deber? ¿La religión sin formas, la convicción por la sola fuerza del espíritu?

Está muy lejos ese día para la humanidad, esa resolución que debe hacer tomar una nueva forma toda nueva a la sociedad no es la obra de uno o dos siglos... ¡quién sabe cuándo se empezarán a notar los efectos de esta doctrina!... y a las generaciones que van sucediéndose entretanto, ¿qué se les deja? ¡La duda, la lucha y la incredulidad!...

Ha mucho tiempo que estamos convencidos, que los hombres de fe, amantes de la humanidad en vez de la palabra debían poner en práctica la acción, en vez de destruir en un día las viejas creencias sobre las que reposa la moral social, emprender un trabajo más lento pero más seguro, ¡la

educación del pueblo! dejar al hombre hecho, acabar como principio e insinuar las nuevas doctrinas ¡en el corazón de la juventud!

Los que tienen una convicción profunda del bien que emprenden, deben desdeñar la palabra y hacer mucho por la acción.

Entre tanto, los que hayan perdido sus primeras creencias, los que hayan llegado a la altura de ciertas verdades y quieran cumplir su deber con buena voluntad, emprendan la grande obra en silencio, porque de romper las sencillas convicciones del pueblo nada se reporta, sino el desorden o la confusión.

Pero es verdad que en todas nuestras acciones y palabras ¡trasluce la vanidad y la miseria humana!

Los dos hombres que oraban estaban vestidos muy pobremente, y eran de edades muy diferentes. El uno tenía el cabello más blanco que la nieve, el otro apartaba a veces de su frente los muchos rizos rubios que a porfía la velaban, rebelde a la mano que los separaba.

Reinaba en aquel sitio, un silencio profundo, sólo interrumpido por el murmullo del río que a dos pasos de allí llevaba sus arenas al Atlántico, el confuso rumor de las funéreas ramas del ciprés lo respondía, y en las desiertas rejas del claustro, pasaban como errantes suspiros, las ráfagas de la brisa... había una armonía tan profundamente triste en aquellos tres ruidos, que los dos hombres suspiraban ¡como quien siente el alma mortalmente herida!

El cielo cubierto de negras nubes tenía un aspecto amenazador y relámpagos de fuego lo iluminaban a cada paso mientras a lo lejos se oía el trueno ¡con su voz majestuosa y solemne!

Los dos hombres acabada su oración se alzaron y tornaron asiento al pie de la ancha puerta de hierro que cierra el cementerio.

Al vivo resplandor de los relámpagos se divisaban las blancas losas de las tumbas, los pedestales y las estatuas, fragmentos de la vanidad humana que no perdona ni el polvo de los muertos y que aun allí, se ostenta como el escarnio de nuestra miserable vida.

El joven del cabello rubio, miraba en silencio aquel vasto recinto, donde la grandeza, el talento, el vicio y la virtud están confundidos sin chocarse ni reprocharse nada entre sí... al fondo del

cementerio, se alzaba una altísima cruz y al lado de ella promontorios de cráneos blancos y secos se elevaban diciendo al observador:

"Aquí residió la inteligencia humana".

"El pensamiento humano ardió bajo esta vacía calavera, ¡expuesta hoy a la intemperie y a las lluvias! ¡Ya fue mi turno descansar sobre la blanda almohada cuando mi dueño vestía el traje mortal!"

Los truenos continuaban a retumbar pavorosos, los relámpagos los sucedían, la brisa silbaba, el río corría indiferente y el ciprés murmuraba siempre ¡como el eco eterno del dolor humano!

El viejo rompió el silencio.

-¡Estás triste amigo!

-Es verdad, -respondió el mozo- ¡hacen algunos días que me siento mudado! Me vienen a la cabeza cosas que yo mismo no sé descifrar, y después de todo, ahora en este momento particularmente la vista de este campo de los pecadores... me hace como estremecer.

-¿Es la primera vez que vienes aquí?

-¡Sí, la primera!... vea Ud. he visto algunos entierros en los pueblitos, los he visto también allá en la Pampa cuando iba a visitar al indio Yuncagüí y a veces por la llanura, a lo lejos divisé alguna cruz que señala los muertos en medio del campo... ¡mas aquí todos están juntos!

¿Y tú no ves tantas estatuas?

-Sí, es verdad; ¿cuanto dinero habrá costado esto? ¿para qué lo ponen esto a los muertos?

-¡Qué quieres tú! ¡No quieren que el sepulcro de uno que fue rico se parezca con el del pobre! ¡Por eso hacen costosos monumentos!

-Es cierto... sólo debajo de la tierra se encuentra la igualdad... allí, todos los huesos se parecen y lo mismo se pudre el cuerpo de un rico que el del pobre, el de un blanco que el de un negro...

-¡Así es hijo! Los hombres siempre hablan de un modo, y obran de otro, ¡la verdad de lo que ellos piensan sólo Dios lo sabe!

-Es mejor entonces vivir en el desierto, errante, ¡como yo he vivido hasta hoy!

El viejo meneó la cabeza en señal de desaprobación.

-¡No! Los hombres no nacieron para vivir como las fieras, en el bosque... es otro el camino que debemos seguir...

¡Y vos no decís que todos son ingratos! ¿Qué os han pagado con olvido vuestras cicatrices?

-Sí, pero cada uno debe obrar según su conciencia y yo no me arrepiento de lo que he hecho, si ellos me han pagado mal, ¡esa no es cuenta mía!

-Pues una vez que hemos venido al pueblo, para seguir adelante nuestra empresa, crea Ud. que yo me quedaría aquí de buena gana, yo sé cavar la tierra y si me quisieran para enterrar los muertos... las calles y las casas me oprimen... aquí a lo menos estoy a cielo raso...

-Como quieras -contestó el viejo-, yo veré si puedo obtener el lugar de sereno, en ese empleo puedes ser más útil a nuestro intento.

En aquel momento el bote tocaba a la orilla.

-Me parece ver gente en la orilla del río, dijo el joven.

-Sí, -contestó su compañero- ¡como no sea alguna ronda que viene por aquí, alguna patrulla que llega por el río! Ven aquí dentro de esta zanja estamos bien.

Miguel y Simón, pues eran ellos mismos, se escondieron, por cerca de donde ellos estaban, pasaron los personajes del bote a quienes ya conocemos y tomando la calle larga de la Recoleta empezaron a caminar hacia la ciudad, la cual les era necesario atravesar para llegar a la Quinta de Maza, situada al otro extremo de la población.

Cuando los escondidos no oyeron más ruido de gente, salieron, y Simón dijo:

-Si quieres quédate aquí, yo conozco bien la ciudad, aprovechando la noche iré a buscar la casa de mi coronel, es un hombre de los de otro tiempo y el único que me podrá servir para encontrar un empleo.

Y Simón, despidiéndose de su amigo echó a andar hacia la casa de Rojas de quien pocos minutos antes había huido imaginándose que tal vez era una partida que venía a reconocer la orilla.

¡Todos somos ciegos en esta vida!

Capítulo XXVII
Los Corta-Patillas

Mientras que Simón y Miguel conversaban mano a mano sentados contra el portón de la Recoleta y que la señora de Avellaneda se dirigía a tierra con sus amigos; la Mazorca, había ya terminado su orgía y munida de un acompañamiento de hachones encendidos, recorría las calles de la ciudad destinadas esa noche a ser el teatro de los más horribles y abominables excesos de aquellos desenfrenados salteadores.

Una orden de Rosas, la cual se nos había olvidado mencionar; (porque en el caos de desatinos y maldades de aquel hombre, muchas cosas se escapan a la imaginación fatigada) había prevenido que desde aquel día, todo el mundo se presentaría de bigotes, fuese cual fuese su cargo o empleo; de manera que los que no lo tenían se los pusieron postizos, los unos de cabellos pegados con goma, que les mortificaba la carne, y otros hallaron más breve el ponerse los tales bigotes con corcho quemado.

La Mazorca adoptó unánimemente este último partido. Imagínense nuestros lectores, si les es posible, doscientos hombres, todos ebrios y exaltados por los vicios más asquerosos y por los excesos más vergonzosos de la humanidad, mal vestidos, con los brazos desnudos, las caras tiznadas, porque el sudor provocado por las frecuentes libaciones, había desfigurado los bigotes de

nueva invención, con las manos armadas de tijeras de trasquila y de enormes puñales que cortaban al aire.

En medio de una noche, triste y tormentosa a la luz amarillenta de los hachones que hacía empalidecer el reflejo de fuego de los relámpagos, aquella procesión diabólica cuyas vociferaciones, blasfemias y palabras obscenas, se confundían a los truenos y al ruido de los cristales, que de camino iban rompiendo por las casas; todo esto unido al himno del Restaurador que iba ejecutando la música, cada instrumento en el tono que le cuadraba, parecían todos los demonios que la imaginación más exaltada puede crear, evocados un instante sobre la tierra para aterrorizarla.

El objeto de la Mazorca era cortar toda patilla que cerrase sobre la barba; fuese el que fuese que así la llevase, por que estaban autorizados a no respetar cosa ninguna en este mundo.

Ya habían encontrado una infinidad de hombres indefensos, a quien en su horrible lenguaje decían ellos haber "afeitado".

Cada individuo que se encontraba con la barba cerrada, era agarrado entre cuatro hombres, sentado sobre una mesa que a propósito llevaban los de los hachones y la multitud de la Mazorca lo rodeaban, el sujeto era naturalmente despojado primero de su dinero, reloj y cualquier otra joya que poseyese, los faldones de la levita o frac cortados y después su rostro desfigurado a tijerazos, que a veces le llevaba parte de una oreja por una cuchillada que le bajaba un carrillo y cuando el tajo tirado con toda malicia hacía saltar la cabeza del infeliz y que sólo quedaba su cuerpo palpitante, vivas y risotadas acogían al asesino; la cabeza recogida era izada en un palo y la procesión seguía adelante, mientras que tal vez acababan de robar al seno de una honrada familia, su jefe, su apoyo ¡o a una madre su hijo!

Esos males, esas lágrimas hechas derramar a las familias, ese duelo y desesperación, desparramado con profusión por los secuaces de Rosas, todo eso es nada; ¡son justos homenajes a la santa causa de la Federación!

Otros individuos que ellos conocían por federales netos, como decía Rosas, sufrían también la operación, a estos les quemaban la barba y a chicotazos lo perseguían hasta que conseguían escapárseles de las manos.

Al dar vuelta una esquina, un joven alto de rostro serio y fiero, se encontró de manos a boca con los corta-patillas.

Era este mozo hijo de una familia muy distinguida, su talle flexible y airoso, firme la marcha y algo de desdén en la mirada.

Sumamente blanco y rosado, tenía los cabellos y las largas barbas rubias, como el oro, unos y otros, las cejas y pestañas blancas, los ojos azules y una suma regularidad en las facciones.

Parado naturalmente ante aquel espectáculo, miraba la Mazorca, con la natural sorpresa y curiosidad que ocasionaba su horrible conjunto, mas este examen era hecho con la sangre fría del hombre que no teme, que no conoce el peligro o lo desafía con rara intrepidez. Parose la Mazorca a su turno enfrente al valeroso mancebo, y comprendiendo ellos que él no se prestaría dócilmente a la operación, querían primero entablar una especie de diálogo, y los miembros de la infernal congregación sentían una especie de malestar que les ocasionaba la mirada fría, desdeñosa y escudriñadora del joven.

Salomón como el más docto y por su grado de Presidente tomó la palabra.

-¿Quién es Ud? Dijo, dirigiéndose al desconocido mancebo.

-¿Qué se le importa? Seguid vuestro camino que yo seguiré el mío; respondió el rubio con voz varonil y clara.

-¡Eso lo hemos de ver! Prosiguió Salomón.

-Agarrémoslo, y dejémonos de preámbulos, añadió Cuitiño. ¿Quién pide explicaciones a un Salvaje Unitario?

Y reuniendo al pensamiento la acción, levantó su brazo armado sobre el joven; pero éste le sacudió una tan tremenda bofetada, que el héroe mazorquero cayó por tierra cuan largo era, dando

un rugido de dolor y de rabia, porque parecía que le hubiesen deshecho el rostro, y dislocado todos los huesos.

-¡Así se enseña la canalla! Dijo el desconocido.

-¡Infame Unitario! Gritó Salomón dando un paso hacia el batallador; mas, un puntapié aplicado en el estómago del Presidente, lo tendió de espaldas, y el joven viendo que la señal del combate estaba dada, sacó de sus bolsillos con suma rapidez un par de pistolas fulminantes que descargó al aire y aprovechándose del terror general, volvió al punto la calle y desapareció en la oscuridad con ligereza.

-Principiaba la lluvia a caer en gruesas gotas, pronto empezó a empaparse la tierra, las hachas se apagaron y los mazorqueros descontentos de haber acabado tan mal su empresa, empezaron a desfilar cada uno por su lado, prometiéndose que en el resto del día siguiente, echarían abajo cuanta barba hubiese en Buenos Aires, para lo cual establecerían barberías volantes por todas las calles y plazas.

La tempestad se desató furiosa, y sólo se veían por la ciudad los negros bultos de los serenos con su linterna en la mano y su lanza; semejantes a una procesión de fantasmas.

Su voz lúgubre repetía en la oscuridad "Las doce han dado y tormenta".

Capítulo XXVIII
El pontón

-Es necesario para la inteligencia de los sucesos que vendrán después, que nuestros lectores nos acompañen al lugar donde fue conducido el doctor Avellaneda.

-Sabemos que existían o existen aún en Inglaterra y en algunos puertos de la Francia, prisiones marítimas con el nombre de Pontones. Los de Inglaterra hemos leído por descripción de cuya lectura no respondemos, que son horribles; pero estamos inclinados a creer que jamás existieron otros más inmundos y espantosos pontones que el de Rosas en Buenos Aires y que creó don Manuel Oribe en el tiempo de su presidencia en Montevideo.

-El Pontón de Buenos Aires estaba anclado en lo que se llaman balizas exteriores, esto es a unas dos leguas de tierra; el buque que a este objeto servía, era un casco viejo y podrido que amenazaba hundirse a cada instante y es casi incomprensible como podía soportar los horribles temporales del famoso Río de la Plata.

-Antiguamente se contaba esta prisión del gobierno destinada a los presidiarios muy ínfimos y relajados, aunque jamás en tan mal estado, ni elegida para presos políticos, porque es verdad que éstos sólo han abundado en estos últimos años.

-El Pontón donde fue conducido Avellaneda, era pues un viejo buque que por todos lados hacía agua y que los presos sin cesar día y noche componían, viendo la muerte delante de sí, a todas horas del día y de la noche.

-Con todo, Avellaneda no estaba destinado a estos trabajos; cargado de grillos y de cadenas fue bajado a uno de los calabozos más hondos del Pontón, donde había más peligro, y donde sin cesar rellenaba de agua, la cual era extraída cada cuarto de hora por cuatro presos acompañados por un oficial que los inspeccionaba.

Tenía esto doble objeto: primero mortificar al preso que se veía con el agua a media pierna, la cual mojándole los grillos se los amohosaba y los hacía parecer más fríos martirizándole las carnes; y segundo, saber lo que él hacía y espiarlo así cada cuarto de hora, a más del centinela de vista que allí estaba perenne y sin perderle movimiento porque cada cuatro horas debía ir a tierra el parte de las acciones del preso.

-Muchos otros presos, menos rigurosamente tratados o de igual manera, encerraba el Pontón. La tripulación de éste, constaba de cincuenta hombres escogidos, divididos en dos compañías de veinte

y cinco hombres cada una, con su oficial, un sargento y un cabo y además el primer Comandante y el segundo.

-Los sujetos que ocupaban estos puestos, eran un inglés y un Americano del Norte.

-El Americano tenía el primer puesto, y el Inglés el segundo.

-John Anderson, Comandante del Pontón; era un hombre como de unos treinta años, bien afeitado y serio, que no usaba jamás corbata y que leía constantemente en su biblia de marroquín punzó, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para arrojar los negros bocados de tabaco que salían y entraban en su boca. Vivía la mayor parte de su tiempo a bordo y otras veces en tierra, en una pequeña casita situada en la Alameda, donde solían reunirse sus compatriotas a cantar el yankee doodle y beber chicha, porque Mr. Anderson pertenecía a los hijos de la temperancia y no admitía sino sus cofrades en esta virtud, así como en su religión, (era protestante).

-La chicha es un refresco inocente, hecho de algarroba y que jamás trastorna la cabeza. Por lo demás, Mr. Anderson es muy regular de rostro aunque completamente inanimado y sino temeríamos ofenderle, diríamos que era imbécil.

-Indiferente, silencioso y frío en los negocios ajenos, cuando le hacían sonar al oído un repleto bolsillo de dinero, Mr. Anderson se tornaba político, conversador y afable. Su primer Dios era el peso fuerte, después la Biblia y ¡en tercer y último lugar el rost-beef!

-El Inglés que hacía las veces de segundo Comandante era un hombre de cinco palmos y dos pulgadas de altura con el doble de diámetro y que consumía una barrica de cerveza diaria.

Llamábase Dick, era ya viejo y nunca salía del Pontón. Debió ser blanco en un tiempo, pero al presente era casi del color violeta; el rostro redondo y soplado, la boca gretada y babosa, los dientes negros, los ojos azules, hundidos entre los montañas de carne, le brillaban de contento y después de esto una nariz traicionera que parecía un fondo de botella según lo grande, lo encorvada y granujienta, contando a todos la pasión favorita del digno Mr. Dick.

-Es inútil decir que estos dos antípodos Mr. Anderson y Mr. Dick no se podían ver, ni en pintura; sin embargo, respecto al servicio ambos marchaban de acuerdo, porque ambos temían por su pellejo y sabían que Rosas no es hombre de chanzas livianas.

-Al llegar Corbalán a bordo con el preso, Anderson, mascaba sus enormes pedazos de tabaco leyendo la Biblia con suma atención, mientras que Dick bebía su décima quinta botella de cerveza. El buen hombre tenía la lengua sumamente trabada, mas no aborrecía tanto a su primer Comandante que a veces no intentase un poquillo de conversación, mas el Americano no se dignaba responder, y Mr. Dick se vengaba diciendo entre dientes:

-Very dam Yankee indeed ¡God-bad!

-Anderson tan insensible a la lisonja como a la injuria, continuaba a leer en silencio y masticar sus tabacos.

-Era en una de estas escenas que llegaron el Edecán y el Prisionero.

-El Comandante del Pontón se presentó y las órdenes de Rosas le fueron repetidas, palabra por palabra puntualmente, y en seguida entregadas por escrito, con copia para el segundo comandante y oficiales de guardia.

Mr. Anderson guardó los papeles al preso a su calabozo de mar, y volvió a sentarse tranquilamente a leer.

-En cuanto a Mr. Dick, oficiosamente invitaba al Edecán a tomar un vaso de cerveza.

-Take this Mr. Corcoval -decía el buen Inglés- ¡mucho bueno! ¡estomacal! ¡mucho bueno for vos!

Corbalán sonreía como hombre que entiende lo que le dicen, pero no respondía.

-Toma Mr. Coloban -continuaba Dick- ¡bebe mucho bien for you!

-Y de esta vez arrimó el vaso a los labios de Corbalán, el que comprendiendo entonces por primera vez lo que le decía, se resignó a beber la cerveza, no sin convenir dentro de sí mismo del mal paladar de los hijos de Albión.

-Estos ingleses, -decía el Edecán dentro de sí- son unos burros para esto de comer y beber. Vea Ud., comen la comida cruda, ¡todo a fuerza de mostaza! la ensalada con azúcar, los budines y toman esta maldita cerveza.

-Entre tanto Dick tomaba los gestos de Corbalán por aprobaciones, y preparándose a darle otro vaso de su licor favorito, decía:

-¡Very good Mr. Corcobiar! Mucho bueno cosa está este pó bebé.

-Con todo por esta vez se esquivó Corbalán ¡bajando a su ballenera y murmurando! Ándate al diablo gringo medio sonso, con su trajín de mudarme el nombre, que tan pronto me llama Corcobas y ahora corcobiar; ¡como si yo fuera caballo!

-Dick quedó con el vaso en la mano, viendo huir a su convidado; empinó la cerveza, hizo sonar la lengua al paladar, y dijo:

-¡Very good indeed!... ¡Not better por Mr. Conbalar! Y se encogió de hombros con desdén.

-La importancia de las órdenes que había recibido Anderson, eran de tal naturaleza, que venciendo la repugnancia que le causaba su segundo, por esta vez cerró la Biblia y se dirigió a él, hablándole en inglés.

-Mr. Dick, -dijo Anderson- es necesario que se imponga Ud. seriamente de las órdenes que acabo de recibir, a respecto de este preso.

-Sí señor, respondió el inglés, ¿Ud. gusta un poco de cerveza?

-Yo no acostumbro a beber otro licor que el agua: mil gracias.

-Que lo haga a Ud. muy buen provecho, ¡yo tomo el agua como si fuera un vomitivo!

-Dejemos la cuestión de las bebidas aparte y vea Ud. si quiero imponerse o no de las órdenes del señor Gobernador.

-A este título, dejó Dick su vaso que iba ya a aproximar a su gratada boca y se preparó a escuchar al primer comandante.

-Sin embargo Anderson que había dicho y hecho más que su seca naturaleza lo permitía; sacó la copia destinada al segundo comandante y se la entregó diciendo:

-Lea Ud. y aprenda de memoria cada una de esas palabras que ahí están escritas, y acuérdese Ud. que la más pequeña infracción de ella, le costará a Ud. la cabeza.

-Anderson al concluir estas palabras le volvió la espalda y fue él mismo a meditar sobre el escrito que le había dado Corbalán.

-Dick cuya cabeza empezaba a no estar muy fresca ya, por aquel día, se esforzaba en abrir los ojos del espíritu y de la cara; los unos para leer las órdenes del Restaurador y los otros para comprender lo que ellas encerraban.

-Mientras el segundo comandante lucha con los océanos de cerveza que de tal modo le oscurecen la inteligencia; bajémonos nosotros un instante al calabozo destinado al doctor Avellaneda, porque todos estos son rasgos del ilustre Rosas.

-El lugar donde estaba el preso debió servir en el buque, de depósito de leña, comestibles de reserva, cadenas o cosa semejante; porque apenas tenía unos pequeños respiraderos a flor de agua y por los cuales no podía penetrar la luz.

Era un espacio cuadrilongo de seis palmos de anchura y tal vez diez de largura, continuamente lleno de agua y de ratones, y poseyendo por todo adorno una hamaca, un banco de pino y una lámpara de talco que con el preso había sido allí colocada.

El ruido de las ondas del río y los chillidos de los ratones era lo único que interrumpía el silencio de aquel horrible agujero, porque el ruido que se hacía sobre cubierta apenas llegaba allí.

Encima del techo demasiado bajo para que Avellaneda pudiera ponerse de pie, había una especie de claraboya, donde la cara de un hombre y el cañón de un fusil aparecían. Era este el centinela de vista destinado a vigilar al prisionero.

Sentado sobre un banco, pálido y fatigado de aquel día, de ridículo aparato; la amarillenta luz de la linterna, reflejaba en su rostro, dándole una tan singular expresión que se diría que era la expresión viviente de los sentimientos humanos.

Librodot

Estaba Avellaneda en una de esas situaciones morales, de las cuales apenas el individuo puede darse cuenta a sí mismo. Reflexionaba el doctor cuán inestable o inseguro es el destino de la criatura. Acompañado de su adorable familia, se dirigía a buscar un asilo seguro y pacífico, ¡bajo el cielo sereno y hermoso de Corrientes! Allí, feliz en cuanto puede serlo un proscripto, contaba ser útil en lo posible a aquel país tan nuevo aún, y emplear las luces naturales de su espíritu, y las adquiridas por el estudio, ¡siempre en bien y adelanto de sus semejantes!

-Al emprender su viaje, una fría confianza en la Providencia Divina, lo animaba; las mejores intenciones lo impulsaban en su marcha... Y no obstante había caído víctima de la más nefanda traición, entre las manos del enemigo cruel, de la humanidad, ¡y de su propia patria!

-Avellaneda estaba a su disposición, engrillado e indefenso...

-¡El hombre, el individuo, era de Rosas!... Aquella vida consagrada al bien de sus hermanos y de la sociedad, aquella vida presente del Altísimo estaba a la merced del asesino; y bastaba el más simple gesto para aniquilar de un golpe la obra del Creador.

-Al mismo tiempo que hacía estas reflexiones, sentía levantarse con toda la fuerza de la voluntad y de la razón, la libre convicción de su independencia y soberanía, como espíritu, ¡como alma que piensa y existe! Y ni los grillos, ni la prisión, ¡eran bastante a encadenar la libertad de sus ideas! (No había leído todavía la teoría de libertad por J. Simón), y los ojos de aquel centinela que espiaban su menor movimiento, eran impotentes a penetrar los misterios del "yo" ¡que sólo el ojo de Dios escudriña y conoce!

-¡Horrible aunque tenaz verdad! ¡Contra la que se estrella el despotismo de los hombres!... ¡Verdad que se burla de la esclavitud! De la tiranía y ¡del odio de los tiranos! Contra la Humanidad y la Libertad de la conciencia individual.

-Una sonrisa de soberano desprecio, erró por los labios del preso.

-Con todo de estas ideas, fue pasando por una transición natural, a otras que hicieron completamente variar, la expresión de su fisonomía.

-Su mujer y su hijo a quienes ya no tenía a su lado y que habían quedado solos y abandonados a bordo de la Balandra.

-El recuerdo de otros días más felices, vine a su mente; empezó a echar de menos las tiernas y apetecidas caricias de aquellos dos caros objetos.

-Sus imágenes queridas estaban delante de sus ojos, en sus oídos se repetía el eco de la voz dulce y penetrante de Adelaida, y la infantil y cariñosa de Adolfo.

-¡Ecos tal vez que no tornaría a oír jamás! ¡Seres de quienes para siempre lo habían quizá separado!...

-¡Avellaneda era hombre!... Su corazón se partió de dolor y un impulso natural más poderoso que en orgullo, hizo caer de sus ojos una lágrima que se perdió en la sombría oscuridad de su prisión; quitándole a Rosas un triunfo cierto y deseado por él.

-¡El llanto de un hombre libre!

-En aquel momento una voz bien conocida por Avellaneda, la voz de uno de sus más queridos amigos pronunció estas palabras como un suspiro:

¡Aay, Dios mío!

Avellaneda se puso de pie exclamando: ¡hermano! Casi al mismo tiempo la voz de ¡Avellaneda! Y el ruido de las cadenas sacudidas siguió a estas exclamaciones.

Dos hombres engrillados, dos víctimas de la tiranía se confundieron en un estrecho abrazo tan largo y efusivo como lo permitió el momentáneo olvido del sitio y de la condición en que se encontraban, después de muchos años de no verse.

El hombre que no haya pasado por las angustias de las cárceles de Rosas no puede suponerse el placer que experimentaron aquellos dos seres al encontrarse encerrados por la misma causa y destinados a igual suerte en el horrible Pontón Sarandí. Porque los presos de Rosas, a diferencia de los de cualquiera cárcel de los países civilizados, saben que al entrar en la prisión el mejor beneficio a que pueden aspirar es una muerte rápida. No hay esperanza de salvación, porque Rosas,

que es una hiena, no se conmueve por un salvaje unitario; no hay tampoco la más remota probabilidad de evadirse, porque Rosas cuenta con la mejor policía del mundo, como que se trata de hordas sedientas que él mantiene con la sangre y con el dinero de los unitarios, que habiendo sido declarados locos oficialmente no tienen derecho a administrar sus bienes, sino por medio de curadores y eso cuando Rosas no ordena la expropiación por causa de utilidad federal.

El hombre con quien Avellaneda acababa de desahogar en un segundo seis meses de sufrimientos y amarguras era el coronel Manuel A. Pueyrredón, guerrero de la independencia, distinguido por San Martín, de cuyo ejército regresó cubierto de heridas recibidas en homéricas batallas. El coronel Pueyrredón pasaba entonces por uno de los primeros guerrilleros argentinos y por el más práctico en el arte de guerrear con los indios, por haber hecho diversas expediciones contra las tolderías, con el general Rodríguez y otros jefes. Como todos los hombres de algún valor era un decidido adversario de Rosas y aunque no había manifestado públicamente sus ideas contrarias al tirano, éste, que hacía tiempo lo vigilaba, lo hizo prender y encarcelar en el pontón Sarandí, de donde no saldría, sino para ser fusilado en el momento oportuno con el doctor Avellaneda. ¡Dos ases unitarios fusilados en un día era la mejor fiesta que Rosas podía ofrecer a la Sociedad Popular Restauradora!

Capítulo XXIX
La fuga

Estaba de Dios que Rosas no saldría esta vez con su gusto. Una mujer, había de deshacer todos sus planes y esa mujer fue Adelaida, la esposa del doctor Avellaneda.

Desde que Adelaida supo que contaba con el apoyo del coronel Rojas y con el de su hermano, el bizarro capitán Ramón Maza, no creyó perdida la causa de la vida de Avellaneda. Se propuso arrancarlo de las garras del tirano, o sucumbir en su intento. Hizo entonces, esta noble mujer, uno de esos juramentos que cuando los ejecuta consigo mismo una alma fuerte llevan generalmente al éxito o al heroísmo. Si Juana de Arco se inspiró en la divinidad de su misión y la realizó, Adelaida buscó fuerzas, astucia y medios en el amor a su marido y en el cariño de su hijo a quien no concebía que tuviera que criar huérfano, y, como la heroína francesa, ésta heroína esposa salió triunfante en su empresa, sin pagar con la existencia la temeridad de su propósito.

Adelaida comunicó a su madre sus ideas y ésta después de haber hecho esfuerzos de todo género para disuadirla, le recomendó que guardase reserva hasta para con su padre, el doctor Manuel Vicente Maza. Adelaida que con su peculiar inteligencia se había dado cuenta que la base de su plan de operaciones era y debía ser el más absoluto secreto, empezó a preparar su ejecución.

¿Por dónde dar principio a este plan descabellado?

Adelaida tuvo una inspiración. Recordó que una morena vieja que había sido su nodriza, podía por intermedio de sus parientes, servir de espía ante el mismo tirano Rosas.

Para que el lector se dé cuenta de cómo la intervención de una morena podía ser de tanta importancia para los proyectos de Adelaida, es necesario que sepa que el gobierno de Rosas, fundado en el espionaje, se vale de la delación de los esclavos y sirvientes de la gente decente, para estar al corriente de los mínimos detalles que ocurren en las intimidades del hogar de las familias que sospecha de inclinaciones unitarias.

En esta verdadera inquisición, los negros descendientes de los cargamentos de esclavos africanos vendidos durante el coloniaje, desempeñan un papel prominente, porque constituyendo el elemento casi exclusivo del servicio porteño son los que están en condiciones de transmitir y delatar todas las novedades a doña Encarnación Escurra la esposa de Rosas, y a la cuñada de éste, doña Josefa Escurra, la Torquemada de este nuevo Santo oficio que deja muy atrás por los medios y fines que

persigue, a la Inquisición de Estado que en la Edad Media organizaron los Dux de Venecia. ¡La autora señala estos hechos vergonzosos a la execración de la América y del mundo!

Los negros que no están colocados en casas particulares viven en comunidades, que llaman pueblos, situados en los barrios de extramuros, conservando sus usos y costumbres africanas y hasta el aparato de un reyezuelo para cada grupo de familias del mismo origen. Estos pueblos de negros adoran a Rosas que, a la verdad, les dispensa toda clase de favores y les acuerda su más ilimitada confianza, en lo que no se engaña, pues se sabe que es la fidelidad una de las características de la raza africana.

El pueblo bajo, compuesto en buena parte por negros y mulatos, está conforme con Rosas como lo estuvo en la Roma de los césares con Claudio, con Nerón o con Calígula.

Adelaida habló con la morena, la enteró de su pensamiento, le habló de su infancia que ella había alimentado en sus senos de nodriza, y la noble esclava lo prometió su ayuda: "Amita, le contestó, sé que lo que vuestra merced quiere hacer es imposible, pero disponga de la vida de su esclava y haré lo que me mande".

Quiero, ante todo, que me digas, Marica, si entre tus parientes hay algunos que tengan entrada a la casa de Rosas y que sean capaces de enterarse de lo que allí pasa. Tengo, contestó Marica, al hijo de Carlos, que es asistente del señor Edecán Corbalán y a varios sobrinos que sirven a doña Josefa en asuntos de confianza que les encarga.

Pues bien, dijo Adelaida, quiero que vayamos ahora mismo a ver a tu nieto, el hijo de Carlos, para preguntarle quien es el encargado de suministrar las provisiones para los presos del Pontón Sarandí. Préstame una pollera añadió Adelaida, yo traigo un pañuelo grande; quiero vestirme en forma que no desconfíen de mis intenciones. Es posible además, que el general Corbalán, por más que es un desgraciado, llegará a reconocerme.

Adelaida vestida con una tosca pollera de balleta y uno de esos grandes pañuelones que usan en Buenos Aires las mujeres de la clase que, sin ser proletaria, puede llamarse trabajadora, se encaminó, con la morena Marica, a la casa de Rosas, nada menos.

Dio la casualidad que Celedonio, el asistente en cuya busca iban, se encontraba en ese momento sentado solo, junto a un brasero tomando mate amargo, o verdeando, como llaman los paisanos al acto de servirse el mate sin azúcar.

Celedonio era un mocetón simpático, con alguna cruza de raza blanca, porque más bien que negro era pardo o mulato, aunque predominaba en él la sangre africana. Celedonio se paró inmediatamente, descubrió su cabeza, (a pesar de estar con Kepis y pidió, con esa respetuosa humildad peculiar de la gente del pueblo, "la bendición agüelita"; recibiendo la obligada contestación de "Dios lo haga güeno hijo".

Enterado Celedonio de lo que deseaba saber, aunque ignorante completamente de los proyectos de la señora de Avellaneda, dio a ésta los informes que por el momento precisaba.

Supo Adelaida que esa misma noche debían bajar a tierra Mister Anderson y Mister Dick, los dos jefes del Pontón Sarandí, por orden de Rosas y que quedaría a cargo de la flotante prisión el tercer comandante, un joven oficial llamado Conclair que por los datos de Celedonio, era uno de los oficiales más buenos y valientes de la guarnición de la Capital. Averiguó, también, que el día siguiente a las 10 de la mañana, conducirían en un bote de la capitanía, provisiones de boca y municiones destinadas al Pontón.

Adelaida volvió a la casa de Marica y con pasmosa actividad entró en

plena campaña libertadora. Compró una cantidad de pan, tabaco y papel de cigarrillos; con maestría, que envidiaría el más experto, colocó dentro de dos de los panes papeles escritos enterando al doctor Avellaneda de sus propósitos y escribió en algunos de los papeles de cigarrillos (que llenó de tabaco y armó perfectamente la morena Marica), lo que no había podido decir en los panes mensajeros.

Celedonio que por indicación de Marica se reunió con las conspiradoras, tan pronto como estuvo, franco de servicio, fue encargado, mediante protestas de que sólo se trataba de proporcionar buen alimento y buen tabaco al doctor Avellaneda, de entregar la encomienda al prisionero del Pontón.

Llegado el pequeño contrabando a su destino, no sin ser notado por el hábil ojo del jefe accidental Conclair, que fingió, sin embargo no verlo o no darle importancia, el doctor Avellaneda pudo ponerse al corriente de los atrevidos proyectos de su mujer que se reducían a lo siguiente: Catequizar a Conclair, aprovechando la ausencia de Anderson y de Dick, si era posible, y en este caso, o sin esa circunstancia conseguir una orden de Rosas, o falsificarla, que indicara al jefe del Pontón que el preso debía trasladarse a la cárcel de la ciudad para, una vez obtenida la entrega, fugar al extranjero.

El doctor Avellaneda suponía que Adelaida no se abandonaría en brazos de la desesperación. Sabía también que algunos de sus amigos, como el coronel Rojas y su cuñado Ramón Maza habían de intentar algo por salvarlo. Esta convicción unida a un presentimiento halagüeño, a un no sé qué inexplicable que en ciertas ocasiones hace anticipar a la alegría o a la tristeza que nos suscitan motivos tristes o alegres, hicieron que Avellaneda tuviera la intuición de que en ese pan y esos cigarros estaba el secreto de su libertad.

El doctor Avellaneda se enteró del plan de Adelaida y aproximándose al coronel Pueyrredón le dijo casi sobre el oído: "es demasiado inteligente y enérgica mi mujer para rendirse al cúmulo de adversidades que sobre ella pesan... ¡prepara nuestra evasión!".

El coronel Pueyrredón desde que Conclair estaba a cargo del Pontón se veía frecuentemente y hasta conversaba largos ratos con el doctor Avellaneda pero no pudo menos de manifestar su incredulidad ante las esperanzas de éxito de su compañero. No, doctor, le replicó Pueyrredón, no nos hagamos ilusiones, de aquí saldremos para el patíbulo, no le quepa duda; lo que es yo, añadió, sí me salvé milagrosamente de las lanzas de la gente de Carrera en la batalla del Médano, donde perdimos al general don Bruno (Morón), no espero salvarme de aquí y lo único que deseo es que nos cuelguen de una vez, lamentando, de todo corazón, que no esté en mis manos evitar el triste honor de ser fusilado junto con Ud. doctor.

En cuanto a mí, dijo tranquilamente Avellaneda, moviendo resignado el entrecejo, no me asusta la muerte, he procedido siempre bien y si siento morir en este momento, es por la razón que daba Sófocles, si mal no recuerdo, de que lo peor no es morir, sino no poder morir cuando y como se quiere. Sólo me preocupa una cosa, coronel, y es no poder contribuir a la reacción enérgica y sangrienta que forzosamente ha de iniciarse contra Rosas y no haber tenido el tiempo necesario, ni la suficiente edad mi hijo Adolfo, para morir con la convicción de que sabrá querer y defender a su patria, odiar al tirano y vengar los ultrajes que éste ha inferido a la Nación, guiado por el amor a la memoria de su padre. Si Adelaida me sobrevive algunos años, el porvenir de Adolfo está asegurado, pero si mi pobre compañera falta ¿qué será de ese niño huérfano, rodando por países extraños o viviendo paria en la tierra que ha nacido? Llegado a este punto de la conversación, el doctor Avellaneda, había
perdido su serenidad, ocurriéndole uno de esos dobles estados de ánimo, tan frecuentes como contradictorios en apariencia, pues al mismo tiempo que las manos de Avellaneda se crispaban de impotente coraje contra Rosas, abundantes lágrimas humedecían los ojos del patriota que había imaginado en ese instante a su mujer y a su hijo vagando desamparados hacia la muerte; o peor aún, hacia el abismo de la miseria, víctimas de la barbarie del tirano argentino.

El coronel Pueyrredón guardó respetuoso silencio y en un momento oportuno cambió la conversación en el sentido de dar por factibles los proyectos libertadores de Adelaida.

La esposa del doctor Avellaneda obrando con rapidez inconcebible en otra persona que no hubiera sido ella y no hubiera tenido su interés, había logrado contar si no con el asentimiento, por lo menos con la complicidad del mayor Conclair, quien visto por el señor Haymes, fiel amigo del doctor Avellaneda y muy íntimo de Rojas y Ramón Maza, llegó, en un transporte de entusiasmo, a confesar que el servicio de Rosas le repugnaba y que si bien había creído hasta entonces obra de

patriotismo servirlo en los conflictos con el extranjero, estaba decidido a seguir, si necesario fuera el camino del ostracismo, separándose de la carrera militar.

Por medio de Haymes, Conclair comunicó a Adelaida el día en que probablemente Rosas firmaría la orden para que los presos del Pontón Sarandí fueran trasladados a la cárcel de la ciudad.

Desconfiando Rosas de Anderson y de Dick, llamó al mismo Conclair y le previno que el otro día a las 3 de la tarde viniera personalmente o mandara a uno de sus oficiales a buscar la orden de traslado de algunos presos.

Rosas estaba nervioso, furibundo, porque le habían hecho creer o se había creído, que los unitarios, dirigidos por Rivadavia desde un pueblo de la campaña oriental, mantenían relaciones y tramaban una conspiración ayudados por el mariscal Santa Cruz, presidente de la Confederación Perú-Boliviana.

Los periódicos de Rosas, cuya monotonía es peculiar, ocupaban entonces sus columnas vomitando injurias contra Rivadavia, los unitarios y Santa Cruz y publicaban largas listas de suscripciones en dinero y en especie encabezadas por los empleados de todos los pueblos para ayudar, decían las notas de remisión, a sufragar los gastos de la santa causa de la federación contra el tirano Santa Cruz.

La amenaza de los unitarios impedía a Rosas enviar fuerzas al Norte, donde el gobernador Heredia, de Tucumán, preparaba unos cuantos gauchos para invadir Bolivia en combinación con la expedición al Perú que debía organizar el gobierno de Chile, aliado de Rosas.

La "Gaceta Mercantil" aseguraba que el Restaurador tenía en sus manos una carta del expresidente Rivadavia al mariscal Santa Cruz, que comprobaba la traición a la patria que intentaban los unitarios, añadiendo que (siempre según la supuesta carta) se tramitaba la disgregación de la Confederación Argentina, dividiéndola en tres partes: Tucumán, Catamarca, Salta, Córdoba y otras provincias del interior por un lado; Santa Fe, al Entre-Ríos y Corrientes por otro; dejando a Buenos Aires en poder de
Rosas.

En esta situación se puede suponer la suerte que le estaba decretada al doctor Avellaneda.

A la hora señalada para salir de la casa paterna, Adelaida tuvo una contrariedad que pudo hacer fracasar su plan. Siendo ya tarde entró de visita una copetuda y sospechosa familia federal, que manifestó intenciones de permanecer un largo rato en la quinta de Maza.

Adelaida conversó como si tal cosa con las visitantes y habló en forma tan natural que nadie hubiera, ni siquiera imaginado, que aquella mujer iba dentro de breves horas a ser la heroína de uno de los episodios más curiosos que relatará el futuro historiador de esta época de singular anarquía.

Pasando el tiempo y no yéndose las visitas, Adelaida hizo presente que le atacaba una muy fuerte jaqueca que le obligaba a pedir permiso para retirarse a su dormitorio, como efectivamente lo hizo.

Adelaida, no tuvo el gusto de dar a su querida madre el tierno y filial beso de despedida y su pobre madre, que sabía el verdadero objeto de la retirada de su hija, ¡tuvo que seguir cumplimentando a sus importunas visitantes! ¡Cuántas torturas morales semejantes en las familias argentinas deben su causa a Rosas! ¡El hogar paterno de Adelaida se vería pronto enlutado y ensangrentado por el asesinato del doctor Maza y el fusilamiento de su hijo Ramón!

El doctor Maza, no obstante sus opiniones políticas totalmente contrarias a las de su yerno el doctor Avellaneda, estaba ligado a éste por afectos de amistad y sobre todo, por el cariño de Adelaida. Es indudable que el doctor Maza influyó con el caballero inglés Mr. Haymes y con el oficial Conclair para ayudar al plan de evasión ideado por su hija. Esta circunstancia, unida a otras, contribuyeron a que Rosas se decidiera a privarse de sus sumisos servicios, mandando asesinarlo, según unos, dirigiendo directa y personalmente el asesinato, según otros.

Adelaida se dirigió a casa de la fiel Marica, se vistió de militar, se colocó un kepis de capitán, bigote postizo negro, botas granaderas, sable y una ancha capa que envolviéndola completamente disimulaba su cuerpo de mujer.

Acompañada de Mr. Haymes y de su hijo se dirigió a la alameda, donde esperó impacientemente que atracara una ballenera preparada al efecto con la complicidad del generoso Conclair. ¡Esos momentos de espera parecieron siglos a Adelaida! ¡Cuántas preocupaciones, desfallecimientos, esperanzas asaltaron su mente!

Por fin llegó la ballenera tripulada por cuatro robustos marineros, y se embarcó en ella Adelaida con el niño Adolfo. Serían las 10 de la noche del martes 5 de septiembre.

Amarrada la ballenera al Pontón, el supuesto oficial presentó a Conclair una orden de Rosas, de puño y letra del tirano, ordenando la entrega al portador de los salvajes unitarios Avellaneda y Pueyrredón. Conclair hizo llamar al oficial de guardia, le enseñó la orden superior y, ante la suspicacia reserva del oficial que se permitió indicar la conveniencia de custodiar los presos con un destacamento de las fuerzas del pontón, Conclair le respondió que no era necesario, porque él personalmente haría la entrega de los presos.

Con no poca dificultad a causa del peso de los grillos y de la extenuación que trae consigo la prisión, efectuaron su trasbordo Avellaneda y Pueyrredón. El primero había reconocido a su mujer y contenía a duras penas su emoción. Adelaida miraba a Conclair tratando de penetrar hasta el alma sus verdaderas intenciones. El niño Adolfo no se veía en la ballenera y su ausencia inquietaba al doctor Avellaneda que temía no poder contener su legítima ansiedad.

La ballenera se puso en movimiento con rumbo al Retiro, o sea la ciudad. Avellaneda perdió gran parte de sus esperanzas y Pueyrredón tosió bajo como indicando que triunfaban sus vaticinios pesimistas.

¡Solemnes momentos aquellos, que difícilmente se pueden repetir!

Alejada la ballenera algo más de una milla del pontón el mayor Conclair ordena virar a los marineros y que se dirijan hacia el Este.

¿Regresamos al pontón, señor Comandante?, Se atrevió a preguntar el doctor Avellaneda. "He ordenado rumbo a la Colonia Oriental, replicó Conclair; si Dios nos ayuda mañana estarán Uds. libres en tierra extranjera y deberán la libertad a esta heroica mujer que ha sabido no sólo prepararles la evasión sino, lo que es más difícil aún, ha sabido convencerme, hasta el punto de que, ya lo ven, me embarco fugitivo con ustedes dispuesto a poner entre Rosas y mi persona, el Río de la Plata. Sin embargo añadió, ni una palabra más, hasta que no hayamos dejado bien lejos al pontón".

Avellaneda no pudo contener su emoción y sus ojos se anegaron con lágrimas de ternura y gratitud a la vez que el Coronel Pueyrredón le apretaba fuertemente la mano en señal de alegría y como satisfacción a su reciente incredulidad.

Alejados del pontón, Avellaneda abrazó a su esposa y a Conclair y preguntó inmediatamente por Adolfo. Una indicación de silencio dada por Conclair apagó la voz de los pasajeros de la ballenera al mismo tiempo que Adelaida tendía la mano de su esposo y le hacía tantear la cabeza del hijo que buscaba y que desde el principio de esta escena había estado completamente oculto bajo los pliegues de la capa militar de la madre.

Por fin después de asegurarse que estaban completamente salvos, la familia Avellaneda, Conclair y Pueyrredón se entregaron a los mayores transportes de alegría. Los presos, ya sin los mortificantes grillos se paraban y sentaban alternativamente como para convencerse de que eran materialmente libres.

El doctor Avellaneda pasados los primeros momentos de natural expansión, preguntó por el gaucho Miguel y el viejo Simón, que tan noblemente se condujeron en la primera tentativa de evasión. He provisto a su suerte, se apresuró a decirle Adelaida; han ido a trabajar de peones en la Estancia de don Manuel Rico, en Dolores, y allí estarán completamente tranquilos, pues Rico, que en el fondo de su corazón es antirosin pasa por un buen federal desde que se ha apresurado a mandar a Rosas la lista de una suscripción levantada entre los vecinos del partido para contribuir a los gastos de la guerra contra Santa Cruz.

Capítulo XXX
Conclusión

Atracada la ballenera al puerto de la Colonia del Sacramento los viajeros desembarcaron en tierra amiga, porque aunque dominante todavía Oribe en el Uruguay, el poder de éste tocaba a su fin, destruido en lucha tenaz y sangrienta por el partido revolucionario del General Fructuoso Rivera que, valiente y astuto, aunque gaucho e ignorante, batallaba con éxito hábilmente auxiliado por los jefes argentinos emigrados. El general Juan Lavalle que tan heroica cuanto desgraciadamente ha sostenido la causa de la civilización hasta inmolar su vida para conseguir destruir la tiranía de Rosas, acompañó a Rivera en toda su campaña contra Oribe, habiendo hecho con él, según se asegura, un pacto de alianza que continuaría contra el déspota argentino una vez derrocado su congénere uruguayo. Sin embargo, ¡la emigración argentina sabe como se cumplió ese pacto!

Llegados a Montevideo a los cinco o seis días de haber desembarcado en la Colonia, el doctor Avellaneda, Pueyrredón y Conclair se presentaron inmediatamente a la Jefatura de Policía para registrar sus pasaportes, previa fijación de domicilio y amenaza de ser expulsados en cualquier momento. El doctor Avellaneda empezó de nuevo la vida del ostracismo, que ya le era conocida.

La derrota de Palmar y su inmediata consecuencia la Paz de Miguelete pusieron fin al gobierno de Oribe que renunció el mando, en apariencia resignado y patrióticamente impulsado, pero con el animo evidente de vengarse cruelmente de sus adversarios políticos. Inmediatamente, en efecto, de celebrar la paz, Oribe se embarca con sus principales secuaces en el bergantín inglés Spavao y desembarca en Buenos Aires para ponerse a las órdenes de Rosas de quien es desde entonces instrumento vil y sanguinario tanto en la República Argentina como ante los muros de Montevideo que hoy intenta en vano poder atravesar.

La furia de Rosas no tuvo límites al saber la fuga de Avellaneda y sus compañeros de evasión y desde entonces decretó la muerte del doctor Maza y de su hijo Ramón, cobardemente asesinado aquél y fusilado éste, por la mazorca capitaneada por Salomón.

Desde la fuga de Avellaneda las turbas de Rosas han añadido un nuevo grito a los muchos que traslucen su entusiasmo federal: ¡Muera el pardejón Rivera! es la frase de uso en las manifestaciones restauradoras de Buenos Aires, ya que no tiene objeto pedir la muerte "del asesino Juan Lavalle" que la fatalidad ha decretado, privando a su patria y a la América del corazón más generoso y del adalid más brillante de la libertad de este continente.

El doctor Avellaneda consagra su existencia a preparar los elementos que han de concluir algún día con el tirano de Buenos Aires y en Montevideo su inteligencia contribuye a la heroica defensa que opone el último refugio de la civilización del Río de la Plata.

Considerado y respetado por todos, el doctor Avellaneda es el más caracterizado de la emigración argentina; es el hombre de confianza del señor Joaquín Suárez, el benemérito presidente de esa república reducida a los muros de una ciudad.

Los más grandes contrastes, el asesinato de miembros de su familia en Buenos Aires, la suerte siempre desgraciada de las armas unitarias, a pesar del lampo de esperanza que reflejó Caaguazú, no han sido causas bastante poderosas para quebrar el ánimo del doctor Avellaneda, fortalecido, es cierto, por la entereza de su fiel consorte, Adelaida.

Para terminar, diremos, que aquellos dos rudos campesinos que tan lealmente se condujeron con el doctor Avellaneda, han sido víctimas de la lucha contra Rosas, pereciendo ambos, brava, aunque anónimamente -como perece siempre el soldado- en la infausta jornada del Quebracho Herrado, lanceado Simón, según parece, al cubrir la retirada del General Lavalle y degollado Miguel, después de haber contribuido a la homérica resistencia de la infantería del Coronel Díaz y de caído prisionero de guerra de las hordas del titulado. Presidente Oribe.